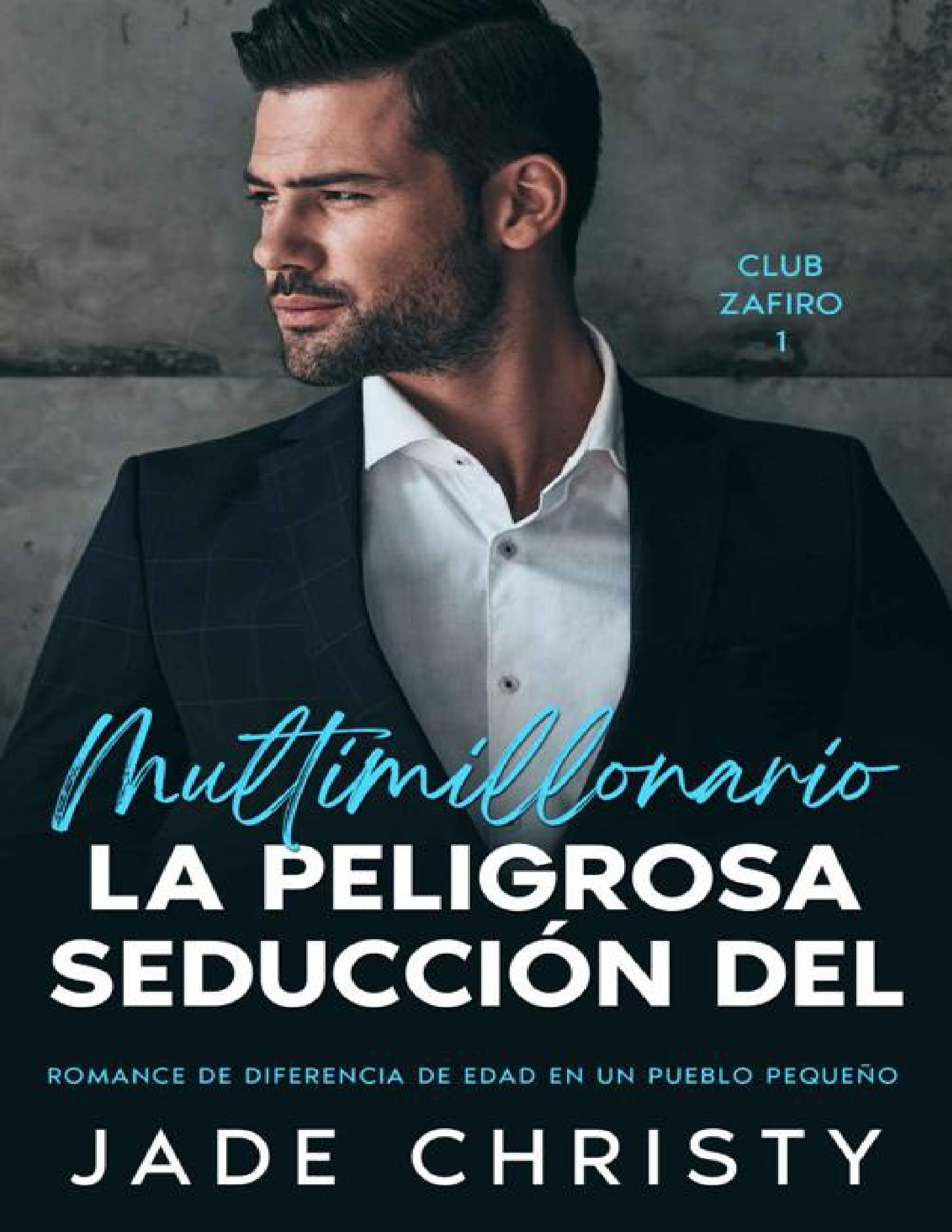

CLUB
ZAFIRO
1
Multimillonario
LA PELIGROSA
SEDUCCIÓN DEL
ROMANCE DE DIFERENCIA DE EDAD EN UN PUEBLO PEQUEÑO
JADE CHRISTY

La peligrosa seducción del multimillonario

Romance de diferencia de edad en un pueblo pequeño

Jade Christy

Derechos de autor © 2024 de Jade Christy

La peligrosa seducción del multimillonario
Romance de diferencia de edad en un pueblo pequeño
Serie Club Zafiro 1

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Índice

1. 1. Angela
2. 2. Damien
3. 3. Damien
4. 4. Angela
5. 5. Angela
6. 6. Angela
7. 7. Damien
8. 8. Damien
9. 9. Angela
10. 10. Damien
11. 11. Angela
12. 12. Damien
13. 13. Angela
14. 14. Damien
15. 15. Angela
16. 16. Damien
17. 17. Angela
18. 18. Damien
19. 19. Angela

Capítulo uno

Ángela

Elevándome por el aire, con los focos fijos en mí, estaba suspendida por cuerdas a nueve metros sobre el escenario. Mi entrada cada noche era espectacular.

Las alas relucientes que llevaba, del color de la nieve, captaban la mirada de los focos mientras giraba y daba vueltas con gracia, mis movimientos una fusión perfecta de danza y gimnasia, tan esencial para mí como respirar. La sala estaba sumida en la oscuridad, excepto por los intensos focos centrados únicamente en mí, mientras la música pulsante con su profundo bajo y ritmo reverberaba en mi interior.

Soy "Ángel", la estrella brillante del Club Zafiro.

Me encantaba cómo las luces hacían brillar mi pequeño traje. Mientras flotaba sobre el escenario, podía sentir la adrenalina corriendo por mi cuerpo. La música era mi guía, mi compañera constante mientras me movía por el aire, descendiendo lentamente hacia el escenario. Nada más importaba en ese momento, solo la música y la libertad del movimiento sensual.

Oí a los hombres jadear cuando me volteé boca abajo, agarrando las cuerdas con mis muslos mientras arqueaba la espalda. Vivía para estos momentos, estos breves instantes de libertad. Si tan solo pudiera quedarme aquí, flotando por encima de todo.

El brillo de las luces me iluminaba, cada lentejuela y cuenta resplandeciendo como una constelación de estrellas. El aire crepitaba de anticipación mientras ejecutaba una serie de piruetas que desafiaban la gravedad, mi cuerpo contorsionándose con la agilidad de una gimnasta. El público jadeó al unísono, sus ojos pegados a mí mientras bailaba con una gracia etérea que parecía trascender los límites de la realidad.

El Club Zafiro era un establecimiento relativamente nuevo, pero rápidamente había ganado popularidad debido a sus actuaciones únicas y su ambiente de "club de caballeros adinerados". Estaba agradecida de ser parte de él, de poder expresarme a través de la danza y la gimnasia. El público estaba cautivado por cada uno de mis movimientos. Yo escapaba de la realidad y ayudaba al público a hacer lo mismo, aunque fuera solo por un momento.

El escenario estalló en un estruendoso aplauso cuando aterricé por fin en el escenario con gracia sin esfuerzo.

Deslizándome hacia el tubo que se erguía como un centinela al borde del escenario, comencé mi ascenso, mi cuerpo moviéndose en perfecta armonía con el ritmo pulsante de la música. Cada giro y vuelta era un testimonio de mi inquebrantable determinación, a pesar de las delicadas alas que adornaban mi traje, añadiendo un elemento de desafío juguetón a mi actuación.

El público, en su mayoría hombres, reaccionó, pero sus voces parecían lejanas.

La música finalmente se detuvo, la actuación terminó, pero la sensación de euforia permaneció conmigo mucho después de que la actuación terminara. Las propinas fueron lanzadas al

escenario frente a mí. Necesitaba el trabajo y necesitaba las propinas, y estaba feliz de poder hacer algo que disfrutaba por el dinero.

Cuando actuaba, podía olvidarme de los largos días sentada en conferencias o las noches de insomnio estudiando. Podía olvidarme de haber perdido a mis padres y de arrastrarme de vuelta a alguna forma de existencia sin ellos. Podía olvidarme de la deuda que pendía sobre mí, la constante preocupación por la matrícula y el alquiler. Cuando bailaba, nada de eso importaba. Me sentía transportada, mi cuerpo se sentía fuerte. Yo estaba en control.

Este era el trato que hice con los dueños del Club Zafiro: yo bailaba y actuaba, pero no tenía que mezclarme ni hacer bailes privados para los invitados. Muchas de las chicas lo hacían, pero era su elección personal. Sí, había más dinero en los bailes privados y yo no les reprochaba sus elecciones, al igual que ellas no me reprochaban las mías. Bailar era mi arte. Yo no estaba en venta. Tampoco me desnudaba. Algunas de las chicas lo hacían. Nosotras, las chicas, nos entendíamos y respetábamos mutuamente, aunque los clientes se quejaban de mi distanciamiento.

Estaba feliz de poder hacer algo que disfrutaba para ganarme la vida. Era mucho más de lo que podía ganar trabajando en un supermercado, de camarera o en una oficina. Me mantenía a mí misma con mis propias habilidades. Y podía hacer tiempo para mis muy importantes estudios de enfermería, mi objetivo final.

—¡Estuviste increíble! —exclamó Mandy, una de las bailarinas más jóvenes, pasando un brazo alrededor de mí mientras bajaba del escenario—. Nadie baila como tú, Angie. ¡Nadie puede actuar así! ¡Yo estaría tan asustada allá arriba con las cuerdas!

Sonreí débilmente, la libertad elevada de la actuación ya se desvanecía. En su lugar se arrastraban las preocupaciones siempre presentes sobre la escuela, el dinero, el futuro. Pero no podía dejar que las otras chicas vieran eso. Para ellas, yo era Ángel, la estrella intocable.

—Gracias, cariño —dije—. Mandy, vi tu nueva coreografía ayer. ¡Es genial! Interesante elección de música también. Pude notar que al público le encantó.

Mandy sonrió radiante y apretó mi mano antes de salir corriendo para prepararse para su actuación. Me escabullí a mi camerino privado, quitándome el brillante traje blanco y desplomándome en una silla con una cómoda bata.

Solo cinco meses más quemando la vela por ambos extremos, me dije a mí misma. Unos meses más y luego la graduación. El comienzo de mi sueño a largo plazo de entrar en el campo médico de la enfermería y retribuir.

De repente, los recuerdos inundan mi mente mientras estoy sentada sola en mi camerino. El chirrido de neumáticos y el sonido de un accidente horrible. El accidente de coche que se llevó la vida de mis padres, dejando mi espíritu roto y solo. La visión de cuerpos ensangrentados, el lamento de las sirenas resonando en mis oídos. La ambulancia que me transportó lejos. Los meses pasados en camas de hospital y centros de rehabilitación, superando una pierna rota y moretones profundos. Las enfermeras me ayudaron a vivir de nuevo, a eventualmente bailar de nuevo.

Pero no fueron solo las heridas físicas las que sanaron. Fue el cuidado, el humor y el espíritu de esas enfermeras. Me cuidaron día tras día. Sus palabras amables, sus manos hábiles cosiéndome pieza por pieza. Fueron mi salvavidas en aquellos días oscuros cuando todo parecía perdido.

La amabilidad de esas enfermeras plantó una semilla en mí: un deseo de retribuir, de consolar a otros en su momento de necesidad. La enfermería se convirtió en más que una simple elección de carrera; se convirtió en un llamado, una forma de honrar a quienes me habían salvado y de dar algún significado a mi vida.

Capítulo dos

Damien

Colgué el teléfono, las palabras de mi padre resonando en mi mente mientras conducía por las calles de Louisville al final del día.

¿Senador Damien Blackwell? Hmm. Tenía cierto atractivo, pero la idea de sumergirme en la ciénaga de la política me revolvía el estómago. Además, ya tenía todo lo que siempre había deseado: un negocio próspero, más dinero del que podría gastar en toda una vida y una reputación que imponía respeto (después de algunos tropiezos en mi juventud). Bueno, casi todo lo tenía.

Mi vida amorosa era un desastre, una serie de relaciones fallidas y aventuras de una noche que me dejaban sintiéndome vacío e insatisfecho. Había renunciado a encontrar a alguien con quien compartir mi vida, convencido de que estaba mejor solo. Pero las palabras de mi padre me seguían molestando. Él y mi madre habían sido la pareja perfecta, su amor perdurando en las buenas y en las malas hasta que el cáncer me la arrebató hace una década. ¿Podría yo alguna vez encontrar un amor así?

Mi padre, que ahora vivía en su finca en el Valle de Napa, pensaba que un escaño en el Senado podría ser el siguiente paso en mi vida de poder y expansión, aunque yo tenía serias reservas. Dijo que podría formar un comité exploratorio para mí.

Fui vago y le dije que lo pensaría.

Perdido en mis pensamientos mientras conducía, no me percaté del zumbido de mi teléfono, pero vi que apareció un mensaje de voz. Eché un vistazo a la pantalla y vi un nombre familiar: ¡Jack, mi viejo amigo de la universidad en Vanderbilt! Hacía tiempo que no nos veíamos, pero siempre seríamos cercanos. Ahora vivía en Charleston con su esposa y sus dos hijos. El mensaje de voz decía que estaba de paso en una visita sorpresa y quería tomar una copa. En el Sapphire Club, nada menos.

El nuevo club privado para caballeros había abierto recientemente. Aún no había estado allí, pero había recibido una invitación de los acaudalados inversores que habían comprado y renovado el lugar. Conocía bastante bien a uno de los principales inversores, Simon Sinclair. Habíamos hecho juntos un negocio de desarrollo comercial.

El nuevo Sapphire Club estaba en el lugar que antes ocupaba un sórdido club de baile exótico. Los inversores compraron la propiedad y la remodelaron, otro más en la exclusiva cartera del Sapphire Club. Los clubes de caballeros estaban actualmente ubicados en Las Vegas, Los Ángeles, Nueva Orleans, Nueva York y Chicago. Jack tenía una membresía nacional y estaba ansioso por ver la última adición, decía en el mensaje.

Me reí entre dientes. Ese es Jack. Pertenecía a todos los clubes, conocía todos los mejores restaurantes, asistía a todos los grandes torneos de golf. Tenía una energía inagotable y una vibra positiva.

Había oído hablar del Sapphire Club y había seguido su desarrollo de manera superficial. Estaba en mi radar. Era el tipo de lugar al que los ricos y poderosos como yo íbamos a jugar o

relajarnos, un mundo de licores caros, mujeres hermosas, bailarinas y acuerdos en la trastienda. Últimamente no había estado de humor para un lugar así, pero pensé que podría hacer una excepción por un viejo amigo. Y de todos modos, tenía curiosidad.

Llamé a Jack de inmediato.

—Tío, me alegro tanto de que estés en la ciudad... Claro, te veré allí —dije, tratando de sonar más entusiasmado de lo que me sentía—. Dame veinte minutos.

Mientras navegaba por las calles concurridas, no podía sacudirme la sensación de que algo estaba a punto de cambiar. Tal vez fueran las palabras de mi padre, o tal vez la perspectiva de ver a Jack después de todo este tiempo. De cualquier manera, tenía la sensación de que esto iba a ser más que otra noche de fiesta.

Llegué al Sapphire Club y encontré a Jack ya allí. Quedé impresionado con el entorno. Muebles caros, madera pulida, iluminación tenue, el mejor alcohol que se pudiera encontrar. Todo estaba bien equipado y cómodo. Gente hermosa. Una anfitriona que sabía quién era yo y me dio la bienvenida al club exclusivo.

Jack y yo nos sentamos en una mesa en la sala principal. Hicimos bromas y tomamos tragos como los viejos amigos universitarios que éramos. Compartió historias de sus locas aventuras con sus hijos, sus escapadas por el mundo y los otros Sapphire Clubs que había visitado.

Mantuvimos el alcohol fluyendo y nuestra conversación durante varias horas mientras hermosas mujeres circulaban por el suelo y bailaban en el escenario. Le conté a Jack sobre mis problemas con las mujeres, la ridícula idea de mi viejo de que me postulara para el Senado, cómo mi negocio estaba arrasando y mi caballo que casi ganó el Derby el año pasado. Estuvimos allí hasta que tuvo que tomar su vuelo, prometiendo hacer tiempo el uno para el otro pronto.

Me sentía genial, más relajado de lo que mi habitual seriedad diaria requería.

Decidí quedarme en el club para tomar una copa más. Me sorprendió, pero me gustaba el ambiente.

Y entonces algo sucedió.

Capítulo tres

Damien

Las luces se atenuaron y una música profunda comenzó a retumbar por todo el club. Los focos apuntaron hacia el escenario y vi una visión descendiendo.

Espectacular.

Me sentí emocionado. Dios mío. La vi.

Brillaba bajo la luz, su cuerpo perfecto y fuerte, muy por encima del escenario. Su largo cabello rubio se movía con ella mientras giraba y daba vueltas, moviendo su cuerpo de manera sensual y física. La música palpitante y sensual añadía dramatismo. Llevaba un bikini blanco con pequeñas alas de ángel, y oí al camarero decir que esta era Angel.

No podía creer lo que estaba viendo. Era asombrosa, como una criatura que nunca antes había visto. Estaba fascinado mientras seguía descendiendo hacia el escenario, totalmente en control, con volteretas acrobáticas y movimientos corporales sensuales. La música palpitaba dentro de mí.

Era una visión para contemplar, una diosa entre los hombres. Tan segura, tan grácil y tan hábil, era una maravilla de observar. Me perdí en mi admiración por ella mientras continuaba hipnotizando al público con sus movimientos. No pude evitar sentir una sensación de admiración y puro asombro.

Mi corazón latía con anticipación. Con cada giro y cada vuelta, sin esfuerzo captaba la atención de todos en la sala. Era como si nos hubiera hechizado, manteniéndonos cautivos con cada uno de sus movimientos. Simplemente era cautivadora.

Cada movimiento era controlado, cada voltereta perfectamente ejecutada, y cada músculo de su cuerpo estaba poderosamente comprometido. El público estaba completamente embelesado, sus ojos nunca la abandonaban mientras continuaba su descenso, el foco siguiéndola perfectamente. Su presencia exigía atención y admiración. Era impresionante.

Finalmente alcanzó el escenario, un ángel tocando suelo mortal. Por un momento, pareció que el tiempo se detuvo. Fue un momento que no olvidaría pronto.

Luego procedió a bailar y moverse por el escenario, siguiendo el ritmo de la música, terminando con un baile en el tubo que me hizo desearla.

Observé a Angel mientras bailaba, completamente fascinado. Nunca antes había visto tal gracia, tal belleza y sensualidad en movimiento. Parecía casi etérea, sobrenatural, muy sexy.

Había venido al Club Sapphire para encontrarme con mi viejo amigo de la universidad y ver de qué se trataba el nuevo Sapphire. Pero desde el momento en que Angel subió al escenario, no pude quitarle los ojos de encima. Mi existencia era para ella, mis ojos solo para ella. Esto era una locura.

Quería conocerla, quería encontrarme con ella. Debía hacerlo.

¿Quién era esta misteriosa sirena que bailaba con tanta pasión, pero de alguna manera se mantenía apartada? Este sentimiento instantáneo nunca me había ocurrido antes. Anhelaba saber más sobre ella, entender qué alimentaba ese fuego en sus movimientos, qué había detrás de esos ojos.

Cuando terminó su presentación, me bebí de un trago lo último de mi whisky, con la mente dando vueltas. ¿Quién era Angel? ¿Era una artista tonta o había algo más? Tenía inteligencia en su rostro. Se movía con confianza y fuerza, y ese cuerpo increíblemente sexy hacía que mi corazón latiera más rápido.

Me apoyé contra la caoba pulida de la barra.

—Angel— era un nombre apropiado, reflexioné. Sus movimientos eran más que el encanto practicado de una bailarina de tubo o incluso una stripper; había un desafío, inteligencia y gracia en su porte, una rebelión silenciosa que la distinguía, una especie de pureza que brillaba.

Mi interés se avivó cuando la observé fuera del escenario, rechazando a un admirador persistente con un desapego frío que rozaba el desdén. Rick, ¿no? Quizás un cliente habitual, pero no parecía encajar. Y por lo que se veía, no muy contento de ser rechazado.

Impresionante, pensé. No era solo su apariencia lo que la distinguía; era su comportamiento, su evidente respeto propio en medio de un mundo que exigía su rendición. Sentí una atracción poco familiar, una curiosidad que iba más allá de lo superficial.

Por impulso, le hice una señal al barman, un tipo fornido con un carácter afable y tatuajes que le cubrían los brazos.

—Oye, ¿cómo te llamas? —pregunté.

—Tom, tu amigable barman local —dijo con ironía.

—Bueno, Tom, ¿podrías enviarle una bebida de mi parte? —dije, señalando hacia Angel con un gesto—. Algo agradable que le guste. Estoy seguro de que sabrás qué.

El barman alzó una ceja, una pregunta silenciosa en su mirada, pero asintió.

—Por supuesto, jefe —lo oí llamar "jefe" a todos los hombres en la barra.

Observé mientras preparaba la bebida, una sutil mezcla de elegancia y fuerza, muy parecida a la propia Angel. Pero cuando entregó la bebida y el mensaje, su reacción no fue la que esperaba. No hubo sonrisa, ni un gesto de agradecimiento. Apenas le dedicó una mirada al vaso antes de negar con la cabeza y despedirlo con unas palabras en voz baja.

Hmm. Interesante.

No pude evitar admirarla aún más por el rechazo. En un lugar donde todo tenía un precio, ella parecía valorar algo más que la atención fugaz de hombres como yo.

La curiosidad me carcomía, una comezón que exigía ser rascada.

—¿Cuál es su historia? —le pregunté a Tom cuando regresó, señalando sutilmente hacia Angel.

El camarero se encogió de hombros, dejando caer un mechón de pelo sobre su frente mientras limpiaba la barra.

—No hay mucho que contar. Está aquí para trabajar, eso es todo. No mezcla los negocios con el placer, si me entiendes. Estudia a tiempo completo y es realmente increíble.

Una especie rara, entonces. Mi intriga se profundizó.

—Es diferente —reflexioné, más para mí mismo que para él.

—Sí. Lo es —concedió el camarero, con un gruñido poco comprometido—. O tal vez simplemente no está comprando lo que usted está vendiendo.

Una risa se me escapó, genuina y sin reservas. Era refrescante, este intercambio sin el habitual barniz de servilismo. En mi mundo, todos me adulaban.

—Quizás —admití, tomando otro sorbo de mi whisky, su calidez extendiéndose por todo mi cuerpo.

El pulso del club corría dentro de mi cuerpo, un constante bajo de fondo para mis inquietos pensamientos. No podía quitarme de la cabeza su imagen, la forma en que se comportaba, el desafío silencioso en sus ojos, la belleza impresionante.

Era mi tipo, una belleza natural, rubia, aunque más joven de lo que solía preferir. Era sexy como el infierno pero no actuaba como si lo supiera. Era un enigma, una anomalía en el ritmo predecible de la noche. Sí, estaba intrigado.

A medida que la hora menguaba, también lo hacía la multitud, y con ella, mi oportunidad de descubrir más sobre esta enigmática Ángel. Consideré esperar, quizás intentar otro acercamiento, pero algo me retuvo. No era miedo al rechazo—me había enfrentado y superado cosas mucho mayores en mi vida y no tenía temores al respecto. Era algo más, un respeto tácito por sus límites, su rechazo no expresado que era tan claro como cualquier palabra hablada.

Con un suspiro resignado, pagué mi cuenta, la mirada conocedora de Tom era un reconocimiento silencioso del drama no expresado de la noche.

—Gracias —dije, inclinando mi sombrero hacia él en un raro momento de franqueza.

—Cuando quiera, jefe —respondió, con un atisbo de sonrisa burlona—. Vuelva cuando necesite que le recuerden que el dinero no puede comprarlo todo.

Sonreí ante eso. Me gustaba su descaro.

El aire fresco de la noche era un fuerte contraste con el calor del club cuando salí, el silencio de la madrugada un lienzo en blanco para mis pensamientos. La ciudad se extendía ante mí, sus

infinitas posibilidades envueltas en la penumbra del amanecer.

Mientras me deslizaba en mi coche, el cuero frío contra mi piel, sentí una punzada de algo parecido al arrepentimiento. Ángel me había intrigado, algo raro en mi calculado mundo de transacciones y juegos de poder y mujeres excesivamente seguras y pulidas. Pero quizás era lo mejor. En otra vida, en otras circunstancias, ¿quién sabe lo que podría haber sido?

Pero… algo me atraía, me obsesionaba.

Llamé a mi conocido Simon, uno de los dueños del Sapphire. Vivía en Las Vegas y supervisaba el club principal allí.

—Hola Simon, quería felicitarte por tu nuevo club Sapphire.

—Oh, ¿así que por fin lo visitaste? Espero que vuelvas a menudo. Nuestros clubes están hechos para la comodidad, el entretenimiento y la discreción. Para hombres como tú. Las mejores bebidas disponibles, el mejor servicio —dijo con una risita—. Tenemos salas de negocios preparadas para empresarios y podemos servir comida. Oye, deberías visitarnos en Vegas la próxima vez que estés por aquí.

—Bueno, gracias Simon. Sí, quedé impresionado. Oye, hubo una artista de apertura, Ángel, que me dejó boquiabierto —dije con voz neutra.

—Ella es nuestra mejor. Angela es su nombre. Una chica diferente a la mayoría en el Sapphire, pero vale la pena. Mira amigo, tengo que irme. Una emergencia. Lo siento, hablemos pronto de nuevo. Lo digo en serio.

Y colgó. Incluso Simon parecía impresionado por Ángel - Angela - en cierto nivel.

Descubrí que mi rutina había cambiado, todo debido a mi nueva obsesión por esta criatura.

Hacía ejercicio por la mañana; pasaba tiempo en la oficina con mis últimos negocios; pero siempre estaba pensando en Ángel. Me dirigía al club Sapphire al final de cada día, atraído como un imán, alguna fuerza inexplicable que me empujaba hacia la tenue esperanza de verla de nuevo.

Cada noche, me acomodaba en las sombras con un whisky, un observador silencioso en medio de la cacofonía de luces y sonidos. Pero Ángel no se veía por ninguna parte, su ausencia un vacío palpable en el vibrante tapiz del club.

El personal, a estas alturas, se había acostumbrado a mi presencia y algunos de ellos sabían quién era yo. Daban la bienvenida a un multimillonario de Louisville al redil. Su curiosidad inicial ahora era reemplazada por un gesto de reconocimiento o una breve sonrisa cómplice. Me había convertido en parte del paisaje, un elemento tan constante como el propio bar. Sin embargo, con cada noche que pasaba, mi frustración crecía. ¿Había imaginado la imagen, la belleza de la mujer, el desafío silencioso en su mirada?

Al final de la semana, el viernes, la rutina se había vuelto casi masoquista, una prueba de

paciencia y determinación. El club bullía con la anticipación de la multitud del fin de semana, la energía palpable en el aire. Tomé mi lugar habitual, el vaso de whisky en mi mano más una excusa que otra cosa, mi atención centrada en el escenario.

Y entonces, ¡ella apareció!

Por fin. Mi corazón empezó a latir con anticipación.

La multitud parecía esperarla, una inhalación colectiva marcando su entrada desde lo alto. Ángel, actuando de nuevo, en su dominio, donde se transformaba de simple mortal a ser etéreo. La música la envolvía, un ritmo pulsante que ella igualaba con gracia sin esfuerzo. Descendió desde lo alto, sus movimientos diferentes a la última vez que la vi pero igual de sensuales e intrigantes.

Su cuerpo era una danza hipnotizante de luz y sombra, cada movimiento, cada giro, un testimonio de su fuerza no expresada.

Desde el otro lado de la sala, observé, cautivado. No era solo su belleza lo que me atraía; era la presencia que irradiaba de ella, un faro en la sala tenuemente iluminada. Era un enigma, envuelta en la apariencia de una simple bailarina de club – algunas de ellas strippers - pero claramente mucho más.

Los clientes a mi alrededor se desvanecieron en la irrelevancia, sus miradas lascivas y vítores un zumbido distante contra el telón de fondo de su actuación. Me encontré inclinándome hacia adelante, olvidando mi habitual reserva, mientras intentaba descifrar el misterio que era Angel.

Terminó su número entre aplausos estruendosos, el público ansioso por más, pero ella no se demoró. Con una gracia que desmentía su profesión, salió del escenario, dejando tras de sí una estela de susurros y suspiros. Algunas bailarinas circularían entre la multitud, tal vez aceptarían un baile privado o dos. Angel no lo hacía.

Permanecí sentado, mi bebida intacta, mi mente acelerada. La vigilia de una semana, las noches de espera, habían llevado a este momento. La atracción que sentía hacia ella era innegable, una fuerza que iba más allá del atractivo físico.

Había pensado en ella toda la semana, día y noche.

La parte racional de mi cerebro me advertía contra esta obsesión. ¿Qué estaba haciendo, persiguiendo a una bailarina en un club? Pero era más que eso, y en el fondo, lo sabía.

Su mera presencia, y mi interés en ella, era un signo de interrogación contra la vida que había construido. Normalmente estaba con mujeres sofisticadas y adineradas, hijas de magnates, mujeres que dirigían sus propias grandes empresas. Angel era completamente diferente, de un mundo diferente.

¿Por qué estaba tan obsesionado con ella? Ni siquiera la conocía aún. Pero era más que una atracción física, lo sentía.

A medida que avanzaba la noche, me encontré atrapado en una batalla de voluntades. Acércate a

ella, me urgía una voz, busca la conexión que no puedes negar. Pero la precaución me retenía, un recordatorio de las innumerables complicaciones que tal movimiento podría conllevar.

El club comenzó a vaciarse, las primeras horas de la mañana pasando factura a los clientes. Observé cómo Angel bailaba sus últimos números en el escenario, en el tubo. Destacaba entre las otras bailarinas.

Impulsado por alguna fuerza interior, me levanté de mi rincón en penumbra, mi decisión tomada. Era hora de romper la distancia, de enfrentar el desafío que ella inconscientemente planteaba.

Al acercarme, fui agudamente consciente del cambio en su comportamiento. Su postura se enderezó, sus ojos evaluándome con una cautela vigilante que era tanto una advertencia como un atractivo.

—¿Puedo invitarte a una copa? —me aventuré, mi tono casual pero cargado de una corriente subyacente de anticipación. Era una oferta simple, hecha innumerables veces en lugares como este, pero se sentía como una jugada significativa en el juego silencioso que estábamos a punto de jugar.

Su reacción fue tan rápida como cortés, un leve movimiento de cabeza acompañado de un rechazo educado pero firme.

—Gracias, pero estoy bien.

El rechazo era esperado, pero dolió más de lo que me gustaba admitir. Su indiferencia, tan en desacuerdo con las reacciones habituales que provocaba, era tanto un golpe a mi ego como un rompecabezas irresistible.

No podía dejarlo así.

—¿Ni siquiera para una charla rápida? Te prometo que soy más interesante de lo que parezco.

Su sonrisa fue cortés, casi ensayada, pero sus ojos mantenían una firme determinación.

—No lo dudo, pero no estoy interesada. Solo estoy aquí para trabajar.

El rechazo era claro, sus límites firmemente trazados. Sin embargo, en lugar de desalentarme, solo sirvió para avivar aún más mi curiosidad. ¿Qué la impulsaba?, me pregunté. ¿Qué había detrás de esos ojos vigilantes? ¿De qué se trataba ella?

Retirándome con un asentimiento, cedí esta ronda a ella.

—De acuerdo. Que tengas una buena noche, entonces.

Mientras me alejaba, la breve interacción se repetía en mi mente, cada palabra, el sonido de su voz, cada gesto, añadiendo capas al enigma que era Angel. Su resiliencia era evidente, su desinterés no era una treta sino un genuino desapego del mundo que la rodeaba.

De vuelta en mi rincón apartado, me encontré perdido en mis pensamientos, mi habitual

desapego de las escapadas del club reemplazado por un agudo interés en un solo individuo. Era inusual en mí estar tan obsesionado, pero no podía sacudirme la sensación de que había más en su historia, más en ella, de lo que se veía a simple vista.

Quería conocerla. Tenía que hacerlo.

Su falta de interés en mí era un desafío, una desviación de la norma que me intrigaba. Las mujeres normalmente se deshacían en atenciones conmigo. O si me acercaba a ellas, fácilmente accedían. En un mundo donde todo y todos tenían un precio, su indiferencia era una rareza, una a la que me sentía atraído.

A medida que la noche llegaba a su fin, la observé desde la distancia. Admiré la forma en que navegaba su entorno. Había una fuerza en ella, una silenciosa desafío que la distinguía de las demás.

Su negativa a participar, a jugar el juego según las reglas no escritas del club, hablaba por sí misma. Era como si existiera en una realidad separada, una donde las miradas lascivas y las proposiciones que eran moneda corriente aquí no tenían valor.

Cuando las luces del club se intensificaron, señalando el final de la noche, me encontré reacio a irme, reacio a romper el hechizo que Angel había lanzado sin saberlo. Pero a medida que los clientes salían, su energía estridente disipándose en la noche, supe que era hora de partir.

Saliendo al fresco aire del amanecer, la ciudad parecía contener la respiración, el silencio un marcado contraste con la cacofonía que acababa de dejar atrás. El viaje a casa fue contemplativo, la imagen de Angel persistiendo en mis pensamientos, un intrigante rompecabezas que estaba determinado a resolver.

Ella me había cautivado de una manera que no esperaba. Había una historia allí, estaba seguro, y mi curiosidad estaba picada. ¿Quién era ella, realmente? ¿Y qué la había llevado a este lugar, a esta vida?

Llegué a mi lujoso ático y rápidamente me desvestí.

Mientras yacía en la cama, los eventos de la noche reproduciéndose en mi mente, me di cuenta de que esto era más que un simple interés pasajero. Había algo en Angel que resonaba dentro de mí, tal vez un sentido compartido de desafío, o un reconocimiento mutuo de algo más bajo la superficie.

Fuera lo que fuese, sabía una cosa con certeza: mi encuentro con Angel estaba lejos de terminar. Mi interés era más que un capricho pasajero; era un desafío, un misterio que estaba determinado a desentrañar. Y lo desentrañaría, a su debido tiempo. Por ahora, el recuerdo de nuestra interacción demasiado breve, su cortés rechazo y su inquebrantable resiliencia, tendría que bastar, alimentando mi curiosidad hasta que nuestros caminos se cruzaran de nuevo.

Capítulo cuatro

Angela

¿Cómo era posible que ya fuera viernes? Las luces de neón parpadeaban afuera mientras me abría paso por la entrada trasera del Sapphire Club, con el bajo amortiguado de la música ya pulsando a través de las paredes. El aire estaba cargado con el aroma de colonia cara, whisky y anticipación. Otra noche, otro dólar, o eso se decía en lugares como este. Me quité la chaqueta, sintiendo el cambio de atmósfera del frío de la noche al interior caldeado, cargado de miradas ansiosas y deseos no expresados.

El vestuario era un hervidero de actividad, con chicas charlando y riendo, saludándome, el sonido de cremalleras y el tintineo de joyas mezclándose con el lejano latido del bajo. Fui a mi camerino y comencé la transformación de Angela, la estudiante universitaria, a Angel, la fantasía y la mejor bailarina.

Me había tomado algunos días de vacaciones esta semana, gracias a varios exámenes de enfermería. Quería estar en plena forma y terminar mis estudios con broche de oro. Pero ahora, de vuelta al trabajo.

Primero el maquillaje, atrevido y ahumado, borrando el cansancio de mis ojos y reemplazándolo con la promesa de algo más. Mi cabello caía en suaves ondas rubias alrededor de mis hombros, en marcado contraste con el moño apretado que llevaba a clase.

Ponerme mi atuendo se sentía como vestir una armadura, la escasa tela más poderosa de lo que debería ser. Incluidas las alas de ángel que habían sido parte de los desfiles de Victoria's Secret. El disfraz era una máscara, un papel que interpretaba a la perfección. El espejo reflejaba una versión de mí que era confiada, intocable, resplandeciente.

Agradecí en silencio a mi madre en el cielo por las clases de baile y gimnasia que tuve de niña, mientras me preparaba para mi primera actuación de la noche. Los nuevos dueños del Sapphire Club eran geniales, debo admitirlo. Tenían clase. Un círculo de inversores adinerados con la misión de abrir varios Sapphire Clubs siguiendo el éxito del club de Las Vegas y otros sitios en todo el país. Un mejor tipo de clientela.

En mi entrevista, dijeron que querían algo de drama al comienzo de cada noche, y que yo podía proporcionarlo. Durante el resto de la noche, todas hacíamos baile en el tubo más típico en el escenario con una variedad de música.

Mi primera actuación cada noche era una especie de espectáculo al estilo Cirque du Soleil, descendiendo por cables y cuerdas como un ángel. Era la única bailarina que hacía esto. Mi nombre artístico era Angel, así que era apropiado. Mi descenso desde lo alto incluía giros, vueltas y piruetas, splits y movimientos para cautivar al público. Terminaba cuando tocaba el suelo, bailaba al ritmo de la increíble música y finalizaba en el tubo al frente del escenario.

Me encantaba hacer esa actuación cada noche. Nunca me cansaba.

Ahora era el momento de mi segundo set de la noche. Al salir a la pista, sin alas de ángel esta vez, la música me envolvió, el ritmo sincronizándose con los latidos de mi corazón. El club estaba vivo, una entidad pulsante en sí misma. Me dirigí al escenario, con el familiar aleteo de

adrenalina en el estómago. Este era mi dominio, donde yo tenía el poder.

Cerré los ojos por un breve segundo, dejando que la música me inundara, luego los abrí a un mar de rostros. Las luces eran cegadoras, proyectando a todos en un resplandor brumoso, sus rasgos borrosos. No importaba quiénes eran; todos eran iguales en la luz tenue y el humo.

Mi cuerpo se movía por sí solo, años de práctica y noches como esta fundiéndose en memoria muscular. El mundo se reducía al sonido, el movimiento y el calor. Podía sentir las miradas sobre mí, el aplauso silencioso de los billetes siendo preparados, pero era ruido de fondo, una tormenta distante mientras yo era el ojo, tranquila y en control.

A mitad de mi actuación, lo vi: el Señor Persistente, como lo había apodado. Su verdadero nombre era Rick, un hombre de mediana edad con afición por demasiado ron y muy poco respeto. Estaba en su lugar habitual junto a la barra, con la mirada fija en mí. Lo había rechazado más veces de las que podía contar, pero como una mala moneda, siempre volvía a aparecer. Me enteré por el barman Tom que había sido cliente habitual del anterior club de mala muerte que ocupaba este lugar, antes de la remodelación. Se había ganado la membresía a base de insistencia.

Al terminar mi actuación, me dirigí directamente al camerino, esperando evitar cualquier interacción no deseada. La suerte no estaba de mi lado esta noche.

—Eh, Angel —la voz de Rick se deslizó entre la multitud, aceitosa e indeseada.

Me giré, componiendo una expresión de educado desinterés. —Rick —dije secamente.

Se acercó sigilosamente, con una sonrisa demasiado amplia, demasiado depredadora. —Estuviste increíble, como siempre. ¿Qué tal un baile privado?

La proposición no era nueva, pero me irritaba cada vez. —No me interesa, Rick.

—Oh, vamos —insistió, su mano serpenteando para rozar mi brazo. Di un paso atrás, con la piel de gallina donde me había tocado.

—Mira —dije, con voz baja y un tono acerado colándose en ella—. Te lo he dicho antes. No. No hago bailes privados. Con nadie. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Se rio, un sonido falso que me puso los nervios de punta. —Haciéndote la difícil, ¿eh? Me gusta eso.

Cuadré los hombros, mi paciencia desgastándose. —No me hago la difícil, Rick. Estoy trabajando. Y tú me estás interrumpiendo.

Se inclinó, su aliento cargado con el aroma del ron. —Creo que tú y yo podríamos divertirnos mucho, Angel. Mucho. Solo dame una oportunidad.

Las ganas de decirle dónde podía meterse su oportunidad y su diversión eran abrumadoras, pero armar una escena era lo último que necesitaba. A los nuevos dueños tampoco les gustaría. El

Sapphire era un club de alto nivel, aunque Rick no lo fuera y no encajara.

—La respuesta sigue siendo no —dije firmemente, rodeándolo—. Buenas noches, Rick.

Alejándome del persistente y repugnante hombre, sentí una mezcla de irritación y alivio. Ese tipo realmente sabía cómo arruinar el ambiente. Atravesando la puerta de bastidores, el camerino ofrecía un santuario temporal. Me desplomé en una silla, mi reflejo me devolvió la mirada desde el espejo, la vibrante personalidad de Angel mirándome fijamente, ofreciendo un contraste con la tormenta de emociones que se arremolinaban en mi interior.

—Esto es solo un peldaño —me recordé en silencio, como solía hacer, trazando el borde del tocador con un dedo—. Solo hasta que obtenga mi título de enfermería. —El mantra era un pequeño consuelo, un recordatorio del panorama más amplio en medio de mi trabajo aquí en el Club Sapphire.

Después de unas cuantas respiraciones profundas, retoqué mi maquillaje, lista para enfrentar el resto de mi turno. La energía de la multitud siempre lograba volver a mí, reavivando el fuego que necesitaba para seguir adelante.

Al volver al piso, la música retumbante con un fuerte bajo me dio la bienvenida, un abrazo familiar. Me dirigí directamente al bar, con la intención de tomar un vaso de agua y quizás compartir una broma rápida con mi amigo Tom, el barman, para sacudirme la molestia persistente de mi encuentro con Rick.

Tom siempre era un alivio para la vista, su sonrisa fácil un cambio bienvenido. A mediados de los treinta, con tatuajes serpenteando por sus brazos y un don para escuchar que lo hacía popular entre el personal y los clientes, era una figura habitual en el club.

—¿Cliente difícil? —preguntó Tom, asintiendo hacia la dirección de la que había venido.

—Se podría decir —suspiré, aceptando el vaso de agua que deslizó por la barra—. Rick, otra vez.

—Maldición. Pero oye, no dejes que te afecte. Aunque, eh, parece que tienes otro admirador —dijo Tom, con un brillo travieso en los ojos mientras asentía sutilmente hacia el otro extremo de la barra—. Parece un poco enamorado —se rio Tom.

Seguí su mirada, esperando ver a Rick o algún otro cliente habitual, pero en su lugar, lo vi a él nuevamente. Mis ojos se posaron en el hombre atractivo que había estado por aquí últimamente y me había ofrecido una copa la semana pasada. Un hombre, claramente aparte. Un hombre guapo que vestía bien, y del tipo que el Club Sapphire daba la bienvenida. Un caballero, al parecer. Siempre bebía tranquilamente, luciendo sofisticado.

Ahora estaba sentado con calma, un vaso de lo que parecía ser un caro whisky en la mano. Miré más de cerca. Su traje y su cabello perfecto gritaban dinero, su reloj probablemente valía más de lo que yo ganaba en un mes. Su sonrisa y su comportamiento eran confiados, dirigidos directamente a mí.

—Tom, no es mi tipo —dije, volviéndome hacia Tom, esperando que mi desinterés fuera claro y diciendo lo único que se me ocurrió. La verdad era que sí era mi tipo, al menos físicamente.

Tom se rio. —Claro. Aunque el tipo ha estado preguntando por ti. Te envió otra copa. —Señaló un vaso que estaba en el borde de la barra, sin tocar.

Miré el vaso y luego a Tom. —Dile que gracias, pero no, gracias. Mi turno casi termina, y tengo una montaña de estudios esperándome.

—¿A las 3 de la mañana? —Tom arqueó una ceja, su sonrisa ensanchándose.

Me encogí de hombros, la comisura de mi boca elevándose en una media sonrisa. —Mi título no se va a ganar solo.

Tom se rio, sacudiendo la cabeza. —Eres única, Angie. Lo rechazaré con delicadeza por ti.

Observé mientras Tom transmitía el mensaje. La sonrisa del hombre flaqueó ligeramente antes de asentir en señal de comprensión, alzando su copa en un brindis silencioso antes de dar un sorbo. No pude evitar sentir una punzada de curiosidad por él, pero rápidamente fue eclipsada por la realidad de mi situación.

Apartando la mirada, me concentré en la multitud, la música y el movimiento. Me quedaba un set más hasta las 3 de la madrugada. El tiempo restante pasó en un borrón de luces, música y ocasionales peticiones de bailes privados, que manejé con el mismo rechazo firme que le había dado a Rick y al hombre misterioso.

Cuando mi turno finalmente terminó y comencé a cambiarme de vuelta a mi ropa normal, el peso del agotamiento se asentó sobre mí. La adrenalina que me había impulsado durante la noche estaba disminuyendo, dejando solo la anticipación de unas pocas horas de sueño antes de mi clase matutina. Necesitaré algo de café pronto.

El frío de la noche me envolvió al salir del Sapphire Club, el letrero de neón daba un brillo surreal a la calle vacía.

Mi mente ya estaba acelerándose hacia el examen de anatomía que se cernía sobre mí, los complejos diagramas y los interminables términos arremolinándose en una danza de anticipación y ansiedad. La biblioteca del campus abierta las 24 horas, con sus pasillos silenciosos, buen café y el suave murmullo de los estudiantes nocturnos, era mi próxima parada, una especie de santuario donde podía perderme en el mundo de la enfermería.

Mientras doblaba la esquina, ajustándome más la chaqueta contra el abrazo de la noche, una figura se desprendió de las sombras, una nota discordante en la calle tranquila. Mi corazón se saltó un latido, la incómoda sensación de ser observada subiendo por mi columna.

—Angel —la voz de Rick se deslizó a través de la oscuridad, una intrusión indeseada. Su voz era más profunda de lo habitual, más insistente.

Mierda, ahora no.

La visión de él, acechando fuera del club como algún acosador cliché de una película mala, hizo sonar todas las alarmas en mi cabeza. Aceleré el paso, mis llaves del coche fuertemente apretadas en mi mano, sus bordes clavándose en mi palma.

—Oye, solo quiero hablar —me llamó Rick, sus pasos resonando en el pavimento mientras intentaba acortar la distancia.

No respondí, ni siquiera miré atrás. Hablar era lo último que quería hacer, especialmente con él. El estacionamiento estaba justo adelante, mi coche un faro de escape.

—Angel, vamos, no seas así —insistió mientras se acercaba, su tono una mezcla de molestia y algo más oscuro.

Justo cuando estaba calculando si podría echar a correr, una figura familiar entró en mi campo de visión. El Gran Joe, uno de los guardias del club, su enorme figura era un muro entre Rick y yo.

—¿Estás bien, Ang? —la voz profunda de Joe era tranquila, una presencia firme en el caos de la noche.

Asentí, aliviada. —Sí, gracias, Joe.

Joe se volvió hacia Rick, su enorme estatura por sí sola era un mensaje claro. —Creo que es hora de que te vayas a casa, amigo.

Gracias a Dios que Joe estaba allí.

La protesta de Rick fue débil, la bravuconería abandonándolo bajo la mirada implacable y el tamaño de Joe. Murmuró algo entre dientes antes de retirarse de nuevo a las sombras de las que había surgido.

Con una mirada agradecida a Joe, me apresuré hacia mi coche, la tensión en mis hombros aliviándose ligeramente. El motor rugió cobrando vida bajo mi toque, un ronroneo prometedor de seguridad. Mientras salía del estacionamiento, vi un vistazo de Joe en el espejo retrovisor, un guardián silencioso en la noche iluminada por neón.

El viaje al campus fue borroso, mis pensamientos un lío enredado de los avances no deseados de Rick, el examen próximo y el enigmático hombre del bar. Era mucho para procesar, especialmente en las horas tranquilas de la noche cuando el mundo parecía detenerse, esperando el amanecer.

Al entrar en el estacionamiento de la biblioteca, me sacudí los restos del drama nocturno, reenfocándome en la tarea en cuestión. La entrada iluminada de la biblioteca me llamaba, un faro de conocimiento en la oscuridad. Recogí mis libros y apuntes, mi mente cambiando de modo supervivencia a modo estudio. Agarré un café fuerte, lista para beberlo mientras estudiaba.

La biblioteca estaba casi desierta, unos pocos noctámbulos dispersos entre las filas de libros, sus rostros iluminados por el suave resplandor de las pantallas de las portátiles. Encontré mi lugar habitual en la esquina, el entorno familiar un consuelo.

Mientras extendía mis apuntes, los eventos de la noche comenzaron a retroceder, reemplazados por el desafío inmediato de memorizar grupos musculares y estructuras óseas. El silencio de la biblioteca me envolvía, un capullo de concentración.

El tiempo perdió significado mientras me sumergía más profundamente en mis estudios, las palabras y diagramas tejiendo un complejo tapiz de conocimiento. El ocasional roce de páginas o una suave tos de otro estudiante puntuaba la quietud, un recordatorio de que no estaba sola en esta búsqueda nocturna de aprendizaje.

Pasaron las horas, la madrugada profundizándose fuera de los muros de la biblioteca. Mi enfoque nunca vaciló, el impulso de tener éxito, de hacer algo de mí misma, alimentando mi determinación. Este era mi mundo, muy alejado del glamour y la suciedad del Sapphire Club, un mundo donde el trabajo duro y la dedicación importaban más que la apariencia o el encanto. Tenía mis metas y nunca las olvidaba.

Cuando los primeros indicios del amanecer comenzaron a iluminar el cielo, una sensación de logro me llenó. Había conquistado otra noche, otro desafío. Empacando mis apuntes, me sentía lista para enfrentar el examen, lista para enfrentar lo que el día pudiera traer.

Capítulo cinco

Angela

Durante las siguientes semanas, el ambiente del club adquirió un nuevo matiz para mí. No era solo el aire cargado de humo o las luces de neón lo que se sentía diferente, sino la presencia de un cliente misterioso y siempre presente. Uno bastante atractivo y llamativo, por cierto. A diferencia del desagradable Rick, este hombre exudaba clase. ¿Por qué estaba aquí? No me presionaba, no me perseguía más allá de ofrecerme una copa, pero siempre estaba ahí, observándome, admirándome.

Su comportamiento era tranquilo, controlado, casi respetuoso en un lugar donde el respeto a menudo escaseaba. A pesar de mis reservas iniciales, nuestros breves intercambios, generalmente sobre bebidas rechazadas, se convirtieron en una extraña especie de rutina. Sus ojos oscuros y su rostro atractivo siempre estaban allí.

Su nombre, según me enteré por Tom el bartender, era Damien. Era un gran jugador en el mercado inmobiliario, poseía caballos de carreras, tenía un padre famoso: el típico multimillonario.

Pero nunca se mostraba agresivo, nunca me presionaba, nunca cruzaba la línea más allá de ofertas casuales. Era raro. Y fue suficiente para despertar mi curiosidad, aunque tuve cuidado de no dejarlo notar. En este mundo, la curiosidad podía ser algo peligroso.

Sabía que sucedería eventualmente, pero no estaba segura de por qué. Llegó la noche en que el delicado equilibrio que habíamos mantenido cambió.

Al llegar al trabajo, encontré un ramo de hermosas rosas esperándome, sus pétalos de un rojo intenso contrastaban fuertemente con el interior beige del camerino. Una pequeña tarjeta anidada entre las flores no llevaba nombre, pero no lo necesitaba. Solo había una persona que haría algo así.

Mi primer instinto fue de irritación. ¿Flores? ¿Aquí? Parecía tan fuera de lugar, tan contrario a las reglas tácitas de compromiso a las que me había adherido. Sin embargo, mientras inhalaba su sutil fragancia, una parte de mí se conmovió por el gesto, aunque me costara admitirlo.

Lo encontré más tarde esa noche, después de varios de mis números, instalado en su lugar habitual, con una copa en la mano mientras observaba el escenario con un aire de indiferencia que ahora reconocía como su sello distintivo.

Al acercarme a él, sentí un inusual aleteo de nervios. Esto no se trataba solo de rechazar una bebida o un baile. Esto era personal.

No lo saludé, sino que fui directo al grano.

—Mira, Damien —comencé, con un tono más firme del que pretendía—, no puedo aceptar esto. —Señalé las rosas, que ahora estaban en el borde de la barra.

—Me alegra que sepas mi nombre, Angela.

Dudé. —Y tú sabes el mío.

Levantó la mirada, su expresión ilegible por un momento antes de transformarse en una de leve diversión. —Las flores son solo un regalo, Angela. Sin expectativas.

Sus palabras, destinadas a tranquilizar, solo alimentaron mi frustración. —No lo entiendes, ¿verdad? No puedo permitir que este tipo de cosas suceda aquí. Envía el mensaje equivocado.

Me estudió por un momento, luego suspiró, pasándose una mano por el cabello. —De acuerdo, lo entiendo. Pero ¿no puede un hombre regalarle flores a una amiga sin que sea un gran problema?

La palabra "amiga" quedó suspendida en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. ¿Éramos amigos ahora? La idea era desconcertante, pero no del todo desagradable.

—No somos amigos. No nos conocemos en absoluto. Y yo solo... bueno, es complicado —dije finalmente, sintiendo que la pelea me abandonaba. La verdad era que su presencia constante se había convertido en algo así como un consuelo, un punto fijo en el caos siempre cambiante del club. Una presencia intrigante.

Asintió, un gesto de comprensión. —Por lo que vale, solo estaban destinadas a alegrar tu día. Nada más.

La sinceridad en su voz me tomó por sorpresa, obligándome a reconsiderar mi postura. —Gracias, supongo. Solo... mantenlo simple, ¿de acuerdo?

—Simple es mi segundo nombre —bromeó, con una sonrisa tirando de las comisuras de su boca.

A pesar de mí misma, le devolví la sonrisa, la tensión disminuyendo ligeramente. —Lo dudo seriamente.

Nuestras interacciones, aunque escasas, llevaban una corriente subyacente de algo más, un diálogo silencioso que parecía reconocer la tensión no expresada entre nosotros. Su respeto por mis límites, combinado con los gestos ocasionales y considerados, me dejaron en un estado de debate interno. ¿Era posible bajar la guardia con un hombre así? ¿Era posible contemplar una conexión genuina dentro de las paredes de un lugar como este?

Lo dudaba. Me di la vuelta y regresé para refrescarme entre bastidores antes de mi baile final de la noche. No le dije nada más al extraño. Pero Rick estaba esperando en mi camino hacia el backstage. —Oye, Angel, dame un baile privado, ¿eh? —balbuceó, más borracho de lo habitual —. Haré que valga la pena —dijo mientras me mostraba unos cientos de dólares en la cara.

Lo aparté. —No, gracias, sabes que nunca hago eso. Por favor, vete.

Tal vez se retiraría. Me daba escalofríos.

Vi que Damien observaba lo que estaba sucediendo, y comenzó a moverse hacia adelante, quizás para intervenir. Negué con la cabeza en silencio y me dirigí a la puerta del escenario. No quería peleas ni problemas en el Sapphire, no por mi cuenta.

Miré hacia atrás y Damien estaba sentado de nuevo, pero observando a Rick como un halcón. Rick se tambaleaba hacia la puerta de salida, aparentemente rindiéndose por la noche. No necesitaba protección, pero me impresionó que Damien estuviera listo para actuar en mi nombre. No era un guardia de seguridad, era un invitado adinerado.

No estaba segura de qué pensar, pero Damien me estaba cayendo bien. Y, maldita sea, era guapo.

Capítulo seis

Angela

Levi y Grace vinieron en mi rara noche libre de estudios y trabajo. Levi trajo comida china para nuestro pequeño festín y estaba desempacando los platos y colocándolos en la mesita de café. Bromeábamos y reíamos, los tres disfrutando de la compañía mutua. Levi y Grace siempre hacían maravillas para levantar mi ánimo. Eran como familia para mí, y estaba agradecida por su amistad.

Grace escuchaba atentamente mientras le contaba sobre el misterioso Damien y nuestras interacciones hasta ahora en el Sapphire. Estaba intrigada. Pero Levi, siempre el bromista, me molestaba sobre lo guapo y rico que debía ser. No pude evitar sonreír ante las payasadas de Levi. Estar con ellos siempre me hacía sentir más ligera, menos agobiada por mis responsabilidades.

Levi abrió tres cervezas y las repartió. Chocamos los vasos.

—¡Por los amigos! —dijo Levi—. ¡Y porque Ang se vuelva un poco más aventurera!

Le lancé una mirada de desaprobación, pero luego me reí.

A pesar de la tentación, sabía que no podía involucrarme con Damien ni con ningún otro hombre. Mis estudios y el trabajo en el club ocupaban todo mi tiempo y energía. No podía permitirme distracciones.

Grace me dio un codazo y me lanzó una mirada cómplice.

—Ang, tal vez necesites una pequeña distracción —dijo—, o un poco de atención y amor. Parece interesado y se comporta como un caballero, ¿no? Trabajas tan duro. ¿Cuándo duermes, de todos modos?

Me encogí de hombros, sabiendo que tenía razón. Pero había tomado mi decisión. Solo me concentraría en mis estudios. Los terminaría pronto. Solo faltaban meses...

Estaba tan cerca de la graduación que casi podía saborearla. No podía soportar ver mis sueños desmoronarse. Damien podría ser el primer chico en el que había estado ligeramente interesada en conocer, pero ¿podía ser suficiente para arriesgar todo por lo que había estado trabajando? ¿Podría serlo?

Grace me rodeó con un brazo, percibiendo mi confusión interna.

—Mereces ser feliz, ¿sabes? No tienes que elegir entre tus estudios y el amor. O las citas. Puedes tener ambos. —Sus palabras eran reconfortantes, pero no podía quitarme el miedo al fracaso, a no terminar mis arduos estudios como la mejor de mi clase.

Pero tal vez necesitaba un poco de equilibrio, ¿un poco de mimo?

Levi asintió en acuerdo.

—¿Y quién dice que Damien es solo una aventura pasajera? Podría ser el indicado al que has estado esperando. O tal vez no esperando, ¡pero quizás TÚ eres la que él ha estado esperando!

Sus palabras me hicieron reír. ¿Qué haría yo sin estos amigos?

—Vamos, pásenme un rollito de primavera y veamos la película, chicos —dije para cambiar de tema.

Pero ahora mi mente daba vueltas. ¿Me había excedido al cerrarme a las relaciones, los hombres y las citas y todo eso? ¿Tenían razón en que debería relajarme un poco?

***

La noche siguiente, llegué al Sapphire, renovada por la noche con mis mejores amigos.

El aire estaba cargado de anticipación y la embriagadora mezcla de bebidas caras y música palpitante.

Hice mi número de apertura al drama de la música rítmica, los focos y los movimientos sensuales. Llevaba un nuevo bikini plateado que el club me había comprado, y me gustaba el efecto brillante mientras me movía al ritmo de la música.

Cuando el set terminó y los aplausos se apagaron, me dirigí al bar donde Tom tenía agua fresca con limón esperándome.

Me di cuenta de la presencia de Damien. Su acercamiento me tomó por sorpresa, ya que normalmente estaba sentado con su whisky. Su habitual calma estaba teñida de un toque de energía nerviosa, un sutil cambio que aceleró mi propio pulso.

Noté lo aún más guapo que era de cerca, cómo su cuerpo estaba en forma, notándose a través de su ropa cara. Su cabello oscuro brillaba bajo la luz, enmarcando sus ojos oscuros.

—Lamento que tipos desagradables como Rick, ¿así se llama?, te molesten. Fue doloroso de ver la otra noche, Angela. Yo mismo quería echarlo.

—Viene con el territorio, pero gracias. Puedo cuidarme sola. Y los guardias lo vigilan —murmuré.

—Claro. Bueno, me preguntaba —comenzó, con voz baja, apenas audible sobre la música—, si considerarías acompañarme en la sala VIP, Angela. Solo nosotros.

La petición, aunque dicha suavemente, reverberó en mí como una onda expansiva. Mi impulso inicial fue rechazar, como siempre hacía, refugiarme detrás de la seguridad de mi personaje profesional. Pero la mirada en sus ojos, sincera y expectante, me hizo dudar. Y estaba pensando en lo que Levi y Grace habían dicho anoche.

—Nunca doy bailes privados.

Continuó mirándome, con sinceridad. En ese momento, me recordó a un cachorro expectante. Eso rompió un poco mis defensas.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres estar a solas? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera

sopesar sus implicaciones, mi curiosidad pudo más que yo.

—Porque —hizo una pausa, buscando las palabras—, porque creo que hay algo que vale la pena explorar. Porque me intrigas, por tu fuerza, por tu personalidad. Porque quiero estar cerca de ti, aunque sea por un minuto, para tratar de conocerte más.

La sinceridad en su voz, junto con la intensidad de su mirada, me desarmó. Contra mi mejor juicio, me encontré asintiendo, la palabra "sí" escapando de mis labios antes de que pudiera comprender completamente la decisión. Culpé a Levi y Grace, al menos un poco. Ellos plantaron la semilla. Era la primera vez que aceptaba ir a la sala VIP con un cliente.

¿Qué me pasa? Sé que en el fondo, he observado su presencia noche tras noche, y me estaba empezando a gustar. Él era diferente. Me admití a mí misma que yo también quería conocerlo. Grace y Levi me convencieron.

¡Maldición!

Guié el camino hacia la sala VIP antes de que pudiera cambiar de opinión.

La sala VIP, con su iluminación tenue y asientos mullidos, se sentía como un mundo aparte de la energía frenética del salón principal. Cuando la puerta se cerró y se bloqueó detrás de nosotros, el sonido del club se desvaneció, reemplazado por una tensión palpable que vibraba en el aire como electricidad. Y música que retumbaba por todo mi cuerpo.

Damien se sentó, su postura relajada pero atenta, sus ojos nunca dejando los míos. Iba a sentarme y hablar, pero me encontré queriendo bailar. Bailar para él. Habría tiempo para hablar pronto. Estaba más nerviosa por hablar que por bailar.

Dejé que la música me envolviera y comencé a bailar. La distancia entre nosotros, tanto física como metafórica, parecía reducirse con cada movimiento, cada nota de la música que pulsaba a través de la habitación, cada movimiento de mi cuerpo.

El baile era familiar, una rutina que había realizado incontables veces en el escenario, pero con Damien como mi único público, se sentía completamente nuevo. Cada paso, cada giro, estaba imbuido de una intensidad que me dejaba sin aliento, mi corazón acelerado no por el esfuerzo, sino por la pura fuerza de la conexión que parecía crecer entre nosotros.

Me encontré derritiéndome bajo su intensa mirada, su atractiva presencia que palpitaba con sensualidad.

Tenía poco tiempo para pensar en hombres o intimidad. Trabajaba como una esclava en el club y estudiaba para terminar mi título de enfermería; apenas tenía tiempo para dormir, mucho menos para pensar en un hombre.

Pero ahí estaba él, tan sexy como podría imaginar a un hombre, un poco mayor, observándome intensamente, admirándome incluso. Me dejé llevar y me moví solo para él, permitiéndome intentar complacerlo mientras me miraba.

Cuando la canción llegaba a su fin, me sentí atraída hacia él, el espacio entre nosotros cargado con una pregunta no formulada. Su mano se extendió, una invitación silenciosa, y la tomé, el contacto encendiendo un fuego que corrió por mis venas.

Me incliné hacia adelante y él me atrajo a su regazo. Olía tan bien.

Sus labios carnosos y cálidos se encontraron con los míos en un beso que al principio fue suave, una exploración tentativa que pronto se profundizó en algo más urgente, más exigente. Era como si todos los días de cuidadosa distancia, de intercambios corteses, de observarnos mutuamente, hubieran llevado a este momento, esta rendición a la innegable atracción que ardía entre nosotros.

El mundo fuera de la sala VIP, con sus reglas y roles, se desvaneció, dejando solo la cruda intensidad del momento. Era imprudente, quizás, ceder a este impulso, difuminar las líneas tan completamente. Sin embargo, cuando los brazos de Damien me rodearon, cualquier pensamiento de precaución o restricción se desvaneció, reemplazado por una abrumadora necesidad de estar más cerca, de disolver las barreras que nos habían mantenido separados.

Se sentía bien.

Aquí había un beso que hablaba de posibilidades, de caminos aún no tomados. Y cuando finalmente nos separamos, sin aliento y aturdidos, la realidad del club, del mundo más allá de la habitación aislada, volvió de golpe con una claridad asombrosa.

¿Qué acababa de hacer? Las implicaciones de este lapso en mi profesionalismo cuidadosamente mantenido no se me escapaban, sin embargo, en las secuelas del beso, parecían distantes, menos inmediatas que el latido de mi corazón y el calor de la mirada de Damien.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que besé a un chico, desde que había estado con uno? Parecía una eternidad. ¿Y la sensación de ser besada, tocada, admirada? Admito que lo extrañaba. Se sentía bien.

—Yo... —comencé, la palabra perdiéndose en el silencio cargado, una miríada de emociones arremolinándose dentro de mí: confusión, deseo, miedo.

La expresión de Damien reflejaba mi propio tumulto, una mezcla compleja de satisfacción y preocupación. —Lo sé —dijo, su voz un ronroneo bajo que parecía resonar profundamente dentro de mí.

Sus manos estaban en mis caderas mientras me ponía de pie ahora frente a él, mi centro palpitando de anticipación. Debería alejarme de esto. Ahora. El baile había terminado. Podía irme.

Pero miré sus labios, deseando más.

Los dedos de Damien se flexionaron sobre la piel desnuda encima de mi bikini, y me derretí, casi literalmente, hundiéndome en su regazo de nuevo, esta vez con mis piernas a cada lado de él.

Sus labios se encontraron con los míos de nuevo, y de repente, no era cauteloso ni suave en absoluto. Era desesperado, necesitado. Que Damien fuera mayor que yo no importaba. En absoluto. Lo que importaba era que, después de todos sus avances, de su presencia nocturna para mí, finalmente me había desgastado hasta ceder ante él. Y quería hacerlo.

Lo sentí endurecerse en sus pantalones debajo de mí, y gemí. Sí...

Esto era lo que quería, lo que necesitaba. Sentirme conectada, íntima, deseada.

Que alguien más viera cuánto anhelaba ser tocada. Sentí una oleada de calor surgir dentro de mí, la emoción inundándome. Dejé que mis manos vagaran, hundiéndose en su espeso cabello, acariciando sus hombros y bíceps, deslizándose más y más abajo...

Él alcanzó, tirando suavemente de los lazos de mi top, sin desatarlos todos a la vez para darme la oportunidad de detenerlo. Pero no quería detenerme. Los desaté yo misma, revelándole mis perfectos senos. Senos con pezones endurecidos que pocos hombres habían acariciado.

—Dios, Angela... —respiró, bajando la cabeza para tomar uno en su boca.

Agradecí que la música estuviera tan alta porque cubrió el jadeo que dejé escapar, arqueando mi espalda contra él. Lo agarré de la cabeza, manteniéndolo en su lugar mientras succionaba mi pezón, usando su lengua y dientes para provocarme hasta que no pude soportarlo más. Cada movimiento de su boca enviaba cosquilleos a mi clítoris.

Lo atraje hacia arriba, besándolo profundamente, dejando que mi lengua explorara la suya.

Me devolvió el beso, su lengua entrelazándose con la mía. Sus manos tomaron las mías para guiarlas hasta su cinturón. No perdí tiempo, desabrochando la hebilla, luego el botón y la cremallera.

—Joder... —suspiré cuando la tela se separó, permitiéndole presionarse a través de sus bóxers, los cuales rápidamente bajé. Completamente revelado, pude ver lo bien dotado que estaba, y se me hizo agua la boca.

Sí, esa verga iba a ser mía, y la deseaba. Definitivamente la deseaba.

Lentamente, con los mismos movimientos que había estado usando antes para provocarlo, me deslicé hasta el suelo, arrodillándome entre sus pies. Extendí la mano y pasé un dedo por la cabeza de su polla, deleitándome con la suave piel, la gota de deseo que perlaba la punta. La limpié y luego la llevé a mis labios, cerrando los ojos ante el sabor.

—Mmm, Angela... —gimió mientras echaba la cabeza hacia atrás de placer. Eso fue todo lo que necesité para inclinarme hacia adelante y tomarlo en mi boca.

Salado y resbaladizo, se deslizó sin esfuerzo en mi boca, llenándome. Lo acaricié, moviéndome lentamente, saboreando cada centímetro. Sabía diferente a los pocos otros hombres con los que había estado, chicos en realidad. Sabía a sudor, a especias y a hombre. Me moví más rápido, aumentando el ritmo, el sonido de sus gemidos llenando la habitación junto con la música sexy.

Quería más.

Cuando pude notar que estaba listo, lubricado por su propio líquido preseminal y mi saliva, me levanté, llevando sus manos a los lazos en mis caderas, permitiéndole quitarlos para dejarme completamente desnuda ante él.

—Eres preciosa... —dijo, atrayéndome más cerca, besándome mientras me montaba sobre él una vez más, agarrando su polla y guiándola hacia mi entrada.

—Nunca hago esto —admití—. Nunca. Nunca. Nunca.

—No tienes que hacerlo —dijo, con las manos apretadas en mi trasero—. Podemos parar —dijo, pero pude notar que me deseaba, ahora.

—Quiero hacerlo —dije, deslizándome sobre él, dejando que me llenara. Su polla estaba tan dura y llena, se sentía tan bien mientras me deslizaba sobre ella. Tocaba mis paredes, electrificando mi cuerpo. Me llenaba tan completamente que nada más importaba. Nada existía excepto nuestros cuerpos y el fuego que ardía entre nosotros. Se sentía increíble.

Tan jodidamente bien.

Mecí mis caderas contra él, tomándolo más profundo, jadeando cuando golpeó la parte más profunda de mí. Agarró mis caderas, tratando de mantenerse quieto, pero me moví más rápido, más fuerte, hasta que finalmente cedió, encontrándose con mis embestidas con las suyas.

Todo estaba enfocado en su polla dentro de mí, el placer que ambos sentíamos conectados el uno al otro, moviéndonos desesperadamente.

Sus manos se apretaron en mis caderas mientras lo cabalgaba, su cabeza echada hacia atrás, gimiendo, con los ojos cerrados. Me incliné hacia adelante, presionando mis pechos contra su pecho mientras me movía más rápido, meciendo mi cuerpo contra el suyo, sintiendo que me acercaba al orgasmo.

Esa dulce sensación de estar al borde estaba aquí y gemí fuertemente. Mi coño se tensó, apretándolo más fuerte mientras ola tras ola de placer comenzaba a inundarme, llevándome más y más alto, hacia la liberación.

Nos mecimos juntos, yo empujando hacia arriba, él hundiéndose profundamente, su respiración volviéndose rápida y entrecortada, igualando la mía. Ahora me miraba a los ojos. Nuestros cuerpos se encontraban, chocando el uno contra el otro con abandono, en una danza erótica de puro placer.

Justo cuando pensé que no podía soportarlo más, los múltiples orgasmos dentro de mí volviéndose demasiado intensos para soportar, su pulgar presionó contra mi clítoris, enviándome en caída libre hacia otro orgasmo más intenso.

El último orgasmo fue rápido y violento, sacudiéndome en oleadas, inundando mi cuerpo de apasionado calor mientras lo sentía empezar a pulsar dentro de mí también. Nuestros gritos

resonaron en las paredes mientras luchábamos por recuperar el control, respirando entrecortadamente mientras tratábamos de recuperar el aliento.

Finalmente, después de varios largos momentos, Damien se retiró de mí, teniendo cuidado de limpiarse a sí mismo y a mí con un pañuelo de su bolsillo, para que mientras me vestía, no estuviera cubierta de los fluidos de ambos.

La expresión de Damien sostuvo la mía, una mezcla tumultuosa de emociones arremolinándose en esos ojos oscuros y profundos. Su voz, ese bajo rumor, parecía hacer eco en la habitación VIP ahora casi claustrofóbica. —¿Podemos... vernos fuera de todo esto? —preguntó, gesticulando vagamente hacia los confines tenuemente iluminados del club—. Quiero conocerte, Angela.

La pregunta quedó suspendida en el aire, cargada de implicaciones. Cada parte racional de mí gritaba que pusiera fin a esto, que me retirara a la seguridad de los roles que interpretábamos dentro de estas paredes. Sin embargo, la parte de mí encendida por su beso, por la innegable conexión que acabábamos de explorar, anhelaba algo más.

—Damien, no sé si eso sea una buena idea —empecé, las palabras sabiendo a mentira en mi lengua.

—¿Por qué no? —contrarrestó, acercándose, su presencia una atracción magnética que encontraba cada vez más difícil de resistir—. ¿Qué tal una cena? Sin expectativas, sin obligaciones. Solo... nosotros, tal como somos fuera de aquí.

Su oferta, tan simplemente expresada, estaba cargada de complejidades. Sin embargo, la curiosidad que había sido un zumbido constante en el fondo de mi mente desde nuestro primer encuentro ahora rugía en primer plano. ¿Quién era Damien, realmente, más allá de la enigmática fachada que presentaba en las tenues luces del Club Sapphire? Más allá de este cuerpo increíblemente atractivo, labios suaves y ojos intensos.

—De acuerdo —me oí decir, la palabra escapándose casi contra mi voluntad—. Cena.

Una sonrisa, una que llegó a sus ojos, transformó su rostro. —Fantástico. ¿Mañana por la noche?

El rápido ritmo de los acontecimientos me dejó aturdida, pero asentí, atrapada en el torbellino que era Damien. —Sí. Mañana. Tengo libre del Sapphire mañana. A las 7 p.m., aquí está mi número —dije mientras tomaba su teléfono y lo ingresaba—. Envíame un mensaje con el lugar y me reuniré contigo.

Cuando finalmente salí de la sala VIP, la energía pulsante del club se sentía más distante que nunca, como si ahora fuera una observadora en un mundo del que solía ser parte. Mi mente corría, los pensamientos se atropellaban unos a otros en una danza caótica. ¿En qué acababa de aceptar? ¿En qué me estaba metiendo?

Capítulo siete

Damien

La noche tenía una energía palpable, una especie de anticipación que vibraba por las calles de la ciudad, preparando el escenario para una velada que había planeado meticulosamente. No era una cena cualquiera; era una oportunidad, una ocasión para descubrir las capas de la intrigante mujer que me había cautivado desde aquella primera noche en el Club Sapphire.

Llegué temprano a uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad, uno que me conocía bien. Me aseguré de que todo estuviera en su lugar, el área privada de comedor que había reservado lista para ofrecer una mezcla de intimidad y sofisticación. La presencia de Angela se había convertido en una constante en mis pensamientos, su resiliencia y profundidad desafiándome de maneras que no había anticipado.

No podía dejar de pensar en sus labios, ese beso, su cuerpo desde anoche. Quería más de ella.

Mientras esperaba, con los minutos alargándose, me encontré ensayando conversaciones en mi mente, un inusual ataque de nervios haciéndome dudar de la facilidad de nuestras interacciones anteriores. Pero entonces ella llegó, y toda duda se evaporó ante su presencia.

Se veía impresionante, su elegancia natural, no derivada de la ostentación de su entorno sino más bien realzándolo, como si perteneciera a la suave iluminación y al suave murmullo de las conversaciones distantes.

—Guau —me encontré diciendo cuando se acercó, la palabra escapándoseme sin pensarlo, una reacción genuina a la visión frente a mí.

Sonrió, un toque de diversión iluminando sus ojos.

—Esto es... algo —dijo, su mirada recorriendo el opulento escenario—. Nunca había estado aquí antes.

—Quería que esta noche fuera especial —admití, sintiendo un ligero rubor de calor ante su aparente aprobación—. Espero que te guste.

Nos sentamos, el discreto personal atendiéndonos con una eficiencia practicada que hablaba de altos estándares y un entrenamiento meticuloso. Los menús fueron presentados, una variedad de opciones que reflejaban lo mejor de la excelencia culinaria.

Mientras examinábamos las opciones, la conversación fluyó sin esfuerzo, para mi sorpresa. La incomodidad inicial dio paso a una charla fácil. Era refrescante, la facilidad con la que nos conectábamos.

—Así que, señor Cita Lujosa —bromeó Angela, sus ojos brillando con humor—, ¿haces esto a menudo? ¿Deslumbrar a las mujeres con cenas privadas y comidas gourmet?

Me reí, el sonido mezclándose con la suave música que llenaba la habitación.

—Solo para aquellas que realmente despiertan mi interés —respondí, mi mirada sosteniendo la suya, queriendo que entendiera la sinceridad de mis palabras.

Su sonrisa se suavizó, un indicio de algo más profundo brillando en sus ojos antes de bajar la mirada a su menú.

—Bueno, entonces supongo que debería sentirme especial.

—Lo eres —dije, las palabras simples pero cargadas de significado. El peso de ellas se cernió entre nosotros, un reconocimiento de la conexión única que estábamos navegando.

El camarero llegó, listo para tomar nuestros pedidos, y ambos volvimos a mirar nuestros menús, un retiro momentáneo al territorio seguro de elegir nuestra comida.

—Creo que tomaré las vieiras a la plancha para empezar —decidió Angela, su elección reflejando el espíritu aventurero que había llegado a admirar.

—¿Y para el plato principal? —preguntó el camarero, su bolígrafo suspendido sobre su libreta.

—El filete mignon, término medio, por favor —respondió, su confianza en sus elecciones reflejando la fuerza de carácter que había visto en ella desde el principio.

Pedí el confit de pato, un favorito personal, y una botella de vino que complementaría ambos platos. Cuando el camarero se retiró, me encontré atrapado en la gravedad de la mirada de Angela, las preguntas y posibilidades no dichas arremolinándose entre nosotros.

El sumiller sirvió vino para ambos, luego se retiró.

El ambiente del restaurante, con su iluminación tenue y música suave, estableció el telón de fondo perfecto para la velada que se desarrollaba. Mientras esperábamos nuestra comida, la conversación entre Angela y yo fluía y refluía como una suave marea, cada tema un peldaño más profundo en el reino de las revelaciones personales. Era lo que yo quería, conocerla.

—Tengo que admitir —dije, reclinándome en mi silla, con una copa de vino en la mano—, que no esperaba encontrar a alguien como tú en un lugar como el Club Sapphire.

Angela se rio, un sonido que me provocó un inesperado calor por todo el cuerpo.

—Sí. No es exactamente la cúspide de las aspiraciones profesionales, ¿verdad?

Di un sorbo a mi vino, considerando sus palabras.

—¿Qué te llevó allí, si no te importa que te pregunte? Quiero decir, tienes talento, pero está claro que estás destinada a algo más.

Ella jugueteó con su copa, su mirada distante por un momento antes de encontrarse con la mía.

—Las facturas de la universidad no se pagan solas, ¿sabes? El sueldo y las propinas son... bueno, son difíciles de superar en cualquier otro lugar. Me mantengo a mí misma.

Asentí, comprendiendo. El enfoque pragmático era admirable, pero insinuaba una profundidad de determinación que me intrigaba aún más.

—¿Y qué estás estudiando? —pregunté, genuinamente curioso sobre qué impulsaba a alguien como Angela.

—Enfermería —respondió, con un destello de pasión iluminando sus ojos—. Quiero marcar la diferencia, ¿sabes? Ayudar a las personas a sanar, estar ahí para ellas cuando están en su momento más vulnerable. Es mi camino en la vida.

La profundidad de su convicción tocó una fibra sensible en mí. Aquí había una mujer impulsada no por la búsqueda de riqueza o estatus, sino por un deseo genuino de contribuir, de hacer del mundo un lugar mejor a través de sus esfuerzos. Era a la vez humillante y profundamente atractivo.

—¿Enfermería, eh? —reflexioné, impresionado por su elección—. Eso es... eso es realmente algo. ¿Qué te atrajo de ello?

Ella hizo una pausa, con la copa a medio camino de su boca, la pregunta tomándola por sorpresa. Por un momento, la máscara de compostura se deslizó, revelando un atisbo de la verdadera Angela, la impulsada por algo más que la mera necesidad.

—Bueno, es toda una historia —comenzó, dejando su copa, su mirada fija en la mía, una invitación silenciosa a profundizar en la narrativa de su vida.

El camarero eligió ese momento para llegar con nuestras comidas, la delicada disposición de los alimentos en los platos era un testimonio de la habilidad del chef. Ambos hicimos una pausa para agradecerle, la interrupción un breve respiro en la intensidad de nuestro intercambio.

Mientras el camarero se alejaba, los sonidos ambientales del restaurante parecieron desvanecerse, dejando solo el espacio entre Angela y yo, cargado con la promesa de revelaciones más profundas.

Tomó un profundo respiro, un pequeño gesto que hablaba volúmenes sobre el peso de la historia que estaba a punto de compartir.

—Cuando era más joven, en la secundaria, tuve un accidente de coche. Fue grave —comenzó, su voz firme pero teñida con el eco de un viejo dolor—. Mis padres... no sobrevivieron.

La crudeza de sus palabras cortó a través de la suave iluminación y la música gentil, un duro recordatorio de las brutales realidades que la vida podía imponer. Sentí un repentino nudo en el pecho, el dolor empático por la pérdida de una chica a quien apenas comenzaba a conocer.

—Lo siento mucho, Angela —dije, sintiendo que las palabras eran inadecuadas para la profundidad de su pérdida.

Ella ofreció una pequeña y triste sonrisa, un reconocimiento del dolor compartido que momentáneamente unió nuestros mundos.

—Gracias. Fue hace mucho tiempo, pero, ya sabes, hay cosas de las que nunca te recuperas realmente.

Su mirada se desvió, enfocándose en algo invisible, un recuerdo o quizás un momento de aquel tiempo.

—Pero esa no es realmente el final de la historia. Verás, yo también salí herida en el accidente. Pasé mucho tiempo en el hospital, y fue... fue un infierno, para ser honesta. Pero había estas enfermeras, ¿sabes?

Su voz se calentó ligeramente, la sombra del recuerdo iluminándose mientras hablaba de sus cuidadoras.

—Eran increíbles. No solo porque me ayudaron a sanar físicamente, sino que estuvieron allí, realmente allí para mí, a través de toda la oscuridad de ese tiempo.

Escuché, atraído por la fuerza que emanaba de ella mientras relataba su viaje desde las profundidades de la desesperación hasta la decisión que daría forma a su futuro.

—Me mostraron lo que significa realmente cuidar de alguien, ser una luz en su hora más oscura. Y supongo que, en algún momento del camino, decidí que eso era lo que quería hacer por los demás. Ser esa persona para alguien más.

La pasión en su voz era palpable, la convicción de su elección brillando a través del dolor de su pasado. Era un testimonio de su resiliencia, del poder transformador de la empatía y el cuidado que había experimentado de primera mano.

—Me encanta eso, Angela —me encontré diciendo, conmovido por la profundidad de su experiencia y la claridad de su propósito—. Tomar una experiencia tan traumática y convertirla en un impulso para ayudar a otros, eso es admirable.

Ella se encogió de hombros modestamente, pero la luz en sus ojos hablaba del orgullo que sentía por el camino elegido.

—No ha sido fácil, pero no puedo imaginarme haciendo otra cosa.

—Eres una mejor persona que yo —murmuré con admiración.

—Entonces, ¿tienes familia?

—Bueno, viví con mi abuela después de salir del hospital, pero ella ya no está. Tengo varios primos y tías lejanos en Nashville y Chicago. No nos vemos a menudo, pero mantenemos un contacto esporádico. No saben dónde trabajo. Son personas muy conservadoras.

—Entiendo —murmuré.

—Tengo dos amigos cercanos, Levi y Grace. Somos como familia. ¿Y tú, Damien? ¿Familia? —preguntó Angela.

—Soy hijo único. Mi padre está jubilado y vive en Napa Valley. Era un gran inversionista en vinos y decidió que le gusta más allí que Louisville. Especialmente después de que mamá falleciera hace diez años. Cáncer —dije con tristeza.

—Oh, lo siento mucho —dijo ella en voz baja.

—Sí, eran toda una pareja. La extraña. Por eso decidió vivir en Napa. No podía soportar todos los recuerdos y lugares que compartieron aquí.

Nuestras comidas, momentáneamente olvidadas, se convirtieron en algo secundario mientras profundizábamos en la conversación, explorando no solo los caminos que nos habían llevado hasta aquí, sino también las experiencias humanas compartidas que nos conectaban más allá de las apariencias superficiales de nuestro entorno actual.

Ella me preguntó sobre mi negocio. Compartimos nuestra música y películas favoritas. Le hablé sobre caballos. Ella me contó más sobre sus mejores amigos Levi y Grace. Sus materias favoritas en enfermería. Su profesor menos favorito.

La profundidad de nuestra conversación, las historias y confidencias intercambiadas, habían forjado una conexión que se sentía profunda y frágil en su novedad.

Nos sentamos uno frente al otro, dos extraños unidos por el azar. Sin embargo, mientras compartíamos historias y experiencias, la distancia entre nosotros desapareció. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció mientras nos envolvíamos en nuestra propia burbuja, en la que lo único que importaba eran las palabras que pronunciábamos y las emociones que sentíamos.

Me encontré abriéndome de maneras que nunca creí posibles. Compartí mis miedos más profundos y mis sueños, los pensamientos de mi padre sobre un escaño en el Senado, sobre mis relaciones fallidas en los últimos años. Ella escuchó con comprensión y compasión. A su vez, compartió partes de su propia vida, pintando la imagen de una mujer fuerte y resiliente que había superado obstáculos y enfrentado desafíos con gracia y determinación.

Fue refrescante conectar con alguien a un nivel tan profundo – y para mí, nuevo. La última vez en mi vida que realmente me conecté así fue en la universidad, con mis amigos, como Jack. Ahora, por lo general, todo se trata de las superficialidades en mi mundo de negocios e incluso en mi mundo social. A medida que avanzaba la noche, nuestras comidas se convirtieron en un recuerdo lejano, eclipsadas por el vínculo que estábamos formando.

Dos extraños, unidos por el azar en el Sapphire, ahora sentados uno frente al otro. La distancia pareció desaparecer. En esta burbuja, lo único que importaba eran nuestras palabras y emociones compartidas.

La conexión que habíamos forjado en el transcurso de unas pocas horas era intensa y fugaz, dejándome anhelando más. No quería que terminara. Pero terminó.

Al salir juntos del restaurante, sentí una punzada de tristeza cuando nuestra burbuja íntima se rompió y volvimos a la realidad de nuestras vidas separadas. Fue un cambio brusco desde la cercanía que habíamos compartido durante la velada, y no pude evitar preguntarme si esta

conexión continuaría más allá de las paredes del restaurante. Era un vínculo frágil, pero que se sentía profundo en su novedad.

La idea de volver a las interacciones impersonales dictadas por el ambiente del club era poco atractiva, por decir lo menos.

—Entonces —comencé, con voz casual pero con un trasfondo de deseo sincero—, ¿puedo verte de nuevo?

La sonrisa de Angela era una mezcla de diversión y calidez. —Bueno, estaré trabajando en el club mañana por la noche —bromeó, con un tono ligero pero no desdeñoso.

El desafío juguetón en sus palabras estimuló una respuesta. Me incliné, mis labios rozando los suyos en un beso que fue suave pero cargado con la promesa de más.

—Entonces te veré allí —murmuré contra sus labios, las palabras una promesa.

Su risa resonó, clara y genuina, en la noche. —¿Eso es todo? Te rindes tan fácilmente, Damien. ¿Y después de tenerme en la sala VIP?

La franqueza de sus palabras, tan en desacuerdo con la ternura del momento, solo intensificó la sensación de camaradería entre nosotros.

Me uní a su risa, el sonido mezclándose con el coro nocturno de la ciudad.

—¿Qué puedo decir? Soy anticuado —bromeé, sin que se nos escapara la ironía de la declaración dado el trasfondo poco convencional de nuestra incipiente relación. La acompañé hasta su coche y le di un suave beso de despedida.

Mi propio viaje en coche a casa estuvo lleno de un torbellino de emociones. Mientras conducía, repasé los eventos de la noche en mi mente como escenas de una película. La vulnerabilidad y apertura de Angela me habían tocado de una manera que nunca esperé. Era como si ella hubiera atravesado mi exterior protegido, exponiendo partes de mí mismo que había mantenido ocultas durante mucho tiempo.

Me sentí atraído hacia un futuro que de repente parecía lleno de esperanza y posibilidades. La presencia de Angela había actuado como una luz guía, iluminando un camino que nunca había creído posible.

Capítulo ocho

Damien

Tenía que ver a Angela otra vez, después de nuestra cena romántica. Y no solo en el Sapphire, compartiéndola con la multitud, sin estar verdaderamente a solas. Se había metido bajo mi piel y necesitaba estar cerca de ella.

La llamo, sabiendo cuándo tendría su próximo día libre, y le propongo una escapada sorpresa al campo. Su voz se ilumina con intriga y acepta después de una breve vacilación. La única condición es que tiene que estudiar para un examen importante al día siguiente, así que necesita estar de vuelta a las 6 o 7 de la tarde. Estoy de acuerdo.

Al día siguiente, paso a recogerla a las 11 para nuestra aventura. El paisaje urbano de Louisville gradualmente da paso a un exuberante verdor. El sol proyecta su resplandor dorado sobre la extensa campiña de Kentucky mientras conduzco mi Jaguar por los sinuosos caminos que llevan a mi granja de caballos.

Angela está sentada a mi lado, su presencia llenando el coche con una sensación de emoción y anticipación. Está vestida de manera casual, pero elegante, su cabello rubio captando la luz del sol que se filtra por la ventana.

Le robo una mirada, incapaz de resistir el impulso de admirar su belleza. Hay algo en Angela que me atrae, algo magnético e irresistible. Desde el momento en que la vi bailar por primera vez en el Club Sapphire, supe que había más en ella de lo que se veía a simple vista. Y ahora, mientras nos embarcamos en esta aventura juntos, siento una sensación de emoción corriendo por mis venas.

—¿Estás emocionada? —pregunto, rompiendo el cómodo silencio que se ha instalado entre nosotros.

Angela se vuelve hacia mí, sus ojos brillando con anticipación.

—No puedo esperar —dice, su voz teñida de emoción—. ¿A quién no le gustan las sorpresas y el tiempo en el campo, verdad?

Sonrío, sintiendo una oleada de felicidad fluyendo a través de mí. No deseo nada más que mostrarle a Angela un buen momento, darle un día lejos del ajetreo y el bullicio de su vida ocupada. Se lo merece, después de todo lo que hace para mantenerse y perseguir sus sueños.

Aprendí tanto sobre ella en nuestra cena romántica, y estoy impresionado. Se mantiene a sí misma, tiene metas elevadas para ayudar a las personas como la ayudaron a ella. Y la deseo. Estoy totalmente intrigado con ella.

Angela jadea de asombro cuando llegamos a las puertas de mi extensa granja de caballos. Bañada por la luz del sol, la lujosa finca exuda un aire de tranquilidad, y siento que un sentimiento de orgullo crece dentro de mí. Este lugar alberga tantos recuerdos para mí, recuerdos de mi infancia y los días despreocupados corriendo por los campos con la tía Mae cuidándome como niñera. Mis padres amaban este lugar y éramos una familia feliz. Y ahora, tengo la oportunidad de compartirlo con Angela, de dejarla entrar en esta parte de mi mundo.

La tía Mae nos espera en la puerta principal, su sonrisa arrugada y cálida dándonos la bienvenida. Su cabello es gris ahora y se mueve más lento, pero sigue siendo la misma mujer feliz que siempre ha sido, muy a gusto aquí. Ha estado con nuestra familia desde que tengo memoria, una presencia constante en mi vida incluso después de que mi padre se mudara al Valle de Napa y mi madre muriera de cáncer. Es más que una ama de llaves y ex niñera; es familia.

—Bienvenido de nuevo, Damien —dice, su voz llena de calidez—. No has venido en unos meses. ¡Qué vergüenza! —se ríe—. ¿Y quién es esta hermosa joven que has traído contigo?

Doy un paso adelante, tomando la mano de Angela en la mía.

—Tía Mae, esta es Angela —digo, presentándola con orgullo—. Angela, esta es la tía Mae. Prácticamente me crió cuando era niño.

Angela sonríe cálidamente, extendiendo su mano hacia la tía Mae.

—Es un placer conocerla —dice, su voz suave y sincera.

La tía Mae toma su mano, dándole un suave apretón.

—El placer es todo mío, querida —dice, sus ojos brillando con bondad—. Damien no suele traer invitados. Debes ser especial. Pasen, queridos, el almuerzo está casi listo.

—Oh, gracias. ¿Puedo ayudar en algo?

—Eso es muy amable, querida. Creo que todo está bajo control. Vengan por aquí —dice, tomando el brazo de Angela.

Sigo a la tía Mae y a Angela, el aroma de la comida casera flotando en el aire. El interior es cálido y acogedor, lleno de recuerdos de días pasados. En el comedor, retiro una silla para Angela antes de tomar mi propio asiento.

—Haremos un pequeño recorrido después del almuerzo, Angela —digo—. Incluyendo los establos y los jardines.

Durante el almuerzo, deleito a Angela con historias de mi infancia, compartiendo recuerdos de las aventuras que tuve creciendo en la granja. Ella escucha atentamente, pendiente de cada palabra como si estuviera hambrienta de más.

La tía Mae me da un empujón juguetón.

—¿Recuerdas aquella vez que te caíste del viejo manzano de atrás? Debías tener unos ocho años, empeñado en recoger más manzanas que tu primo.

Angela se ríe.

—Cuénteme más —dice, inclinándose hacia adelante.

—Oh, era todo un competidor el pequeño bribón —continúa Mae con un brillo en los ojos—. Se

pasó toda la mañana subiendo y bajando de ese árbol, llenando su cubo. Luego intentó estirarse demasiado para alcanzar una última manzana, perdió el equilibrio, ¡y abajo se fue!

Gruño de buen humor ante el recuerdo.

—Oye, al menos conseguí más manzanas que Dillon ese día —digo con una sonrisa.

—¡Porque él fue lo suficientemente amable como para compartir las suyas contigo mientras te curabas las heridas! —replica Mae. Todos nos reímos ante la imagen de mis travesuras infantiles.

—Oh, cuenta la de aquella vez que intenté meter el poni en la casa —le digo a la tía Mae.

Mae se ríe, poniendo los ojos en blanco y lanzándose con entusiasmo a contar la historia.

—Acababa de empezar las clases de equitación y estaba tan enamorado de su poni, Wildfire. Un día llegó a casa y declaró que simplemente tenía que tenerla en su habitación. Me dio un susto de muerte verlos a los dos dejando huellas de barro por el pasillo.

Niego con la cabeza, sonriendo con pesar.

—En mi defensa, solo tenía seis años. ¿Cómo iba a saber que los ponis no pertenecen al interior de la casa?

Las historias continúan, cada una provocando carcajadas melodiosas de Angela. Mae relata mis intentos de hornear galletas de Navidad cuando todos dormían, las acrobacias en bicicleta que salieron mal y mi participación en deportes, todo para deleite de Angela. Disfrutando de su alegría, ni siquiera me importa la vergüenza. Solo estoy feliz de proporcionarle a Angela un poco de ligereza y alegría.

De repente me doy cuenta de cuánto quiero compartir esta parte de mí con ella, dejarle ver al verdadero yo detrás de la fachada de riqueza y privilegio. Rara vez traía mujeres aquí, y ciertamente no les contaba estas historias. Angela es diferente, ya es especial para mí.

Después del almuerzo, comenzamos el gran recorrido. Le muestro a Angela la biblioteca donde solía acurrucarme con novelas de aventuras, el estanque donde pesqué mi primer pez, los senderos donde monté mi primera bicicleta. Con cada anécdota, comparto un vistazo del niño de ojos grandes que una vez fui. Aunque los lugares no han cambiado, todo se siente diferente con Angela aquí.

Cuando llegamos a los establos, me sorprendo cuando Angela se acerca con confianza a una yegua alazana, extiende una mano y arrulla a cada caballo que ve. Es como una niña en una tienda de dulces, sus ojos se iluminan de emoción mientras acaricia a los caballos y admira su belleza.

—No sabía que te gustaban los caballos —digo, genuinamente sorprendido por su entusiasmo.

Angela sonríe, pasando su mano por el pelaje lustroso de una yegua alazana.

—Mis padres solían llevarme a montar cuando era más joven —dice, su voz teñida de nostalgia —. Aunque hace años que no monto a caballo.

—Bueno, hoy es tu día de suerte —digo, con un brillo travieso en los ojos—. ¿Qué tal si vamos a dar un paseo?

El rostro de Angela se ilumina de emoción, sus ojos brillando de anticipación.

—Oh, me encantaría —dice, su voz llena de genuino entusiasmo.

Los caballos relinchan en saludo mientras caminamos por los establos. Llevo a Angela hasta un impresionante semental negro.

—Este es Midnight —digo, acariciando su cuello lustroso—. Tiene velocidad, pero también es gentil, perfecto para ti.

Para mí, elijo a Blaze, un veloz castrado alazán con una raya blanca en el hocico. Sacude la cabeza con entusiasmo mientras lo ensillo.

Llevamos los caballos al paddock y montamos. Angela parece una natural sobre el lomo de Midnight.

—¿Lista? —pregunto con una sonrisa. Ella asiente, con los ojos brillantes.

Cabalgamos por la finca, la brisa susurrando entre los árboles. Con Angela a mi lado, la tierra que conozco tan bien de repente parece nueva y llena de posibilidades. Intercambiamos bromas juguetonas y miradas coquetas mientras transcurre la tarde.

Chasqueo la lengua y Blaze avanza con fuerza, sus cascos retumbando. Galopamos por campos verdes salpicados de flores silvestres. El viento azota mi cabello mientras nos lanzamos sobre colinas ondulantes. Cuando miro hacia atrás, veo a Angela y Midnight volando detrás de nosotros, su cabello ondeando como una bandera, una brillante sonrisa en su rostro. Sus mejillas están sonrojadas.

Mientras coronamos la cima de una colina, ella se pone a mi lado.

—¿Te estás divirtiendo? —grito por encima del viento.

—¿Bromeas? ¡Esto es increíble! —Se ve completamente exhilarada.

Reduzco la velocidad de Blaze a un trote fácil y ella hace lo mismo. Deambulamos por un sendero bordeado de árboles, las hojas moteando el camino soleado. Angela mira a su alrededor maravillada.

—Este lugar es tan hermoso, Damien.

—Siempre he encontrado pacífico cabalgar por aquí —respondo—. Pero compartirlo contigo lo hace diez veces mejor.

Ella sonríe, con las mejillas sonrosadas por el paseo. Siento que caigo aún más bajo su hechizo.

Cuando llegamos a un extenso prado, le doy a Angela una sonrisa juguetona.

—¿Quieres hacer una carrera de vuelta?

Sus ojos brillan con espíritu competitivo.

—¡Acepto el reto!

Salimos disparados, retumbando codo a codo a través del campo cubierto de hierba. La alegría brota en mí mientras la finca pasa volando en un borrón de colores vibrantes. Con el viento ondeando mi camisa y la risa eufórica de Angela resonando, me siento libre, completamente vivo.

Mientras doblamos la última curva, ella toma la delantera, gritando en triunfo. De vuelta en los establos, me lanza una sonrisa deslumbrante.

—Creo que Midnight le ha ganado a tu Blaze —me bromea.

Me río, eufórico y sin aliento.

—¿Revancha pronto? —pregunto esperanzado. Sus ojos se suavizan.

—Me encantaría.

El día puede haber comenzado como una simple salida, pero se ha convertido en mucho más. Desmontamos y caminamos de vuelta a la casa para despedirnos de tía Mae. Pronto nos dirigiremos de vuelta a Louisville. Angela tiene ese examen mañana y necesita estudiar esta noche.

En los escalones de la entrada, Angela se detiene y se vuelve hacia mí.

—No había tenido un día así en mucho tiempo —dice, con voz baja—. Fue perfecto.

—Me alegro tanto —respondo, colocando un mechón de cabello alborotado por el viento detrás de su oreja.

Nos demoramos allí, el aire cargado de sentimientos no expresados. Anhelo atraer a Angela a mis brazos, sentir sus labios en los míos. Pero no quiero apresurar esto, arriesgarme a enturbiar este día resplandeciente con acciones precipitadas. Es tan difícil contenerme, pero estoy jugando a largo plazo aquí, para ganar a Angela.

Así que en su lugar, tomo sus manos, sosteniendo su mirada.

—Sé que tu vida está infinitamente ocupada, pero esperaba... ¿tal vez podríamos hacer esto de nuevo alguna vez?

Su sonrisa en respuesta tranquiliza mi mente.

—Me gustaría mucho —dice, apretando mis manos.

El día de hoy solo ha profundizado mi fascinación por esta mujer extraordinaria.

Mientras yago en la cama esa noche, repasando cada vívido detalle en mi mente, una profunda satisfacción me invade. El día fue un éxito, sí, pero se trataba de mucho más que eso. Se trataba de conexión. Risa. Comprensión.

Se trataba de Angela. La fuerte y cautivadora Angela, que ha encendido en mí sentimientos que nunca antes había experimentado.

Lo que suceda a continuación ninguno de los dos puede predecirlo, pero mi corazón sabe esto: me estoy enamorando de ella, y no renunciaré a la oportunidad de ver adónde lleva este viaje. Porque ella podría cambiar mi mundo para siempre.

Capítulo nueve

Angela

Sentada en el ambiente austero y algo estéril del aula universitaria, era un manojo de nervios, con la pierna rebotando inquieta bajo el pupitre. El peso de la anticipación era casi insoportable, un nudo apretado en la boca del estómago. Este examen era crucial, un peldaño en mi camino para convertirme en enfermera, y la presión había sido inmensa.

El día anterior al examen me sentía llena de energía, pasando el día con Damien en su rancho de caballos. Siento que el aire fresco y el cambio de escenario me ayudaron con el examen de ayer, pero aún no estoy segura.

Cuando el profesor finalmente comenzó a distribuir los resultados, mi corazón martilleaba contra mi caja torácica con cada paso que daba hacia mi pupitre. El momento en que dejó el papel boca abajo frente a mí se sintió irreal, el tiempo se estiraba mientras dudaba, temerosa de confirmar mis miedos o mis esperanzas.

Con un profundo suspiro que hizo poco para calmar mi corazón acelerado, di vuelta al papel. Las marcas rojas y audaces en la parte superior de la página me cortaron la respiración: un 95%. El alivio y la incredulidad me invadieron en igual medida, una oleada de emociones que me dejó momentáneamente mareada.

Tenía que compartir la noticia. Sacando mi teléfono, envié una serie de mensajes a Levi y Grace, mi sistema de apoyo siempre presente. Sus respuestas fueron inmediatas, una ráfaga de signos de exclamación y emojis que me arrancaron una sonrisa genuina. Su alegría por mí era palpable, un bálsamo para la ansiedad persistente que me había atormentado.

En un impulso, animada por mi éxito y su aliento, le envié un mensaje a Damien a continuación. Nuestra relación era aún algo nebuloso, indefinido y cargado de las complejidades de algo nuevo. Sin embargo, me encontré queriendo compartir esta parte de mi vida con él, incluirlo en la pequeña victoria. Y el día que pasé con él podría haber ayudado. Se lo dije.

Su respuesta fue rápida, un mensaje simple que contenía un profundo significado: —Trabajo increíble, Angela. ¡Sabía que podías hacerlo! Vamos a celebrar. Tendré una sorpresa esperándote en el club esta noche.

La mezcla de emociones que ese mensaje provocó fue inesperada. Orgullo y calidez por su elogio, ciertamente, pero también un toque de aprensión por lo que su "sorpresa" podría implicar.

A medida que avanzaba el día, la euforia de mi éxito académico se vio moderada por un creciente nerviosismo sobre la noche que se avecinaba. ¿Qué tenía planeado Damien? Y más importante aún, ¿estaba lista para enfrentar lo que fuera?

El club, con su música pulsante y su tenue iluminación, me dio la bienvenida mientras me preparaba para mi turno, la anticipación de la sorpresa de Damien añadía una capa de tensión a la atmósfera ya eléctrica. Mi rutina habitual, una reconfortante serie de pasos y preparativos, hizo poco para aliviar el aleteo de nervios en mi estómago.

Mis barreras se estaban derrumbando, algo nuevo, y me encontraba en territorio desconocido. Estaba interesada en Damien; él me mostraba cuidado, interés y me excitaba solo con pensar en

él. Esos labios carnosos, esas manos, la forma en que me tuvo en la sala VIP, nuestras aventuras.

Pero estaba nerviosa. ¿Cómo podía un multimillonario como él estar verdaderamente interesado en mí a largo plazo? Me di cuenta de que probablemente yo era un capricho pasajero en su mundo, algo diferente. Así que necesitaba ser cuidadosa.

Grace dijo que debería disfrutar el momento, ya fuera de corta duración o no.

En medio de mis preparativos previos al turno, una nota deslizada bajo la puerta del camerino llamó mi atención. Mi primer pensamiento fue Damien, quizás un gesto romántico, aumentando la sensación de imprevisibilidad de la noche. Pero mientras desdoblaba el papel, la calidez de ese pensamiento se evaporó, reemplazada por un frío pavor que se deslizó por mi espina dorsal.

La nota era de Rick, su escritura irregular inconfundible. —Te he estado observando a ti y a ese nuevo tipo. No creas que puedes escapar de mí. Serás mía. Completamente. Si él puede tenerte, yo también puedo. No tendrás a donde ir, así que acostúmbrate a la idea de que te tendré. Toda tú.

Las palabras me miraban fijamente, cada una un golpe de martillo a la frágil calma a la que me había estado aferrando.

El pánico me atenazó la garganta, un agarre como un tornillo que me dificultaba respirar. El estruendo del club, antes una constante reconfortante, ahora se sentía como una cacofonía, cada sonido amplificado a un nivel insoportable. Mi visión se estrechó, los bordes oscureciéndose mientras luchaba por tomar una respiración constante.

La mayoría de los hombres que hacían avances eran inofensivos, e incluso el viscoso Rick se había mantenido dentro de sus límites en su mayor parte. Pero esta nota, el tono, la forma en que la escribió, me asustó.

Tenía que salir. Alejarme. Mi corazón latía con fuerza.

Abandonando mis preparativos, me tambaleé por los pasillos traseros del club, cada paso impulsado por una desesperada necesidad de escapar, de encontrar consuelo en la quietud de la noche. El aire fresco me golpeó como un shock cuando irrumpí por la salida, el callejón era un refugio tenuemente iluminado de la sobrecarga sensorial que había dejado atrás.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que Rick no estuviera allí.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo, una intrusión discordante en la frágil burbuja de calma que estaba tratando desesperadamente de mantener. Era Damien, su mensaje un contraste brillante con el que me había hecho tambalear. —¿Recibiste las flores que te envié? Espero que hayan alegrado tu noche.

¿Flores? En el tumulto de emociones y el crudo impacto de la nota de Rick, no había visto ningún signo de un gesto floral de Damien. La idea de que su amabilidad hubiera sido eclipsada por la retorcida obsesión de Rick era un trago amargo de tragar.

No pude revelarle a Damien la nota de Rick y los acontecimientos de la noche, sin querer manchar lo que fuera que estuviera floreciendo entre nosotros con la fealdad de las amenazas de Rick.

—No, lo siento mucho, me siento enferma. Me fui temprano del trabajo —escribí, la mentira pesaba en mi estómago, pero era necesaria para mantener a Damien alejado de la oscuridad que parecía estar cerrándose.

La necesidad de compañía, de la presencia tranquilizadora de amigos, era aguda. Levi y Grace estaban en mi grupo de texto. Les envié un 9-1-1, pidiéndoles que vinieran, el miedo y el pánico que había estado conteniendo amenazaban con desbordarse, la amenaza que acababa de suceder.

Le envié un mensaje a mi jefe, diciéndole que tenía una gripe estomacal y que no iría, y luego me dirigí a casa tan rápido como pude conducir.

Levi y Grace respondieron inmediatamente, una ráfaga de mensajes preocupados asegurándome que estaban en camino, un salvavidas en la tormenta arremolinada de miedo y ansiedad que se había apoderado de mí. Mientras esperaba, acurrucada en la seguridad de mi apartamento, el timbre de la puerta fue un heraldo de alivio, la llegada de mis amigos un recordatorio tangible de que no estaba sola enfrentando las sombras que se cernían.

El sonido del timbre cortó el silencio sofocante de mi apartamento como un salvavidas, sacándome del borde del pánico en el que había estado tambaleándome desde que huí del club. Cuando abrí la puerta, Levi y Grace irrumpieron, sus expresiones una mezcla de preocupación y determinación.

Sin esperar cortesías, Levi inmediatamente me envolvió en un abrazo de oso, su presencia una sólida tranquilidad. —¿Qué demonios pasó? —exigió, su voz impregnada de preocupación.

Grace, siempre la pragmática, nos condujo a la sala de estar, sus ojos escrutando mi rostro en busca de pistas. —Háblanos, cariño. Estamos aquí para ti.

Las compuertas se abrieron, y les conté todo: la nota de Rick, que les entregué; sus palabras amenazantes, y el miedo visceral que había evocado. Sus rostros se ensombrecieron mientras relataba las amenazas, una ira compartida en mi nombre los unía.

—¿Quién carajo es Rick? —la voz de Levi era aguda, su habitual comportamiento ligero reemplazado por una ferocidad protectora.

Negué con la cabeza, tratando de armar una narrativa coherente del caos de emociones. —Solo un tipo del club que constantemente me tira los tejos. Un tipo asqueroso. Nunca pensé que él... Quiero decir, sabía que era un poco demasiado, pero ¿esto? —Miré la nota arrugada en las manos de Grace, las palabras aún ardiendo.

—Esto es serio, Ang. Necesitas denunciarlo.

La conversación cambió cuando dudé, desgarrada entre el deseo de actuar y el miedo a la escalada. Fue Levi quien mencionó a Damien, su tono más ligero, pero con un trasfondo de

curiosidad.

—¿Y qué hay de Damien? ¿Cómo fue tu cena? ¿Nos has estado ocultando algo?

No pude evitar el rubor que se deslizó por mis mejillas, el cambio del miedo al cálido aleteo ante la mención de Damien era un cambio bienvenido, aunque desorientador. —Él es... especial. Nuestra cena fue... increíble, en realidad. Creo que puedo confiar en él. Me gusta, pero es difícil dejar entrar a alguien, ¿saben?

Las cejas de Grace se alzaron, una sonrisa tirando de la comisura de su boca. —Sí, lo entendemos. Cuéntanos todo.

Recostándome contra el sofá, respiré profundamente, la presencia de Levi y Grace era una constante reconfortante en la agitación de la noche. La mirada de Levi era intensa, instándome a soltar los detalles, mientras que el asentimiento alentador de Grace me dio el empujón que necesitaba.

El pensamiento de Damien era reconfortante para mí en este momento de miedo sobre Rick. Me ayudó a relajarme. Tomé aire.

—Bueno —comencé, el aleteo en mi estómago regresando con la mera mención de su nombre—. Me llevó a "Allegro", ya saben, ese restaurante tan caro al otro lado de la ciudad.

Levi se inclinó hacia adelante, su interés despertado. —Bien. Vale. Entonces, ¿cómo fue él? No te causó ningún problema ni te presionó, ¿verdad? —El tono protector en su voz era inconfundible.

Negué con la cabeza, esbozando una sonrisa a pesar de los acontecimientos anteriores de la noche.

—No, nada de eso. Realmente hablamos. De todo. Nos entendimos muy bien.

Grace arqueó las cejas, con una sonrisa extendiéndose por su rostro.

—¿Os entendisteis bien, eh?

Le conté sobre la cita.

—De verdad escucha, ¿sabes? Es como si estuviera realmente ahí contigo, no solo esperando su turno para hablar.

Levi silbó, claramente impresionado.

—Vale, me gusta. Suena como una joya. Entonces, ¿qué hay de él? ¿A qué se dedica?

Dudé, no queriendo hacer de la riqueza y el estatus de Damien el punto focal.

—Él es... bueno, es exitoso. Pero eso no es lo que destaca de él. Se trata más de cómo me hace sentir escuchada, comprendida. Me llevó al campo hace unos días también. A la casa de su

infancia.

—Vaya, guau —dijo Grace con una sonrisa. Todos hicimos una pausa por un minuto mientras asimilaban la información.

—Le conté sobre mis resultados del examen, después de enviaros el mensaje. Dijo que tenía una sorpresa para mí en el club. Creo que eran flores —hice una pausa, el recuerdo agridulce—. Pero entonces... nunca llegué a verlo. Pasó lo de la nota de Rick, y simplemente huí. No quería contárselo a Damien, al menos no todavía, ni involucrarlo en este lío con Rick.

La habitación quedó en silencio, el peso de las revelaciones de la noche asentándose pesadamente entre nosotros. Levi se acercó, colocando una mano reconfortante sobre mi hombro.

—Ang, este tipo Damien suena como un buen chico, y Dios sabe que te mereces a alguien que te entienda, pero... ten cuidado, ¿vale? La gente no siempre es lo que parece. ¿Qué hay de este Rick? ¿Deberíamos avisar a la policía?

—No, no creo. Realmente no hizo nada.

El calor de su preocupación me mantuvo con los pies en la tierra.

Grace dijo:

—Tal vez deberías decírselo a tus jefes, o a alguien en el trabajo, Ang. Quizás incluso a Damien. Solo tómalo paso a paso, y ten cuidado. Y estamos aquí, pase lo que pase.

Sus palabras, una mezcla de apoyo y cautela, hacían eco de mis propios sentimientos enredados. El calor de su preocupación me envolvió, un contrapunto al escalofrío que la nota de Rick había dejado a su paso.

Decidí contárselo a los porteros mañana, y a Tom, el camarero. Ellos me cubrirían las espaldas. Tal vez Rick simplemente había bebido demasiado y se había pasado de la raya, de todos modos.

Levi y Grace insistieron en quedarse a dormir, su presencia un recordatorio tangible de que no estaba sola, incluso después de una noche tan tumultuosa. Nos acomodamos en un campamento improvisado en la sala de estar, rodeados de mantas y el reconfortante murmullo de la charla de la televisión a altas horas de la noche, un marcado contraste con la tensión anterior.

A pesar de sus intentos por aligerar el ambiente, mi mente era un torbellino de pensamientos, predominantemente fijados en Damien y la inquietante nota de Rick. La yuxtaposición de sus impactos en mi vida era desconcertante: uno ofrecía un atisbo de algo genuino y edificante, el otro una cruda mirada a las facetas más oscuras de la naturaleza humana.

Mientras Levi y Grace finalmente se quedaban dormidos, su suave respiración rítmica añadiendo tranquilidad a la habitación, mi teléfono vibró suavemente contra la mesa de café. La pantalla iluminó la habitación en penumbra, revelando un mensaje de Damien. "Solo comprobando cómo estás. Espero que te sientas mejor."

La simplicidad de su mensaje, la preocupación subyacente, resonó dentro de mí, removiendo una mezcla de emociones. Era reconfortante saber que estaba pensando en mí, incluso sin conocer toda la magnitud de la prueba de la noche.

Dudé, mis dedos suspendidos sobre el teclado. ¿Cuánto debería compartir? Los acontecimientos de la noche con Rick se sentían como una sombra cerniéndose sobre la incipiente conexión entre Damien y yo, un marcado contraste con la calidez y comprensión que él ofrecía.

Finalmente, escribí una respuesta, optando por centrarme en el aspecto positivo de su mensaje en lugar de detenerme en los momentos más oscuros de la noche. "Gracias por preocuparte. Significa mucho. He tenido una noche un poco difícil, pero tu mensaje ayuda. Tengo ganas de verte otra vez."

Enviar el mensaje se sintió como un pequeño paso hacia la normalidad, un intento tentativo de alcanzar la conexión que se había convertido en una sorprendente fuente de consuelo en mi vida. La presencia de Damien, incluso en forma de texto en una pantalla, se sentía como un bálsamo, un contrapunto al caos que se había desatado.

Mientras volvía a dejar el teléfono, una sensación de anticipación se instaló en mí, un suave eco de la emoción que había sentido por nuestra floreciente relación antes de que la noche tomara un giro más oscuro. La idea de ver a Damien de nuevo, de explorar la palpable conexión entre nosotros, ofrecía un destello de esperanza, una promesa de algo hermoso en medio del tumulto.

El suave resplandor de la pantalla del teléfono se desvaneció, dejándome en el reconfortante abrazo de la oscuridad, la respiración constante de mis amigos un recordatorio de su inquebrantable apoyo. A pesar de la montaña rusa de emociones, los miedos y las incertidumbres, también había un hilo de algo nuevo, algo potencialmente maravilloso tejiéndose a través del tapiz de mi vida.

Capítulo diez

Damien

El resplandor de la pantalla del ordenador proyectaba una suave luz en la penumbra de mi oficina, los números y gráficos contrastaban notoriamente con el tumulto de emociones que se agitaban en mi interior. El trabajo siempre había sido mi refugio, un mundo de claridad y control en medio del caos de la vida. Sin embargo, incluso aquí, entre la familiar comodidad de las hojas de cálculo y los contratos, mis pensamientos divagaban, atraídos inexorablemente hacia Angela.

Su imagen persistía en mi mente, una presencia inquietante que se negaba a ser relegada al fondo. Era desconcertante esta profundidad de sentimientos que ella había evocado en mí en tan poco tiempo, el despertar de algo que hacía mucho había enterrado bajo capas de pragmatismo y distanciamiento. Algo que hacía tiempo había dejado de buscar.

Me recliné en mi silla, pasándome una mano por el pelo en un raro gesto de frustración. Las emociones que Angela despertaba en mí eran un torbellino, una mezcla potente de deseo y aprensión que amenazaba con desbaratar las barreras cuidadosamente construidas que había mantenido durante tanto tiempo.

—Maldita sea —murmuré entre dientes, las palabras una admisión susurrada de mi tormento interior. La idea del compromiso, de permitir que alguien se acercara lo suficiente para tener el poder de herirme, era una vulnerabilidad que había jurado abandonar hace años. Sin embargo, con Angela, las reglas por las que había vivido parecían tambalearse, los cimientos de mi determinación sacudidos por la intensidad de mi atracción hacia ella.

Intenté concentrarme en los informes frente a mí, las cifras y proyecciones que siempre habían captado mi atención indivisa. Pero era inútil; mis pensamientos estaban atrapados por los recuerdos de nuestro tiempo juntos, el sonido de su risa, la calidez de su sonrisa, la suavidad de sus labios. Era a la vez estimulante y aterrador, este descenso a un territorio emocional inexplorado.

Un golpe en la puerta me sacó de mi ensimismamiento, una interrupción bienvenida al bucle interminable de mis pensamientos. —Adelante —dije, agradecido por la distracción.

La puerta se abrió, revelando a mi asistente con un montón de papeles en la mano. —Las proyecciones trimestrales, señor Blackwell —dijo, su tono una mezcla practicada de deferencia y eficiencia.

Asentí, mi expresión adoptando una de atención concentrada. —Gracias, Winston. Déjalas ahí. ¿Algo más?

Vaciló, un destello de curiosidad en sus ojos. —¿Está todo bien, señor? Parece... preocupado.

Ofrecí una sonrisa tensa, la máscara del empresario consumado volviendo a su lugar con facilidad practicada. —Solo tengo mucho en mente. Lo habitual.

Asintió, aceptando la explicación sin más preguntas, y salió, dejándome una vez más a solas con

mis pensamientos.

La batalla dentro de mí continuaba, una guerra entre el deseo de protegerme de un posible dolor con una mujer más joven y bailarina además, y la innegable atracción que sentía hacia ella. Era una dicotomía a la que nunca me había enfrentado, el instinto de retirarme luchando contra la creciente necesidad de explorar las profundidades de lo que podríamos llegar a ser.

En un intento por recuperar algo de control, me sumergí de nuevo en mi trabajo, inmerso en los ritmos familiares de la estrategia empresarial y el análisis financiero. Sin embargo, incluso mientras forzaba mi atención en las tareas en cuestión, la presencia de Angela persistía, un recordatorio suave pero insistente de las posibilidades que yacían más allá de los límites de las hojas de cálculo y los informes para accionistas.

Las horas pasaron volando, la noche se hacía más profunda a mi alrededor mientras trabajaba, el resplandor de la pantalla del ordenador era una compañía constante. El trabajo era mi consuelo, pero esta noche también era mi escape, una forma de distanciarme de la agitación emocional que amenazaba con consumirme.

El silencio de la oficina se sentía opresivo mientras recogía mis cosas, el peso de los pensamientos sin resolver era como un pesado manto sobre mis hombros. El trabajo que normalmente proporcionaba una sensación de logro ahora se sentía como una mera distracción del tumulto que se agitaba dentro de mí.

Justo cuando iba a alcanzar el interruptor de la luz, un suave golpe en la puerta me dejó paralizado. Era tarde, demasiado tarde para cualquier interrupción rutinaria. Una sensación de presagio se apoderó de mí mientras respondía con cautela: —¿Sí?

La puerta se abrió lentamente, revelando a la última persona que esperaba —o deseaba— ver a esta hora: Jenna, mi ex. Su presencia era como un fantasma del pasado, materializándose en un momento en que mi presente ya estaba en desorden.

—¿Qué haces aquí, Jenna? —Mi voz sonó más fría de lo que pretendía, su presencia despertando un torbellino de viejas frustraciones y tensiones sin resolver.

—Necesitaba hablar contigo —dijo ella, con un tono que mezclaba desafío y desesperación que recordaba demasiado bien.

Suspiré, pellizcándome el puente de la nariz. —Ahora no es un buen momento.

Jenna dio un paso hacia la luz, sus facciones tensas por la emoción. —Nunca es un buen momento contigo, ¿verdad? Siempre algún trato, alguna crisis. Pero ¿qué hay de nosotros? ¿De lo que teníamos?

Negué con la cabeza, los viejos argumentos surgiendo involuntariamente de mis labios. —No hay un "nosotros", Jenna. No desde hace mucho tiempo. No éramos buenos juntos. Ya hemos hablado de esto. No encajábamos. Y tú querías más de lo que yo podía dar.

Su risa fue amarga, teñida de dolor. —¿Más? Lo único que quería era un poco de tu tiempo,

alguna señal de que significaba algo para ti. Pero eres incapaz de eso, ¿no? De comprometerte con alguien.

Sus palabras tocaron una fibra sensible, haciendo eco de las dudas que me habían atormentado desde que Angela entró en mi vida. ¿Estaba condenado a repetir los mismos patrones, alejando eventualmente a cualquiera que se atreviera a acercarse demasiado?

—No voy a tener esta conversación otra vez —dije, con voz firme a pesar del tumulto interior—. Pensé que ambos habíamos seguido adelante, Jenna. Yo ciertamente lo he hecho. Tú también deberías hacerlo.

Me miró fijamente, sus ojos buscando algo, cualquier cosa, que pudiera insinuar al hombre que una vez creyó conocer. Finalmente, con un movimiento de cabeza, se dio la vuelta y se fue, dejándome solo con el eco de sus acusaciones.

El silencio que siguió fue ensordecedor, las palabras de despedida de Jenna reverberando por la oficina vacía como una campana de advertencia. ¿Tenía razón? ¿Era realmente incapaz de abrirme, de permitir que alguien entrara? Pero estaba con Angela.

El pensamiento de Angela trajo una punzada de anhelo, templada por el miedo. Ella era diferente a cualquiera que hubiera conocido, su fuerza y vulnerabilidad un canto de sirena que encontraba irresistible. Sin embargo, el espectro de mis fracasos pasados se cernía amenazador, proyectando una sombra sobre la incipiente conexión que compartíamos.

Me senté de nuevo, la oscuridad de la oficina reflejando el tumulto de mis pensamientos. ¿Podría arriesgarme a llevar a Angela por un camino lleno de potencial para el dolor, conociendo mis propias limitaciones?

Mi encuentro con Jenna había desatado una tempestad en mi interior, sus acusaciones dando demasiado cerca de casa, desenterrando dudas y miedos que había archivado cuidadosamente.

—Maldita sea —maldije en voz baja, el peso de mis decisiones pasadas pesando sobre mis hombros. No podía quitarme de encima la última palabra de Jenna, la sugerencia de que era incapaz de comprometerme, de abrirme realmente a alguien más. Era un desafío a mi autopercepción, un espejo sostenido frente a los defectos que había preferido ignorar.

Pero Angela... ella era diferente. Despertaba algo dentro de mí que no podía comprender del todo, y mucho menos controlar. Era aterrador y emocionante a la vez, esta sensación de estar al borde de algo profundo y completamente nuevo.

No podía negar la conexión entre nosotros, la forma en que ella parecía ver a través de la fachada que presentaba al mundo. Con ella, quería ser diferente, romper las cadenas de mis comportamientos pasados y abrirme realmente, quizás por primera vez. Ya había empezado a hacerlo.

El silencio de la oficina de repente se volvió opresivo, un recordatorio del aislamiento que tan cuidadosamente había construido a mi alrededor. Necesitaba ver a Angela, estar cerca de ella, asegurarme de que la conexión que sentía era real y no solo un producto de mi anhelo por algo

más.

Me aparté del escritorio, la decisión tomada. El club, con su música pulsante y su iluminación tenue, era el último lugar donde quería estar, pero era donde necesitaba ir. La idea de ver a Angela, de estar en su presencia nuevamente, me daba un sentido de propósito, una claridad que había estado faltando.

Mientras recogía mis cosas, la determinación se endureció dentro de mí. Enfrentaría mis miedos, confrontaría los patrones de mi pasado y me esforzaría por ser alguien digno del tiempo y el afecto de Angela. Era un voto hecho en la quietud de la noche, una promesa silenciosa tanto para mí mismo como para ella.

El viaje al club fue borroso, la ciudad pasando como un borrón de neón y sombras. Mi mente era un torbellino de anticipación y resolución, las calles familiares adquiriendo un nuevo significado mientras me acercaba a mi destino.

Aparqué el coche, el retumbar del bajo de la música del club llegando hasta mí incluso desde la calle. Aunque era un club de caballeros con membresías, otros podían ser admitidos. Y lo intentaban, especialmente los fines de semana. Muchos no serían admitidos. La fila afuera era larga, prueba de la popularidad del lugar, pero la pasé de largo. Mi estatus como miembro y cliente habitual me garantizaba la entrada inmediata por una puerta privada más pequeña a un lado.

La transición del silencio de la noche a la cacofonía del club fue desconcertante, pero apenas registré el ruido, la multitud o las luces. Mi enfoque era singular, centrado en la razón por la que estaba aquí.

Me abrí paso entre la multitud de cuerpos, la anticipación creciendo con cada paso. La idea de ver a Angela, de estar en su presencia nuevamente después del tumulto emocional de la noche, era tanto un bálsamo como un catalizador, empujándome hacia adelante, llevándome a enfrentar no solo a ella sino también a mí mismo.

Capítulo once

Angela

L legué algo nerviosa pero lista para mi turno. Necesitaba el dinero y no dejaría que Rick me desanimara. Pero estaba nerviosa debido a sus amenazas.

Le conté a Tom y a los guardias sobre la nota de Rick, y estaban listos para actuar, vigilarlo como halcones y ser mis protectores si fuera necesario. Nadie había visto a Rick esta noche. Al menos hasta ahora.

Subí al escenario, esta noche con un bikini blanco y plateado con cuentas, los focos hacían que brillara. El bajo retumbaba contra mi piel, un segundo latido en la sala abarrotada. Bailar en el Club Sapphire siempre era una experiencia: una mezcla de empoderamiento y vulnerabilidad que venía con ser el centro de atención de innumerables miradas.

Ahora estaba en mi segunda tanda de la noche. Mientras la música me envolvía, me perdí en el ritmo, mi cuerpo moviéndose con una familiaridad que venía de años de práctica, trabajando en el tubo. El foco proyectaba un cálido resplandor, aislándome del mar de rostros, cada uno difuminado en el anonimato por la tenue iluminación y mi propia concentración.

A pesar de la emoción que el baile siempre despertaba en mí, había una corriente subyacente de inquietud. No era miedo exactamente, sino una aguda conciencia de la mirada de la multitud. Algunos observaban con admiración, otros con deseo, y unos pocos con esa intensidad inquietante que ponía mis nervios de punta. Era una mezcla de sensaciones, saber que mi actuación podía provocar reacciones tan variadas.

En las buenas noches, sentía que tenía el poder, controlando la atmósfera con el balanceo de mis caderas y el arco de mi espalda. En otras, era un recordatorio de la delgada línea que caminaba, actuando en una sala llena de extraños.

A mitad de mi rutina, la multitud se movió, abriéndose en el mar de cuerpos lo que llamó mi atención. Él entró —Damien— su presencia cargando instantáneamente el aire a mi alrededor. Era como si la sala se hubiera quedado un poco más silenciosa, o tal vez era solo yo, desconectando todo excepto a él.

Mi corazón se aceleró un poco más, no solo por el baile sino por la emoción de verlo allí. Saber que estaba cerca. Era ridículo, realmente, cómo su mera presencia podía hacerme sentir que estaba haciendo algo más significativo que solo otra actuación en el escenario.

Mientras pasaba al siguiente movimiento, un giro complicado que me había llevado semanas perfeccionar, con el pelo suelto y volando, encontré mi mirada atraída hacia él nuevamente. Estaba apoyado en la barra, sus ojos fijos en mí, y Dios, fue como una descarga eléctrica.

No había lascivia en su mirada, nada de la intensidad depredadora que había llegado a esperar de algunos de los clientes del club. En cambio, había una intensidad de otro tipo, una que hablaba de interés genuino y algo más cálido, algo que hacía que mi estómago diera un vuelco. Deseo. Cariño.

Terminé mi baile, la nota final de la canción extendiéndose en el aire cargado de humo del club. Mientras los aplausos me envolvían y las propinas caían en el escenario y en el frasco al final de la tarima, una mezcla de alivio y adrenalina pulsaba por mis venas. Siempre estaba agradecida por el aprecio, la prueba tangible de que mis esfuerzos habían valido la pena, pero esta noche, la única reacción que realmente importaba era la de Damien.

Mientras bajaba del escenario, capté su mirada e incliné ligeramente la cabeza hacia la sala VIP. Fue una decisión impulsiva, alimentada por la inesperada oleada de emoción que su presencia había despertado.

Mientras me abría paso entre la multitud, podía sentir el calor de sus cuerpos, el zumbido de la conversación y el roce ocasional de una mano demasiado ansiosa por hacer contacto. Miré nerviosamente alrededor de la sala, pero no vi a Rick. Me abrí paso, la anticipación de ver a Damien de cerca, sin la barrera de la actuación entre nosotros, impulsándome hacia adelante.

La extraña comodidad de la sala VIP era un cambio marcado respecto al piso principal, la música un latido amortiguado aquí en lugar de la ola envolvente de allá fuera. Me deslicé dentro, el clic de la puerta detrás de mí una especie de punto final, un paso hacia un mundo diferente. Mi corazón estaba haciendo esa cosa nerviosa de nuevo, una mezcla de nervios y algo más —emoción, tal vez, o simplemente el borde crudo del deseo. Había pasado mucho tiempo desde que alguien se había metido bajo mi piel de la manera en que lo había hecho Damien.

No tuve que esperar mucho. La puerta se abrió de nuevo, y ahí estaba él, entrando en la intimidad tenuemente iluminada de la sala VIP, con la puerta cerrándose con llave tras él. Se me cortó la respiración, su presencia desatando una ráfaga de mariposas en mi estómago. Era toda elegancia casual, su actitud tranquila, pero esos ojos, esos malditos ojos, contenían un ardor que me hizo estremecer.

—Hola —dijo, con voz baja, enviando una onda de calor a través de mí. La simplicidad del saludo, su familiaridad, me hizo sonreír.

—Hola tú —respondí, mi voz más firme de lo que me sentía. El espacio entre nosotros se sentía cargado, cada paso que daba hacia mí aumentaba la tensión en el aire.

No se detuvo hasta estar justo frente a mí, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo, oler el tenue aroma de su colonia almizclada. Era embriagador, abrumador de la mejor manera, y me encontré inclinándome hacia él sin pensarlo.

Damien extendió la mano, apartando un mechón de cabello rebelde de mi rostro. El contacto fue eléctrico, encendiendo un calor que se acumuló en mi vientre. —Estuviste increíble allá afuera, como siempre —murmuró, y el orgullo en su voz fue inesperadamente emocionante.

—Gracias —dije, sonriendo mientras él tomaba una de mis manos.

Capté el destello de duda en sus ojos, ese breve y vulnerable instante antes de que se armara de valor. —He querido hablar contigo —dijo, el rumor en su voz envolviéndome como una manta cálida en una noche fría. Mi curiosidad se avivó, mezclada con una burbujeante emoción por el trasfondo de algo serio en su tono.

—¿Sobre qué? —La pregunta se me escapó, teñida de un borde de nerviosa anticipación. Lo observé, tratando de leer los pensamientos que giraban detrás de esos intensos ojos.

Respiró hondo, su mirada sin apartarse de la mía. —Mira, sé que he estado... persiguiéndote. Pero, maldita sea, me atraes mucho. Más que nadie en mucho tiempo. Y yo... quiero ver si hay algo real aquí, entre nosotros. Si puedes darme una oportunidad. Si tú también podrías estar realmente interesada.

Sus palabras cayeron como un rayo, encendiendo una llamarada de emociones dentro de mí. Emoción, esperanza, un toque de incredulidad, todo arremolinándose en una mezcla embriagadora que me dificultaba respirar.

Estaba emocionada, más que emocionada porque, maldita sea, sentía lo mismo. La conexión entre nosotros era innegable, una atracción tan fuerte que se sentía como un lazo físico, atrayéndonos más cerca.

Sin pensarlo, acorté la distancia entre nosotros, mis manos encontrando sus hombros mientras nuestros labios se encontraban en un beso que era tanto una promesa como un descubrimiento.

Fue suave al principio, interrogante, antes de que las compuertas se abrieran y se profundizara, alimentado por semanas de tensión y deseos acumulados. Sus manos me rodearon, atrayéndome más cerca, y me derretí en él, cada pensamiento más allá de este momento, de esta conexión, evaporándose como la niebla bajo el sol.

Pero cuando nos separamos, jadeando suavemente, la realidad de mi situación —una sombra de la que había estado tratando de huir— se deslizó de vuelta. Había algo que él necesitaba saber, algo que podría cambiarlo todo. El pensamiento me oprimió el pecho con ansiedad.

—Yo... necesito que sepas algo —dije, las palabras saliendo atropelladamente. Su frente se arrugó con preocupación, y suavemente me guió para sentarme a su lado en el lujoso sofá que adornaba la sala VIP.

—¿Qué es? —Su voz era suave, teñida de preocupación, y odié estar a punto de añadir una capa de complejidad a lo que fuera que hubiera entre nosotros. Pero tenía que decírselo.

Respirando hondo, saqué la nota arrugada que había escondido en el bolsillo secreto de la parte superior de mi bikini, el papel se sentía como plomo en mis manos. —Recibí esto... de Rick; ya sabes, el tipo. El repugnante que no acepta un no por respuesta —dije, con la voz apenas por encima de un susurro. Su expresión se ensombreció mientras tomaba la nota, sus ojos escaneando rápidamente la escritura irregular.

La habitación se sintió más fría mientras leía, el calor que habíamos compartido momentos antes disipándose bajo la nube de las palabras amenazantes de Rick. La mandíbula de Damien se tensó, un signo visible de su ira, y cuando finalmente me miró, sus ojos eran tormentas.

—Este hijo de puta —murmuró, su ira palpable—. ¿Ha... intentó algo más? ¿Estás bien?

Asentí, tragando con dificultad contra el nudo en mi garganta. —Estoy bien. Él no ha... solo ha

sido la nota, por ahora. Pero tengo miedo, Damien. No sé de qué es capaz.

Dejó la nota con deliberada calma, aunque su cuerpo estaba tenso de rabia apenas contenida. —Vamos a ocuparnos de esto, ¿de acuerdo? No se va a salir con la suya amenazándote.

La seguridad en su voz fue un bálsamo para mis nervios destrozados, pero la gravedad de la situación no se perdió para ninguno de los dos. Esto era un lío, complicado y peligroso, y ahora Damien estaba justo en medio de todo conmigo. Él también podría estar en peligro, ya que se le mencionaba en la nota. Rick claramente nos ha estado observando.

—Lo siento —dije, sintiendo que las palabras eran inadecuadas—. No quería que te vieras arrastrado a esto.

Tomó mi mano, su agarre firme y tranquilizador. —Nada de eso. Estoy aquí porque quiero estar, ¿de acuerdo? Resolveremos esto. Juntos.

La determinación en su voz encendió un destello de esperanza dentro de mí, un faro en la tormenta tumultuosa que era mi vida en ese momento. Pero también me hizo ver la realidad de lo que enfrentábamos, un recordatorio de que el camino por delante estaba lleno de incertidumbres y peligros potenciales.

Damien se puso de pie, su lenguaje corporal transformándose en algo que me recordaba a un protector, fuerte e inflexible. —Voy a hacer algunas llamadas. Necesitamos asegurarnos de que estés a salvo, ante todo.

Mientras Damien se alejaba, sus movimientos deliberados y tensos, lo observé, un enjambre de emociones zumbando dentro de mí. Sacó su teléfono, de espaldas a mí, pero incluso desde atrás, podía sentir la urgencia que irradiaba. Los tonos apagados de su voz eran demasiado bajos para que pudiera captar las palabras, pero la seriedad de la situación nunca había sido más clara. Mi corazón latía acelerado, una mezcla confusa de miedo, gratitud y un inquietante calor ante la idea de que alguien me defendiera tan ferozmente.

Cuando terminó sus llamadas, se volvió hacia mí, su expresión fija en una línea determinada. —Te sacaremos de aquí —declaró, su voz sin dejar lugar a discusión.

—Pero mi turno no ha terminado —protesté débilmente, aferrándome al último hilo de normalidad—. No puedo simplemente irme. Tengo facturas que pagar, y—

Damien me interrumpió, sacando un fajo de billetes de su bolsillo y colocándolo sobre la mesa entre nosotros. Separó diez billetes de cien dólares con un movimiento fluido, extendiéndolos como un abanico. —Ahí tienes. ¿Eso cubrirá esta noche? —Su tono no admitía discusión, pero sus ojos buscaban los míos, buscando alguna señal de aceptación.

—Llamé a uno de los dueños, Simon, y le expliqué. Tienes permiso para irte. Ellos tampoco quieren que estés en peligro.

Miré fijamente el dinero, formándoseme un nudo en la garganta. El gesto, tan directo y a la vez tan afectuoso, me desconcertó. —No puedo aceptar eso —susurré, aunque una parte de mí

gritaba que simplemente lo tomara, que reconociera la mano extendida que me estaba ofreciendo en este lío.

—Sí, puedes. —Su voz era firme, insistente—. Necesitas que alguien te cuide ahora mismo, y si el dinero es lo que se interpone en tu camino, entonces yo puedo proporcionarlo.

De repente, la habitación se sintió demasiado pequeña, el aire cargado con una tensión que era nueva y antigua al mismo tiempo. Una cosa era bailar por dinero, ganarlo con el sudor de mi frente y la habilidad de mis movimientos. Pero aceptar esto—esta caridad—me irritaba, incluso cuando la parte práctica de mí sabía que era la decisión inteligente.

Después de un momento que se alargó demasiado, asentí, mi voz apenas un suspiro al decir: —De acuerdo. —El alivio en sus ojos era palpable, y algo en mí se desenredó, solo un poco, ante esa visión.

De camino a mi camerino, me detuve y le dije a Tom y a uno de los guardias de seguridad que me iba con Damien.

Damien me siguió hasta mi camerino para cambiarme, vigilando la puerta. Mis movimientos eran automáticos mientras cambiaba el traje reluciente por mi ropa de calle, la tela sintiéndose extraña contra mi piel después de los eventos de la noche. Mis manos temblaban mientras empacaba, la adrenalina de la confrontación anterior con la promesa de Damien ahora mezclándose con una profunda y desconcertante sensación de agitación.

Cuando salí, Damien estaba esperando, un centinela silencioso contra el caos de mi mundo. No me tocó, pero el espacio que mantuvo para mí era su propia forma de abrazo. Salimos del club por la parte de atrás, evitando la cacofonía del piso principal y las miradas curiosas de mis compañeros de trabajo. Tal vez Rick estuviera acechando en algún lugar, aunque no lo vimos.

El aire nocturno me golpeó con un frío cortante, contrastando con el calor del club. Damien me guió hacia un elegante automóvil estacionado en las sombras, sus líneas afiladas y depredadoras incluso en la tenue luz. Sostuvo la puerta del pasajero abierta para mí, y me deslicé adentro, los asientos de cuero fríos contra mi piel.

El viaje hasta su ático fue un borrón de luces de la calle y sombras, la ciudad pasando como una neblina en mis propios pensamientos tumultuosos. Damien conducía con una calma concentrada que era a la vez tranquilizadora y completamente ajena a mí. El silencio entre nosotros era denso, lleno de lo no dicho y lo desconocido.

Cuando llegamos, su amplio ático era un estudio de lujo discreto, el tipo de lugar que hablaba de riqueza sin gritarlo. Lo seguí adentro, mi mente acelerada mientras trataba de comprender lo que todo esto significaba, para esta noche y para lo que sea que estuviera gestándose entre nosotros.

Damien me mostró la habitación de invitados, un gesto tan mundano y aun así tan cargado de significado. —Puedes quedarte aquí, Angela —dijo, su voz suavizándose—. Tómate un tiempo para descomprimirte. Resolveremos el resto por la mañana. Ponte cómoda. Todo lo que necesitas está aquí.

Mientras cerraba la puerta, dejándome sola con mis pensamientos, la realidad de la situación me golpeó. Estaba aquí, en el ático de Damien, porque alguien me había amenazado, y él había intervenido para ofrecerme santuario. Era abrumador, un gesto tan lleno de implicaciones y expectativas que no estaba segura de cómo procesarlo todo.

Pero más que eso, era el beso, la promesa de algo más entre nosotros lo que persistía en mi mente. El recuerdo de sus labios sobre los míos, el calor de su cuerpo presionado contra el mío—era un faro en la tormenta, un recordatorio de lo que estaba en juego, no solo mi seguridad, sino mi corazón.

Capítulo doce

Damien

Aquella noche, me encontraba de pie en el balcón, con un vaso de whisky en la mano, dejando que el aire nocturno me envolviera. Era uno de esos raros momentos de quietud en mi vida habitualmente agitada, un momento para respirar, para pensar. La puerta se deslizó detrás de mí, y no necesité darme la vuelta para saber que era ella. Su presencia llenó el espacio, un calor reconfortante que se había vuelto cada vez más familiar.

Se acercó a mi lado, vistiendo una de mis camisetas grandes que le había prestado como pijama, y se veía adorable. —Gracias por dejarme quedar —dijo, con voz suave, cargada de gratitud y algo más, algo más profundo.

—Por supuesto —respondí, rodeándole los hombros con un brazo y atrayéndola hacia mí. Las luces de la ciudad centelleaban, reflejándose en sus ojos mientras se apoyaba en mí, con la cabeza descansando sobre mi pecho. Había un consuelo en su cercanía, una sensación de corrección que era difícil de ignorar.

Me incliné, mis labios encontrando los suyos en un beso que era tanto una promesa como un bálsamo. Ella me devolvió el beso, con una mano apoyada en mi mejilla, su toque ligero pero lleno de emoción. —Gracias —susurró de nuevo, rompiendo el beso pero permaneciendo en el círculo de mis brazos—. No sé si él podría encontrarme en mi casa, pero prefiero no estar sola.

Escucharla decirlo en voz alta, el miedo, la vulnerabilidad, me hizo algo. Despertó una protección que nunca había sentido antes, un feroz deseo de mantenerla a salvo, de ser su santuario. —Nunca tendrás que estar sola —juré, las palabras saliendo a borbotones, crudas y honestas—. Yo te cuido.

Nos besamos de nuevo, sellando mi promesa, una fusión de labios y promesas y calor compartido. Después de un momento, me aparté ligeramente, mi corazón acelerado con una mezcla de emociones: cariño, deseo, un amor naciente que se sentía a la vez emocionante y aterrador.

—¿Quieres venir a mi habitación? —pregunté, con voz baja, teñida de esperanza y una pregunta subyacente que iba más allá del espacio físico de mi dormitorio.

—Sí —dijo ella, con voz firme, sus ojos encontrándose con los míos con una confianza y una apertura que me quitaron el aliento. Sin vacilación. Nos movimos juntos, un acuerdo silencioso, una necesidad mutua de cercanía y confort, volviendo al calor del apartamento.

El camino hacia mi habitación se sintió como un viaje, cada paso un avance hacia algo nuevo, algo indefinido pero palpablemente real. Podía sentirla a mi lado, una presencia constante que llenaba el espacio a nuestro alrededor con una sensación de anticipación, de posibilidades que se desplegaban.

Dentro, mi dormitorio estaba bañado por el suave resplandor de las luces de la ciudad que se filtraban a través de las cortinas, envolviéndonos en una suave luminiscencia. La observé, esta

increíble mujer que había entrado en mi vida y la había puesto patas arriba. Era hermosa, vulnerable y valiente, todo a la vez. Y en ese momento, en la quietud de mi habitación con la ciudad extendida debajo de nosotros, me di cuenta de cuánto me importaba, cuán profundamente me había enamorado en tan poco tiempo.

Me aparté, mi mirada buscando la suya. Ella sonrió lentamente, dándome permiso para continuar, su expresión suavizándose mientras extendía la mano para tocar su rostro, trazando la línea de su mandíbula y la curva de su cuello con mis dedos.

Me incliné hacia adelante, rozando mis labios contra su piel, una lenta exploración que hizo arder mi cuerpo de necesidad. Recorrí con mi boca la longitud de su clavícula, lamiendo ligeramente el pulso que latía allí.

Cuando gimió suavemente, el sonido bajo y necesitado, mordí suavemente, provocando un suave quejido de sus labios. —Oh, joder —gruñó, la palabra escapando en un gemido mientras mordisqueaba a lo largo de su hombro, deslizando un dedo bajo el borde de su camiseta. Mordisqueé su lóbulo, amando el escalofrío que recorrió su cuerpo cuando lo succioné, jugando con él entre mis dientes.

—Quítate la camiseta —susurré, deslizando mis manos bajo el dobladillo, disfrutando la sensación de su cálida carne en mis palmas. Mis dedos rozaron la parte inferior de sus senos, tocando sus pezones con caricias ligeras como plumas, sintiéndolos endurecerse bajo mis manos. Ella temblaba en mis brazos, su respiración superficial, el pulso martilleando en su garganta.

Mi otra mano se deslizó alrededor para acariciar su trasero, la fina tela de la gran camiseta apenas cubriendo su trasero, dejándola expuesta y abierta a mi toque. Cuando se retorció en respuesta, arqueando sus caderas contra mi mano, agarré su cadera con una mano, atrayéndola más cerca de mí. Deslicé mi mano libre debajo de la cintura de sus bragas, encontrando el calor húmedo entre sus piernas.

Gemí, mi propio miembro endureciéndose y palpitando por ella. Mi mano se movió más rápido, dibujando pequeños círculos y movimientos en su clítoris, jugando con ella hasta que jadeó de placer.

Sus manos se deslizaron sobre mi pecho, sus uñas raspando mis pezones. —Por favor —suplicó, besando mi garganta, su lengua saliendo para lamer mi piel—. Más.

Bajé mis manos a su trasero, sosteniendo sus caderas con fuerza, y luego me incliné hacia adelante, besándola rudamente. Mi lengua se deslizó dentro de su boca, empujando profundamente mientras me frotaba contra ella por un momento, antes de quitarle las bragas, dejándola completamente desnuda ante mí.

Esto no se parecía en nada a lo del club, que era sexy por la naturaleza prohibida de un polvo duro en la sala VIP. Esto era más suave, más romántico, pero no menos intenso. Más íntimo.

La recosté en la cama. Mi lengua encontró su coño, trazando pequeños besos a lo largo de sus labios exteriores, dibujando líneas húmedas a lo largo de su hendidura antes de finalmente separar sus pliegues, lamiendo su clítoris enrojecido. Ella gritó, empujando sus caderas para

encontrarse con mi boca, sus manos moviéndose hacia la parte posterior de mi cabeza.

—Sí, oh sí —murmuró contra mis labios, su voz ronca de deseo.

—Eres tan sexy —susurré, deslizando dos dedos dentro de ella, curvándolos mientras continuaba chupando su clítoris, usando mi lengua para provocarla y llevarla hacia el orgasmo.

Arqueó la espalda, sus manos agarrando los lados de mi cabeza, forzando mi boca con más fuerza contra ella mientras su clímax la golpeaba con intensidad, sus gritos de profundo placer se mezclaban con sus gemidos mientras se deshacía, caliente y resbaladiza contra mis labios.

Me moví hacia adelante para recostarme sobre ella, acariciándola mientras bajaba del orgasmo. Mi polla engordada presionaba a través de mis pantalones contra su estómago mientras la besaba profundamente, permitiéndole saborear su propia pasión en mis labios.

—Te necesito, Damien —gimió, arqueando su espalda contra mí. Me eché hacia atrás, viendo el deseo y la necesidad reflejados en sus ojos—. Dentro de mí, ahora.

Me puse de pie, desabrochándome los pantalones, observando sus ojos mientras trabajaba para quitármelos. Ella me miraba ansiosa, sus ojos hambrientos mientras empujaba mi ropa interior por mis muslos, revelando mi polla dura, ya tensándose en sus confines.

—Te deseo, quiero complacerte, estar dentro de ti —dije, posicionándome entre sus piernas de nuevo—. Eres tan jodidamente hermosa.

Ella jadeó cuando presioné la cabeza de mi polla contra su entrada, esperando que me dijera que me detuviera. Cuando no lo hizo, deslicé la cabeza dentro de ella, sus paredes húmedas y apretadas aferrándose a mí, enviando ondas de choque a través de mi cuerpo. Ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, acercándome más, mientras la llenaba completamente.

—Ah, sí —susurró, con una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

—Buena chica —gruñí, besando su cuello mientras comenzaba a moverme.

Su coño se apretaba a mi alrededor, agarrando mi polla con fuerza mientras nos movíamos juntos, nuestros cuerpos fusionándose y mezclándose, mi polla estirándola mientras ella se abría para mí. Cada movimiento traía otra ola de éxtasis, haciendo que mi cabeza girara mientras me enterraba más profundamente dentro de ella. Me movía rápido, duro y áspero, queriendo llenarla de éxtasis, dispuesto a ir tan profundo como pudiera para llevarla más alto.

Ella se estiró, agarrando mi cabello, instándome a acercarme más. —Más fuerte —exigió, sus uñas clavándose en mi cuero cabelludo—. Hazme tuya.

Aumenté la velocidad, embistiéndola, observando cómo sus ojos se ponían en blanco, los músculos de sus piernas apretándose a mi alrededor, manteniéndome profundamente dentro de ella mientras la llevaba cada vez más alto. Podía sentir que estaba lista para explotar de nuevo, jadeando y suspirando y moviendo sus caderas.

—Córrete para mí —la insté con voz profunda, meciéndome contra ella, mi polla sacudiéndose contra su núcleo.

Ella se corrió con fuerza, en un frenesí de gritos y exclamaciones y gemidos, temblando y estremeciéndose, gritando mi nombre. La sostuve, mordiéndome el labio para ahogar mi propio grito de liberación mientras me vaciaba dentro de ella, viendo cómo el orgasmo se apoderaba de su cuerpo, viéndola hacerse pedazos mientras se deshacía.

Me derrumbé sobre ella, jadeando, tratando de recuperar el aliento mientras cabalgábamos juntos las olas de dicha post-coital. Sus dedos se deslizaron por mi cabello, masajeando la parte posterior de mi cuello mientras yacía contra mí, ambos demasiado agotados para movernos o hablar.

Finalmente, después de lo que parecieron horas, pero probablemente fueron solo minutos, ella levantó la cabeza, mirándome con ojos soñolientos.

—Eso fue... —comenzó en un susurro, su voz débil y tranquila, como si temiera romper el silencio de la habitación.

—Jodidamente asombroso —terminé por ella, extendiendo la mano para trazar sus labios con mi pulgar. Ella sonrió ligeramente, besando mi pulgar, su mano pasando por mi cabello.

—Mmm —suspiró contenta—. Gracias.

—¿Por qué? —pregunté, mi mano trazando patrones en su espalda, maravillándome de lo correcto que se sentía tenerla aquí conmigo.

Ella levantó la cabeza, sus ojos encontrándose con los míos en la tenue luz. —Por hacerme sentir bien. Por hacerme sentir segura... de una manera que nunca antes había sentido.

Era una declaración simple, pero me golpeó con fuerza, el peso de su confianza, su vulnerabilidad. La besé, una promesa en ese simple toque. —Siempre estarás segura conmigo —dije, y lo decía en serio con cada fibra de mi ser. Protegerla, ser alguien en quien pudiera confiar, se había convertido en algo innegociable en mi vida.

Ella sonrió, esa sonrisa que parecía iluminar los espacios oscuros dentro de mí. —Probablemente debería ir a la habitación de invitados —susurró, pero había una vacilación en su voz, casi una pregunta.

La idea de que se fuera, de no tenerla cerca, despertó un pánico dentro de mí que no esperaba. —Déjame abrazarte mientras duermes —susurré, mi voz sonando áspera para mis propios oídos. La vulnerabilidad al pedir eso, al admitir cuánto necesitaba tenerla cerca, era una sensación nueva para mí.

Sus ojos se iluminaron, un escalofrío pasando por ellos. —Me gustaría eso —dijo, y el alivio que me invadió fue palpable. Se acomodó de nuevo contra mí, su cabeza encontrando su lugar en mi pecho otra vez, y la rodeé con mis brazos, manteniéndola cerca.

Mientras ella se quedaba dormida, yo permanecí despierto, mirando al techo, mi mente acelerada. Esto no era algo a lo que estuviera acostumbrado, este nivel de intimidad, de conexión emocional. Había tenido mi cuota de relaciones, si se les podía llamar así, pero no eran nada como esto. Nada como ella. Ella me hacía querer ser mejor, ser más de lo que jamás pensé que podría ser.

Sentir su respiración constante, el subir y bajar de su pecho contra mí, era un bálsamo para mis pensamientos inquietos. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz, como si tal vez, solo tal vez, hubiera encontrado algo real, algo por lo que valía la pena luchar.

Capítulo trece

Angela

Deambulando por los pasillos del campus, no podía quitarme la sensación de que hoy algo no encajaba. El habitual murmullo de fondo de los estudiantes parecía más fuerte, más dirigido, como si de repente me hubiera convertido en el centro de algún espectáculo invisible. Con cada paso, el peso de las miradas y los susurros de los chismes se sentían como un manto físico sobre mis hombros. Tiraba de mi ropa, cuestionando cada elección que había hecho esa mañana, aunque nada parecía fuera de lugar.

Al llegar al santuario del baño, escruté mi reflejo, buscando cualquier señal reveladora de lo que podría haber despertado tanto interés. Nada. Mi atuendo era el mismo tipo de cosa que usaba todos los días, y no había ninguna situación de espinaca entre los dientes. Era desconcertante.

La puerta se abrió de golpe, interrumpiendo mi hilo de pensamientos. Mis amigos, Levi y un par más de nuestro grupo cercano, entraron precipitadamente, con expresiones que mezclaban preocupación y emoción.

—Te vimos salir de clase —dijo Levi, sin aliento—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? —pregunté, genuinamente confundida. Sus rostros preocupados solo profundizaron el vacío en mi estómago—. Y Levi, no deberías estar en el baño de mujeres.

—¿No lo sabes? —La pregunta de Levi quedó suspendida en el aire, cargada de implicaciones. Sacó su teléfono, sus dedos deslizándose con una urgencia practicada hasta que encontró lo que buscaba y me empujó la pantalla hacia mí.

Mi corazón se detuvo y luego se desplomó. Allí, desplegado en la pantalla con detalles escandalosos, había un artículo con mi nombre, una foto de Damien y yo besándonos en su balcón, una invasión capturada desde las sombras de abajo. Y como si eso no fuera suficiente, otra foto me mostraba en el club, bailando, un momento de mi vida que creía contenido dentro de las paredes del Club Sapphire. El titular gritaba sobre Damien, el notorio playboy multimillonario, y su última conquista. Una "stripper" me llamaron. A mí.

Me quedé sin palabras, mi cerebro luchando por procesar las imágenes, las implicaciones. El mundo se inclinó, una sacudida nauseabunda que no tenía nada que ver con el movimiento físico.

—¿Cómo...? —Mi voz se apagó, incapaz de formar una pregunta coherente.

La expresión de Levi era una mezcla de simpatía y enojo.

—Está en todas partes, Angela. Este artículo salió anoche. Está en todos los sitios de chismes, en todos los feeds de noticias, en todas las redes sociales.

Aturdida, alcancé mi teléfono, el dispositivo de repente pesado por el temor. La pantalla se iluminó con una avalancha de notificaciones, llamadas perdidas y mensajes de Damien, intercalados con mensajes de los pocos miembros de mi familia que me quedaban —primos

lejanos, una tía— ninguno de los cuales tenía idea de cómo me las había arreglado financieramente. Cada notificación era una pequeña explosión, ampliando el abismo que se había abierto bajo mis pies.

Me desplomé sobre las frías baldosas, el teléfono resbalando de mi mano floja. Mis amigos se agruparon a mi alrededor, una barrera contra el caos arremolinado, sus voces un zumbido distante detrás del rugido en mis oídos.

—¿Qué voy a hacer? —Las palabras fueron un susurro, apenas audible incluso para mí. La vida que había construido meticulosamente, el delicado equilibrio entre estudiante de día y bailarina de noche, se había hecho añicos con un solo artículo. Mi relación con Damien, algo que se había sentido tan personal, tan privado, ahora era forraje para que las masas lo diseccionaran y juzgaran.

—Resolveremos esto —dijo Levi, con determinación en su voz—. Primero, necesitas hablar con Damien.

Asentí, la acción mecánica. Damien. En medio del torbellino de pánico e incredulidad, la idea de enfrentarlo, de desenredar el lío que aparentemente había creado nuestra relación, se sentía como escalar una montaña. Pero él era el único que podía entender posiblemente el torbellino de emociones que luchaban dentro de mí. Miedo, vergüenza, ira, traición, cada una compitiendo por dominar.

Marqué el número de Damien, mis manos temblando ligeramente mientras presionaba el teléfono contra mi oreja. El timbre parecía resonar demasiado fuerte en el silencio del patio del campus, un marcado contraste con la agitación que se arremolinaba dentro de mí. Cuando contestó casi inmediatamente, su voz fue un bálsamo, tranquilizadora pero llena de tensión subyacente.

—Dios, he estado muy preocupado por ti —dijo, con alivio evidente en su tono—. ¿Estás bien?

—Estaba en clase... Ni siquiera sabía lo que estaba pasando hasta hace unos minutos —logré decir antes de que mi voz se quebrara, traicionando las lágrimas que se habían acumulado, sin querer, en mis ojos.

—¿Qué vamos a hacer? —La pregunta se escapó entre sollozos, una expresión cruda del miedo y la incertidumbre que se aferraban a mi corazón.

Guardó silencio por un momento, probablemente sopesando nuestras opciones, antes de hablar de nuevo, su voz firme pero suave.

—Lo primero es lo primero, tómate el día libre. Iré a buscarte.

—No, no puedo —protesté, limpiándome apresuradamente los ojos—. Tengo un examen más tarde. Es muy importante.

Casi pude oír el ceño fruncido en su voz mientras procesaba mi negativa.

—No quiero que estés bajo más estrés hoy, pero sé lo importantes que son tus estudios para ti. De acuerdo, iré a recogerte después de tu examen, y podremos resolver esto juntos.

El resto del día pasó en una nebulosa. Sentada en el aula de examen, traté de concentrarme, de organizar mis pensamientos hacia las preguntas en el papel frente a mí. Pero las imágenes del artículo seguían entrometiéndose, los susurros de mis compañeros de clase, la conmoción y el dolor de la revelación, todo ello nublando mi concentración. Hice lo mejor que pude, pero cuando entregué mi examen, supe que mi desempeño estaba lejos de ser el mejor.

Le envié un mensaje a Damien para que viniera a recogerme, cada minuto se alargaba mientras repasaba nuestra conversación, su promesa de ayudarme a navegar esta tormenta. Cuando finalmente llegó, verlo fue tanto un alivio como un recordatorio de la realidad que ahora enfrentábamos juntos.

Saltó del coche y vino hacia mí. Al principio no dijo nada, solo abrió sus brazos, y caminé hacia ellos, buscando consuelo en su abrazo, con lágrimas en los ojos. Nos quedamos así por un momento, en medio del caos en que se había convertido mi vida, encontrando un remanso de paz en los brazos del otro.

—Tenemos que hablar sobre cómo vamos a manejar esto —dijo cuando nos separamos, su voz firme pero sus ojos reflejando la misma turbación que yo sentía. Me acomodó en el coche y rodeó hasta el lado del conductor.

—Lo sé —respondí, preparándome para la conversación que se avecinaba—. Vámonos... no podemos estar aquí —dije al notar que algunos estudiantes nos miraban.

Asintió, cada uno perdido en sus pensamientos. El viaje a su casa fue silencioso, el aire entre nosotros cargado de preguntas y preocupaciones no expresadas.

Una vez dentro, nos acomodamos en el sofá, el espacio familiar ahora el escenario para una conversación que nunca imaginé que tendríamos. Tomó mis manos entre las suyas, un gesto que me centró, recordándome que estábamos juntos en esto.

—Primero —comenzó—, debemos abordar la violación de privacidad. Ya tengo a mi equipo trabajando en ello, tratando de averiguar quién tomó esas fotos.

Asentí, agradecida por su enfoque proactivo pero temiendo las implicaciones. —¿Y después?

—Luego, averiguaremos cómo lidiar con las repercusiones mediáticas. Estoy acostumbrado a estar en el ojo público, pero sé que este no es tu mundo. Mi padre llamó y me dijo que pospusiera el comité exploratorio para el Senado... En fin, Angela, haremos esto en tus términos, tanto como podamos.

La idea era reconfortante pero también abrumadora. Mi mundo había chocado con el suyo de la manera más pública posible, y ahora teníamos que navegar las consecuencias juntos.

—¿He arruinado tu oportunidad de postularte para el Senado? —pregunté.

—Escucha, Angie, la verdad es que no estaba realmente interesado de todos modos. No es nada. Necesitamos preocuparnos por ti ahora, y por Rick y por quienquiera que esté violando nuestra privacidad. Probablemente uno de mis enemigos.

—Es solo que... ¿Cómo se salieron las cosas tanto de control? —pregunté, sintiendo el peso de la situación sobre mí—. He mantenido mi supuesta profesión en silencio, ya que mucha gente no entiende. Piensan que soy una prostituta o una stripper o algo así.

Se pasó una mano por el pelo. —Cuando estás en el ojo público, la privacidad se convierte en un lujo. Pero te juro que superaremos esto.

El pitido de mi bandeja de entrada cortó el tenso silencio de la sala como un cuchillo afilado, haciendo que ambos nos sobresaltáramos. Con mano vacilante, abrí el nuevo correo electrónico, mi corazón latiendo contra mis costillas como si intentara escapar de las inevitables consecuencias. Era de mi asesor académico, una persona que respetaba y admiraba, lo que hacía que el contenido del correo fuera aún más difícil de digerir.

Mientras leía el mensaje cuidadosamente redactado, las paredes de la habitación parecían cerrarse sobre mí.

El asesor era comprensivo pero claro: aunque mi trabajo a tiempo parcial y el reciente escándalo con Damien no violaban ninguna política escolar, la percepción pública de mí como stripper y, peor aún, como una caza fortunas, podría impactar significativamente en mi futura carrera. Eran palabras que había temido, pero escucharlas expuestas tan crudamente fue un golpe en el estómago para el que no estaba completamente preparada.

Sentía que me asfixiaba, cada palabra un ladrillo en el muro que se estaba construyendo rápidamente alrededor de mis aspiraciones, mis sueños. Aquí estaba yo, tratando de usar los recursos que tenía para construir un futuro mejor, solo para descubrir que esas mismas elecciones podrían ser el hacha que cercenara mis oportunidades de ese futuro. La ironía era amarga, la realización devastadora.

—Necesito hablar con mi familia, aunque sean distantes y no estén involucrados en mi vida. Son ultraconservadores —susurré, las palabras apenas audibles incluso para mis propios oídos. La idea de explicar la situación, de admitir ante las mismas personas que pensaban que yo estaba en un camino directo hacia el éxito en enfermería que había estado trabajando en una profesión que quizás no entenderían ni aceptarían, era mortificante. Pero varios ya habían visto la noticia.

Damien me alcanzó, su contacto reconfortante. —Lo siento mucho, amor —dijo, su voz cargada de ira y frustración, no dirigida a mí, sino a la situación, a la invasión de privacidad que se había salido tanto de control.

—¿Cómo pasó esto? —pregunté, más al universo que a él—. ¿Cómo pudo alguien simplemente destrozar mi vida así?

Se quedó en silencio por un momento, su mandíbula trabajando como si estuviera masticando sus pensamientos. —Vamos a averiguar quién hizo esto —dijo finalmente, su tono resuelto—. Y lo van a pagar.

Pero su promesa de retribución, aunque reconfortante en su intención, hizo poco para calmar el revoltijo de emociones dentro de mí. Ira, miedo, vergüenza, determinación, todos se arremolinaban en una tormenta turbulenta de la que no podía ver la salida.

—Necesito arreglar esto —dije, poniéndome de pie, impulsada por una repentina necesidad de moverme, de hacer algo, cualquier cosa, para recuperar una apariencia de control—. Pero ni siquiera sé por dónde empezar.

—Comenzaremos averiguando quién filtró esas fotos —dijo Damien, poniéndose de pie para unirse a mí—. Y continuaremos desde ahí. Lo que necesites, lo que haga falta, estoy contigo.

Los siguientes pasos eran abrumadores. La posibilidad de dañar mi carrera soñada era demasiado para considerarla ahora mismo. Había conversaciones que tener, explicaciones que dar y heridas que sanar. Mi relación con mi familia, aunque no era cercana pero alguna vez fue sencilla, ahora estaba empantanada en complejidad y potencial juicio. La idea de su decepción, su posible incapacidad para entender, pesaba mucho sobre mí, una carga que no estaba segura de cómo soportar.

Pero la soportaría. Porque debajo del miedo y la vergüenza había un núcleo de acero de determinación. Había trabajado demasiado duro, sacrificado demasiado, para dejar que este escándalo me definiera o descarrilara mis sueños. Con Damien a mi lado, su apoyo inquebrantable una constante en el caos, sabía que había esperanza. Esperanza de comprensión, de perdón y, finalmente, de seguir adelante.

Capítulo catorce

Damien

Ver a Angela navegar por las consecuencias de las fotos filtradas y las historias de prensa era como presenciar a un barco intentando navegar a través de una tormenta sin brújula. La incertidumbre, el miedo y la presión constante parecían agobiarla, pero aún así, perseveraba. Admiraba su fortaleza, aunque me partía el corazón verla luchar.

Había logrado obtener un permiso especial de sus profesores para completar sus cursos de forma remota, una pequeña victoria en medio del caos. Sin embargo, el espectro de la inseguridad financiera se cernía sobre ella, amenazando con hundirla justo cuando comenzaba a encontrar su equilibrio. Ahí es donde intervine, insistiendo en cubrir sus facturas para que no tuviera que volver al club—un lugar que ambos sabíamos que ya no era seguro para ella, no solo físicamente sino también en cuanto a su reputación.

—No puedo permitir que hagas eso —había protestado, su orgullo e independencia encendiéndose incluso frente a la practicidad—. Es demasiado. Puedo encontrar otro trabajo, algo...

Pero yo fui inflexible. —Escucha, amor —le dije, interrumpiéndola suavemente—, fuiste el objetivo de Rick por mi culpa. Fuiste el objetivo de la prensa por mi culpa. Porque estamos juntos. Porque tengo enemigos. No puedo —y no voy a— quedarme de brazos cruzados y ponerte en peligro. No solo físicamente, sino que no dejaré que esta mierda dañe tu futuro, tu carrera. Déjame hacer esto, por favor.

Fue una batalla de voluntades, su deseo de mantenerse por sí misma contra mi necesidad de protegerla, de resguardarla de las consecuencias de mi vida pública—una vida que ella nunca pidió pero en la que ahora estaba enredada. Finalmente, cedió, su acuerdo era un testimonio de la confianza que había depositado en mí, una confianza que estaba decidido a no traicionar.

Mientras me preparaba para ir al trabajo a la mañana siguiente, la encontré acurrucada en el sofá, rodeada de libros de enfermería y notas, su concentración inquebrantable incluso cuando el mundo a su alrededor parecía desmoronarse. Era una escena que me llenaba de una mezcla de orgullo y tristeza—orgullo por su resiliencia y tristeza porque su dedicación estaba ensombrecida por circunstancias fuera de su control.

—Volveré esta noche —le dije, poniéndome la chaqueta—. Tengo una negociación inmobiliaria que hacer hoy - ha estado programada durante meses y la otra parte está volando esta mañana - pero tendré mi teléfono conmigo en todo momento. Si necesitas algo —cualquier cosa— solo envíame un mensaje de texto, ¿de acuerdo?

Ella levantó la mirada, ofreciéndome una pequeña y valiente sonrisa. —Lo haré. Gracias, Damien. Por todo.

Era una declaración simple, pero el peso de ella, el significado detrás, era profundo. Me estaba agradeciendo no solo por el apoyo financiero, sino por la red de seguridad que estaba tratando de

tejer a su alrededor, por la promesa de solidaridad frente a los desafíos que enfrentábamos.

Me detuve en la puerta, mirándola de nuevo, esta mujer increíble que de alguna manera se había convertido en el centro de mi universo en tan poco tiempo. El impulso de quedarme, de saltarme las obligaciones del día y envolverla en mis brazos, era casi abrumador. Pero la realidad esperaba, una realidad que requería que saliera y enfrentara al mundo, que trabajara hacia una solución que nos ayudara a superar esta tormenta.

—Cuídate —dije, mi voz cargada con más emoción de la que pretendía—. Mantente segura aquí. Estaré pensando en ti.

Ella asintió, su atención ya volviendo a sus estudios, su determinación de no dejar que esta situación descarrilara sus sueños clara en su postura, en la forma en que mantenía sus hombros. Era una determinación que yo compartía, un voto silencioso de que haría lo que fuera necesario para protegerla, para asegurar que la vida que imaginábamos juntos no se viera manchada por la fealdad del escrutinio público y la invasión de la privacidad.

Mientras cerraba la puerta detrás de mí, saliendo al aire fresco de la mañana, sentí que una resolución se asentaba sobre mí. El día que tenía por delante sería largo, lleno de reuniones y decisiones, pero mis pensamientos permanecerían con Angela, buscando una forma de avanzar que la protegiera de más daños. El camino no sería fácil, pero con ella a mi lado, estaba listo para enfrentar lo que viniera.

Mi teléfono sonó. Era mi padre. —¿En qué lío te has metido ahora, hijo? —dijo de inmediato.

—Escucha, papá, alguien me está atacando. Lo resolveré. Tal vez sea Jenna. Tal vez uno de mis rivales en la nueva negociación.

—O tal vez, hijo, uno de tus rivales políticos. Quizás se enteraron de que estás considerando postularte para el Senado. Este es el tipo de escándalo, estar con una stripper, que puede hundirte.

—Papá, Angela no es una stripper. Y me importa. Te caerá bien. Y honestamente no creo que postularme al Senado sea para mí. De todos modos, averiguaré sobre esto y me encargaré. Tengo a la gente adecuada. Escucha, te llamaré pronto. Tengo que irme.

Llegué a mi primer destino, antes de ir a la oficina.

Entrar en la oficina mal iluminada del investigador privado que había contratado se sentía como entrar en una película noir, completa con el aroma a café rancio y el zumbido tenue de una vieja luz fluorescente. El investigador, un hombre curtido llamado Chuck McKenzie, con un rostro que había visto demasiado, estaba sentado detrás de un escritorio desordenado, mirándome con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

—Damien —me saludó, su voz áspera como grava—. Siéntate. Cuéntame todo.

Tomé el asiento ofrecido, mi mente acelerada por los eventos de los últimos días. —Es sobre las fotos —comencé, tratando de mantener la frustración fuera de mi voz—. Alguien tomó fotos de

mí y de mi... alguien importante para mí. Eran momentos íntimos, privados. Y ahora están por todas partes.

Chuck asintió, su expresión ilegible. —Vi las noticias. Es un desastre, sin duda. ¿Quién crees que está detrás?

Suspiré, frotándome la cara con una mano. —Ese es el problema, no lo sé, maldita sea. Podría ser un rival por un próximo trato, podría ser algún imbécil paparazzi pensando que había encontrado una mina de oro conmigo. Tal vez una ex novia. Estaba considerando postularme al Senado - tal vez un rival político. Tengo enemigos, pero no quería que ella se viera involucrada.

Se reclinó en su silla, juntando los dedos mientras consideraba mis palabras. —Estás buscando una aguja en un pajar —dijo Chuck, su tono directo—. Con tan poco para empezar, va a ser difícil de resolver.

"¿Pero puedes hacerlo realidad?" insistí, inclinándome hacia adelante. La idea de Angela atrapada en el fuego cruzado de mi complicada vida, sus sueños y aspiraciones en peligro por este escándalo, alimentaba mi desesperación.

Chuck me sostuvo la mirada, sus ojos penetrantes. —Puedo hacerlo realidad. Solo tomará tiempo. Y no será barato.

—Te pagaré el doble de tu tarifa si lo haces rápido —dije sin dudar. El dinero no era un problema cuando se trataba de proteger a Angela, de limpiar su nombre y salvar lo que pudiéramos de este lío.

Asintió, con un atisbo de sonrisa en los labios. —De acuerdo, Damien. Necesitaré todo lo que tengas sobre posibles sospechosos. Rivales, enemigos, cualquiera con motivos para atacarte de esta manera.

Pasé la siguiente hora exponiendo la enredada red de mi vida profesional y personal, exnovias, rivales, nombres e incidentes que podrían haber llevado a este punto. Jack escuchaba, tomando notas con una intensidad que me tranquilizaba. Era un profesional experimentado, y si alguien podía desenredar este lío, era él.

Mientras hablaba, mi teléfono vibraba incesantemente en mi bolsillo, un recordatorio constante del caos continuo fuera de estas paredes. Miré mi teléfono para asegurarme de que no fuera Angela, pero me concentré en la tarea en cuestión, proporcionando a Chuck toda la información que pude.

Cuando terminamos, Chuck se puso de pie, extendiendo una mano. —Me pondré a trabajar en esto de inmediato. Necesitaré acceso a tu metraje de seguridad, registros telefónicos, cualquier cosa que pueda darnos una pista.

—Hecho —acepté, estrechando su mano con firmeza—. Cualquier cosa que necesites, solo pídela. ¿Y Chuck? —hice una pausa, mi determinación fortaleciéndose—. Hazlo rápido.

Al salir de la oficina del investigador privado, sentí que se levantaba un peso ligeramente. No

había terminado, ni mucho menos, pero al menos ahora estábamos tomando medidas, luchando contra el enemigo desconocido que buscaba derribarnos.

La ciudad se extendía ante mí mientras caminaba de vuelta a mi auto, dirigiéndome a la oficina para la negociación inmobiliaria. Consideré a los jugadores que estarían allí. ¿Alguno de ellos habría orquestado este lío para socavarme, hacerme sentir más débil antes de una negociación? Sentí la agitación en mi vida personal.

El grupo había parecido ser sólido, pero no podía evitar preguntarme sobre la persona detrás de las fotos, sobre sus motivos. Los evaluaría durante esta negociación, sin duda.

Pensé en la reciente visita de Jenna. ¿Estaba celosa y enojada conmigo, siendo rencorosa?

Tal vez papá tenía razón. Tal vez alguien no quería que me metiera en la política.

¿Era todo esto puramente financiero, eran celos o había algo más siniestro en juego? Llegaría al fondo de esto.

Mi mente nunca se alejaba mucho de Angela. Ella estaba haciendo su parte, enfrentando valientemente las consecuencias, y yo estaba haciendo la mía, rastreando al bastardo responsable.

Al llegar a la oficina, me encontré con lo último que necesitaba: reporteros revoloteando como buitres, ansiosos por despedazar nuestras vidas para sus titulares. Sus preguntas a gritos perforaban el aire, una en particular llamando mi atención: —¿Es cierto que realmente estás saliendo con una stripper, Damien? ¿Cómo te manipuló para ser su sugar daddy? ¿Y esto detendrá tu posible candidatura al Senado? ¿Qué hay de tu nuevo desarrollo hospitalario? ¿Cuestionarán el juicio de un hombre que sale con una stripper?

La ira ardió rápida y fuerte dentro de mí, pero la enmascaré con una sonrisa fría. —¿Por qué no discutimos esto adentro? —sugerí, mirando fijamente al reportero que había lanzado la acusación. Su sonrisa arrogante me dijo que pensaba que había conseguido una victoria, una exclusiva. Poco sabía que acababa de entrar en la guarida del león.

Una vez que estuvimos en la privacidad de mi oficina, me volví hacia él, dejando caer la máscara de amabilidad. —Escucha bien —dije, con voz baja y peligrosa—, si alguna vez te oigo a ti o a alguien más decir otra palabra negativa sobre Angela, me aseguraré personalmente de que tu carrera termine. ¿Me entiendes?

Se burló, con una bravuconería que no llegaba del todo a sus ojos. —¿Crees que te tengo miedo? Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Eso no era periodismo allá afuera; era difamación. Y no lo toleraré. —Me acerqué más, dejando que se notara todo el peso de mi determinación—. Vas a retractar lo que dijiste, y vas a dejar a Angela fuera de tus historias, o descubrirás lo en serio que hablo. Y ella no es una stripper.

Intentó sostener mi mirada, pero algo en mi expresión debió haberlo convencido de que no estaba fanfarroneando, porque su bravuconería flaqueó. —No puedes intimidarme. Tengo

derechos...

—¿Derechos? —lo interrumpí, con mi desdén evidente—. Acabas de intentar chantajearme con tus insinuaciones y amenazas. ¡Seguridad! —llamé en voz alta, presionando el botón en mi escritorio para convocarlos.

La puerta se abrió de golpe, y dos miembros de mi equipo de seguridad entraron, con expresiones sombrías.

—Este hombre —dije, señalando al reportero—, entró en mi oficina intentando chantajearme. Por favor, llamen a la policía y háganlo arrestar.

El rostro del reportero palideció, su confianza anterior evaporándose al darse cuenta de la seriedad de su situación. —No puedes hacer esto. ¡Te demandaré! —fanfarroneó, pero la amenaza cayó en saco roto ante las expresiones impasibles del equipo de seguridad.

—Llévenselo. Presentaré todos los cargos —instruí, sin apartar la mirada del reportero mientras era escoltado fuera de mi oficina, protestando ruidosamente.

Una vez que la puerta se cerró tras ellos, me permití un momento para respirar, para dejar caer la máscara de control. Necesitaba calmarme para la negociación, programada para comenzar en 15 minutos. Estoy seguro de que notaron a los paparazzi rondando, tal vez escucharon el alboroto.

No era así como quería pasar mi día, lidiando con carroñeros que buscaban derribar lo que Angela y yo estábamos tratando de construir. Pero si esto era lo que se necesitaba para protegerla, para resguardarla de las consecuencias de mi vida pública, que así sea.

Winston me guio a la sala de conferencias, todos los documentos en carpetas ordenadas frente a las partes. Y comencé la reunión.

Me di cuenta de que nadie en el grupo había estado involucrado. Eran personas directas, que querían hacer un trato y no hicieron referencia a los informes de prensa o paparazzi, sin negociaciones solapadas aprovechándose de la debilidad. Jay Laramie, jefe de su equipo, preguntó si quería posponer la reunión. Insinuó que él había sido blanco de paparazzi en Denver y sabía cómo me sentía. Aprecié el gesto, pero procedimos a elaborar un acuerdo que funcionara para ambas partes, uno que sería un éxito.

Al menos una parte fue eliminada de la lista, pensé, volviendo mis pensamientos hacia Angela.

Me hundí en mi silla, frotándome la cara con una mano. Las líneas de batalla estaban trazadas, y esto era solo el comienzo. Quien filtró esas fotos e historia había desencadenado una reacción en cadena, una que amenazaba con engullirnos a ambos. Pero estaba decidido a contraatacar, a descubrir la fuente de la filtración y poner fin al circo mediático que nos rodeaba.

Angela merecía algo mejor. Merecía la oportunidad de perseguir sus sueños sin ser arrastrada por el barro por ello. Y me aseguraría de que tuviera esa oportunidad, sin importar lo que costara.

Capítulo quince

Angela

Los libros de texto desperdigados por la mesa de centro parecían burlarse de mí con su presencia, un recordatorio tangible de la normalidad a la que estaba desesperadamente tratando de aferrarme en medio del caos. Llevaba casi dos semanas encerrada en el apartamento de Damien y empezaba a sentirme un poco loca por el encierro.

Tomando un descanso muy necesario, abrí mi portátil y me conecté a una videollamada con Levi y Grace, mis salvavidas en una tormenta que aún no amainaba.

Sus rostros aparecieron en la pantalla, un bálsamo para el aislamiento que había sentido desde que estalló el escándalo. El lugar de Levi estaba desordenado como siempre, en marcado contraste con el espacio meticulosamente organizado de Grace.

—Eh, chica, ¿cómo te va en la guarida del multimillonario? —bromeó Levi, su intento de aligerar el ambiente era tanto bienvenido como desconcertante.

Pero no pude evitar reírme, consciente de lo absurdo de la situación.

—Es... mucho —admití, echando un vistazo al amplio ático que estaba a años luz de mi modesto apartamento de estudiante—. Pero honestamente, solo estoy tratando de mantenerme al día con la universidad por ahora.

La expresión de Grace se suavizó con preocupación.

—Estamos realmente preocupados por ti, Angela. Pero también, ¿podemos decir lo increíblemente impresionante que se ve ese lugar?

La cámara giró brevemente para mostrar un vistazo de la lujosa sala de estar detrás de mí, provocando jadeos de asombro de mis amigos.

—Sí, es algo especial —dije, el lujo de mi entorno era un claro recordatorio del abismo entre el mundo de Damien y el mío, una brecha que ambos estábamos desesperadamente tratando de cerrar.

Justo entonces, escuché la puerta principal abrirse y cerrarse, el sonido resonando débilmente por el ático.

—Tengo que irme, Damien está en casa —dije, levantándome ya de mi lugar en el sofá.

La sonrisa de Levi se volvió traviesa.

—Ooh, ¿vamos a tener una reunión apasionada?

—Cállate, Levi —me reí, poniendo los ojos en blanco incluso mientras una calidez se extendía por mi cuerpo ante la idea de ver a Damien después de un largo día separados. Grace se unió a nuestras risas, su risa era un recordatorio de la normalidad que anhelaba.

—Hablamos luego, ¿de acuerdo? Mantenenos informados —dijo Grace, su tono volviéndose

serio de nuevo.

—Lo haré —prometí, cerrando la llamada mientras me dirigía hacia la sala de estar, la anticipación acelerando mis pasos.

Pero cuando entré en la habitación, esperando encontrar a Damien esperando, estaba vacía. Ninguna señal de él en ninguna parte, solo la luz menguante del día proyectando largas sombras a través del suelo.

—¿Damien? ¿Estás en casa? —llamé.

Nada.

La confusión arrugó mi frente mientras miraba alrededor, mi mirada se posó en una caja sentada en medio del comedor. Era simple, discreta y completamente fuera de lugar.

Con la curiosidad picada, me acerqué lentamente, una mezcla de emoción y aprensión arremolinándose dentro de mí. La caja estaba elegantemente envuelta, sin indicación de su remitente o contenido. Mi corazón latía un poco más rápido, el silencio del ático amplificaba el suave sonido de mis pasos en el suelo de madera.

Tal vez el portero subió el paquete y no quiso molestarme. Pero eso no parecía algo que él haría. Llamaría primero.

Mientras desataba lentamente la cinta negra, una sensación de presagio se apoderó de mí, un dedo helado trazando mi columna vertebral.

La tapa de la caja se desprendió con un suave susurro, revelando la docena de rosas blancas manchadas con rayas de pintura roja, pareciendo sangre. Era una visión macabra, una que se sintió como un puñetazo en el estómago. Mi respiración se entrecortó, mi corazón latía con un ritmo frenético mientras desdoblaba la nota anidada entre las flores retorcidas. Parecían estar cubiertas de sangre.

«Te dije que serías mía, no importa en qué casa te estés escondiendo. Mis fotos se asegurarán de ello. No puedes esconderte, Ángel. Te tendré pronto. Serás mía, en cuerpo y alma».

Un grito desgarró mi garganta, crudo y lleno de miedo. Aparté la caja de una patada como si fuera una serpiente venenosa. Las flores se esparcieron por el suelo, sembrando el caos en la habitación. Dios mío, ¿sigue en el ático?

—¿Qué pasa? —Damien entró corriendo al oír mi grito, llegando del trabajo, sus ojos abiertos de preocupación. Se quedó helado al ver las rosas esparcidas y la caja en el suelo. Leyó la nota, la ira llenando su rostro.

—Estuvo aquí, Rick estuvo aquí —sollocé, las palabras saliendo en un torrente de miedo e incredulidad. ¿Cómo me había encontrado Rick, en el santuario de Damien? ¿Y cómo había entrado? El pensamiento me heló hasta los huesos.

Me sentí completamente insegura y comencé a temblar.

Damien me tomó en sus brazos, sosteniéndome con firmeza.

Su expresión se endureció, las líneas de su rostro se grabaron en una máscara de ira y arrepentimiento.

—Lo siento —dijo, con voz ronca—. Hice que el investigador privado buscara en todos los lugares equivocados. Pensé... pensé que esto era algo relacionado con los negocios o algo personal contra mí. Pero ahora está claro, Rick es quien está haciendo todo esto. Está intentando crear una brecha entre nosotros y generar escándalos para su beneficio.

Sin decir una palabra más, sacó su teléfono y marcó al investigador privado, con movimientos rápidos y decisivos. —Chuck, hay un cliente o miembro en el Club Sapphire llamado Rick—al menos, así se hizo llamar allí. Él es el responsable de todo esto. Quiero un nombre, una dirección, todo. Vamos a ir a la policía con esta información. —Damien le explicó lo que Rick acababa de hacer, envió una foto de las flores, la nota arrugada que Angela había guardado, y colgó. Chuck estaba en ello.

Luego llamó al portero y le explicó lo sucedido, insistiendo en más seguridad y una investigación. Todas las cámaras de seguridad serían examinadas y averiguarían cómo Rick entró en el apartamento. Se informaría a la policía. Las cerraduras se cambiarían por la mañana.

Al colgar, se volvió hacia mí, su mirada se suavizó al ver mi estado. Me rodeó con sus brazos, una presencia sólida en medio del caos. —No estamos seguros aquí, ni en ningún lado —susurré contra su pecho, mientras la realidad de nuestra situación caía sobre mí.

—Eso no es cierto —me aseguró, alejándose para mirarme a los ojos—. Haz una maleta. Nos vamos, amor.

—¿Adónde? —La pregunta se me escapó, una mezcla de miedo y curiosidad. ¿Adónde podríamos ir para escapar de esta pesadilla?

Negó con la cabeza, con una línea sombría en su boca. —No lo diré, por si acaso alguien está escuchando. Pero confía en mí, es seguro.

En ese momento, enfrentada a la incertidumbre de nuestro futuro y la amenaza muy real contra nosotros, tomé una decisión. Confiar en Damien ya no era solo una opción—era mi único ancla en la tormenta.

Hice la maleta rápidamente, metiendo lo esencial en una bolsa con manos temblorosas. Cada prenda de ropa, cada objeto personal, se sentía como un salvavidas, anclándome mientras nos preparábamos para adentrarnos en lo desconocido.

Damien me observaba mientras hacía la maleta, un guardián silencioso contra el miedo que amenazaba con abrumarme. Su promesa de seguridad, de un lugar donde podríamos escondernos de la locura que había envuelto nuestras vidas, era lo único que me impedía desmoronarme.

Al salir del ático, la ciudad que se extendía debajo de nosotros parecía un mundo diferente, uno que estábamos dejando atrás. El viaje fue silencioso, el zumbido del motor era un telón de fondo constante para mis pensamientos acelerados. ¿Adónde íbamos? ¿Realmente podríamos escapar de la obsesión de Rick?

El trayecto al aeropuerto había sido un borrón de calles silenciosas y temores susurrados, un marcado contraste con el caos en el que se había convertido mi vida. Damien nos condujo hacia su jet privado.

Al subir al jet, sentí que una pequeña burbuja de seguridad me envolvía, un respiro de las miradas indiscretas y las lenguas murmuradoras que parecían seguirnos a cada paso.

Nos acomodamos juntos en el gran sofá de cuero, el suave zumbido de los motores del avión era un fondo reconfortante para la tormenta que había estado rugiendo dentro de mí. Sus brazos a mi alrededor se sentían como una fortaleza, protegiéndome del mundo exterior, del implacable escrutinio y juicio.

—¿Ya puedes decirme adónde vamos? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro, temerosa de romper la frágil paz que se había instalado entre nosotros.

—Sí —respondió, su voz transmitía una calidez que me hizo acercarme más—. Es una cabaña privada en las Montañas Humeantes. Muy aislada, muy tranquila, con un precioso río que corre detrás. Estaremos lejos de todo esto, de Rick. Es un oasis de calma. Uno de mis pequeños lugares para relajarme. Ya he llamado al cuidador para asegurarme de que esté listo para nosotros.

Hizo una pausa y luego dijo: —Daremos tiempo a las autoridades para que encuentren a Rick y se ocupen de este lío. Será el retiro perfecto del caos. Te encantará allí.

La imagen que pintó sonaba como algo salido de un sueño, una necesaria partida de la jungla de concreto donde nuestras vidas se habían entrelazado y enredado. —Suena... como lo que necesitamos —dije, una sonrisa genuina tratando de abrirse paso a través de la preocupación y el cansancio que se habían convertido en mis compañeros constantes.

Mientras el avión ascendía, dejando el suelo—y nuestros problemas—muy atrás, sentí que la tensión comenzaba a abandonar mi cuerpo. El miedo que había atenazado mi corazón durante semanas, la constante mirada por encima del hombro, esperando que cayera la otra zapatilla, finalmente comenzó a desvanecerse, poco a poco. La seguridad, un concepto que había parecido tan ajeno e inalcanzable, me envolvió en sus brazos.

Mis párpados se volvieron pesados, el agotamiento de las últimas semanas me alcanzó de golpe. El sonido de su corazón, firme y fuerte bajo mi oído, me arrulló en una sensación de seguridad que no había sentido en mucho tiempo. Me quedé dormida, envuelta en calor y la promesa de un respiro de la tormenta.

Cuando desperté, el mundo fuera de la ventana no era más que nubes y cielo, un mar de tranquilidad muy por encima del tumulto de la tierra abajo. Me sentía mucho más calmada, mucho mejor. Estábamos escapando del peligro en Louisville.

Él me sonreía, con una mirada de afecto y algo más, algo más profundo, en sus ojos.

La sonrisa que me dio era traviesa, una chispa de ligereza en la gravedad de nuestra situación. —Bienvenida de vuelta —dijo, con voz suave pero cargada de una corriente subyacente de algo nuevo, algo inexplorado entre nosotros.

—¿Qué? —pregunté, incapaz de resistir devolverle la sonrisa.

—Me preguntaba... si alguna vez te has unido al club de las alturas.

Se me cortó la respiración. No lo había hecho, pero la idea de hacerlo en un jet privado con mi novio multimillonario era increíble.

—Eh, no. No lo he hecho.

—¿Te gustaría? —preguntó, acariciando suavemente mi muslo, enviando pulsos de deseo a través de mí.

—Tal vez —sonreí tímidamente, con el rubor subiendo por mis mejillas. Me sentía segura, lejos de Louisville y Rick, con mi protector Damien. Creo que aliviar la tensión con este apuesto protector podría ser la medicina adecuada en este momento.

De hecho, sabía que lo sería.

Todo mi cuerpo palpitaba de emoción, anhelando más que nada explorar este lado de Damien con él. Sentirme cerca de él, protegida, excitada. Segura. Excitada.

Una oleada vertiginosa de energía me recorrió, inundándome de posibilidades. —Quiero decir... después de la sala VIP en el club, esto es bastante suave.

—Eso es lo que tú crees... —dijo, abalanzándose sobre mí y sujetándome contra el sofá, con sus manos por todas partes, llevándome inmediatamente a nuevas alturas, y nunca mejor dicho.

Su beso me dejó sin aliento, incapaz de formar palabras. Incapaz de pensar. Incapaz de hacer otra cosa que sentir, profunda e intensamente, mientras reclamaba mi boca, abriéndome a sus labios hambrientos. Exploró cada centímetro de mí, acariciándome y desnudándome.

—¿Qué pasa con la tripulación? —pregunté cuando sus labios se dirigieron a mi cuello.

—La puerta de esta habitación está cerrada —me aseguró mientras se movía al borde del sofá para quitarme las mallas, dejándome solo con mi sudadera y mis bragas—. Tienen sus instrucciones. Joder, eres hermosa.

Sus dedos trazaron su camino a lo largo de las líneas de mis pechos, su toque ligero como una pluma y mágico. Mis pezones se endurecieron al instante, suplicando su atención. Con un gemido eléctrico, cubrió uno con sus labios, mordisqueando ligeramente antes de tirar con fuerza, haciéndome gritar.

Se movió al otro pecho, chupando con más fuerza, haciéndome estremecer. Las sensaciones que

me recorrían eran intensas, rozando el dolor. Era la sensación más increíble, deseando tanto ser tocada pero estando completamente consumida por la lujuria y la necesidad.

Pasó su mano por mi estómago, apartando la cintura de mis bragas, haciendo que mis caderas se sacudieran hacia arriba mientras la tela se deslizaba por mis piernas. Jadeé cuando las apartó, revelándole mi hendidura.

Sus manos juguetearon con mi clítoris mientras besaba su camino por mi torso, besando mi clavícula, mi cuello, mis orejas, provocando la nuca hasta que gemí, desesperada por que me tomara. Cuando se detuvo, mis manos se aferraron al sofá, tratando de evitar que mi cabeza diera vueltas. Lo último que quería era que se detuviera. Nunca.

—¿Estás lista para mí? —preguntó, con un tono bajo y ronco, mientras se ponía de pie y me levantaba. Sus ojos se clavaron en los míos, transmitiendo su propia desesperación. Asentí con la cabeza ansiosamente, soltando el sofá.

Sin más vacilación, me levantó y me llevó hasta la pared.

—Saca mi polla —dijo.

No perdí ni un segundo antes de alcanzar entre nosotros y forcejear con el botón y la cremallera de sus pantalones para liberar su duro miembro. Dios, la suave punta y la cálida carne me hicieron gemir incluso antes de que entrara en mí.

—Fóllame, Damien —supliqué—. Por favor.

—Como si alguna vez pudiera decir que no a eso —gruñó mientras se movía, deslizándose fácilmente dentro de mí, empapada.

Lentamente, casi con reverencia, comenzó a moverse, bombeando dentro y fuera de mí lentamente, tortuosamente, mientras mantenía mi mirada con la suya, enviando escalofríos de calor por todo mi cuerpo.

El calor de nuestros cuerpos contrastaba con el frío de la pared contra la que me tenía apretada mientras embestía dentro de mí. Se sentía increíble, volviéndome loca, aumentando mi deseo hasta que fue casi insoportable.

Arañé sus hombros, mis uñas clavándose en su piel mientras me esforzaba por sostenerme, tratando de deshacerme.

La intensidad del momento me alcanzó y explotó, destrozándome en una ola de placer. Mi cuerpo convulsionó, la liberación demasiado intensa, demasiado poderosa, abrumándome.

—¿Tan bueno, nena? —preguntó en mi oído, aún bombeando dentro de mí—. ¿Quieres correrte otra vez para mí? Tenemos tiempo.

Gemí, asintiendo, aferrándome a él mientras se giraba y me colocaba en el sofá, justo al lado de la ventana.

—Date la vuelta. Mira por la ventana y agárrate al respaldo del sofá.

Hice lo que me indicó, y casi inmediatamente sentí que me penetraba de nuevo, mi excitación haciendo que sus movimientos fueran rápidos y fáciles, incluso con lo grande que era. Comenzó a bombear dentro de mí, el ángulo se sentía tan bien. Su dura longitud presionaba mi punto G y mi cérvix una y otra vez, llevándome de nuevo a otro orgasmo, y luego a otro.

—¡Damien! —grité, mi voz débil por la cantidad y la intensidad de mis clímax.

Se retiró por un momento mientras yo jadeaba en éxtasis.

—Voy a correrme —gimió—. Oh, Dios. —Podía oír la tensión en su voz.

Se deslizó hacia adelante, metiendo su dura polla en mí una vez más, llenándome con cada centímetro de su grueso eje. La sensación era alucinante y me tomó por sorpresa, haciendo que mis músculos internos se apretaran y tiraran de su polla.

—Joder... me estoy corriendo...

Pulsó, una y otra vez, profundamente dentro de mí, prolongando su orgasmo, exprimiéndolo hasta que yo temblaba incontrolablemente. Las sensaciones me atravesaron, consumiéndome, arrastrándome mientras me corría una última vez en un violento estallido de placer.

Finalmente, cuando los últimos temblores se habían calmado, se retiró y me di la vuelta para que pudiera desplomarse sobre mí, jadeando, exhausto. Apoyé mi mejilla contra su pecho, saboreando la fuerza y el calor de su cuerpo junto al mío. Respiré su aroma, sonriendo.

—Eso fue intenso —susurré.

Ambos suspiramos.

—Bueno —dijo, sin aliento—. Creo que haremos buen uso de ese jacuzzi cuando lleguemos allí.

Capítulo dieciséis

Damien

Llegar a la cabaña se sintió realmente como entrar en un mundo diferente. El aire era fresco, lleno del aroma de los pinos y el olor a tierra del bosque. Al bajarnos del coche, el panorama que se desplegaba ante nosotros me dejó sin aliento: árboles imponentes, el paisaje ondulante de las Montañas Humeantes y el suave murmullo del río que corría detrás de la cabaña.

Era sereno, intacto, un telón de fondo perfecto para una escapada, un contraste perfecto con el caos que habíamos dejado atrás. También era romántico.

Una llamada al cuidador local antes de salir de Louisville me aseguró que había leña para el fuego, el jacuzzi estaba encendido, las bebidas enfriadas y la comida abastecida.

La cabaña en sí era una obra maestra del encanto rústico fusionado con el lujo moderno. Construida con troncos, se alzaba dos pisos, con grandes ventanales que ofrecían una vista sin obstáculos de la naturaleza circundante. Una amplia terraza rodeaba la cabaña, conduciendo a un sendero de piedra que serpenteaba hasta la orilla del río.

—Quería traerte a un lugar hermoso, un lugar tranquilo, lejos de la locura —dije, observando su reacción mientras contemplaba el paisaje—. Y es un buen escondite de Rick y los paparazzi. —Sus ojos se iluminaron, reflejando las impresionantes vistas, y supe que había tomado la decisión correcta—. Este es uno de mis refugios. No he venido con suficiente frecuencia.

El interior de la cabaña era igual de impresionante, con una gran área de estar de planta abierta dominada por una chimenea de piedra, sofás mullidos frente al hogar y una cocina que presumía de electrodomésticos modernos ocultos detrás de fachadas rústicas. La decoración era una mezcla de madera natural y piedra, acentuada con textiles acogedores y toques artesanales que hacían que el espacio se sintiera acogedor.

En el piso de arriba, la suite principal era un refugio de comodidad, con una cama king-size frente a una ventana del suelo al techo que daba a las montañas. El baño en suite contaba con una gran bañera y una ducha separada, todo diseñado para integrarse perfectamente con la estética de la cabaña.

Después de mostrarle los alrededores, notando cómo su tensión parecía disminuir con cada paso por la cabaña, tuve una idea.

—Angie, ¿quieres entrar en el jacuzzi para relajarte? —pregunté, ya imaginando el estrés derritiéndose de sus hombros bajo los chorros relajantes de agua caliente.

Su rostro se iluminó con una sonrisa genuina, la primera que había visto en lo que parecía una eternidad.

—Sí, suena perfecto.

Se desnudó y se puso una bata gruesa que tenía esperándola mientras yo descubría el jacuzzi,

ubicado en la terraza trasera con vista al río y las montañas más allá. La privacidad de nuestro entorno, la belleza natural... todo se sentía como un bálsamo para el alma. Agarré una botella de champán frío y dos copas, colocándolas junto al jacuzzi antes de unirme a ella.

—Esta es tu oportunidad para relajarte de verdad —dije, descorchando el champán con un satisfactorio siseo. Las burbujas bailaban en las copas mientras servía, el líquido dorado captando los últimos rayos del sol poniente.

Nos acomodamos en el jacuzzi, el agua caliente relajante y envolviéndonos. Podía ver a Angela relajarse en el agua burbujeante. El ambiente sereno, lejos de la fealdad y el peligro de Rick y la prensa era lo que ella necesitaba ahora. Además, el lujo de no tener que estar en ningún lado, nada que hacer más que relajarse y disfrutar de la compañía del otro era un beneficio adicional.

—Por nosotros —brindé, levantando mi copa hacia la suya—. Por encontrar paz en medio de la tormenta.

Ella chocó su copa contra la mía, una sonrisa jugando en sus labios.

—Por nosotros —repitió, sus ojos encontrándose con los míos con un calor que me llenó de esperanza.

Esa noche, nos abrazamos mientras dormíamos, ambos agotados por los contratiempos y la fealdad, encontrando refugio el uno en el otro. Nunca me había sentido tan protector y tan a gusto con alguien antes. Ambos dormimos como bebés en nuestro escondite, acurrucados en las montañas.

***

La mañana siguiente nos recibió con un frío crujiente en el aire, un recordatorio de la naturaleza salvaje que nos rodeaba en nuestro refugio aislado. Había planeado un día en las montañas, una caminata a través de los densos bosques y a lo largo del río que prometía una mezcla de aventura y tranquilidad, una oportunidad para que dejáramos atrás la fealdad de la última semana y nos sumergiéramos en la belleza natural de las Montañas Humeantes.

Después del desayuno, sugerí la caminata, viendo su rostro iluminarse de emoción.

—Suena genial —dijo, su entusiasmo contagioso—. Solía hacer caminatas con mi mamá y mi papá cuando era joven. Buenos recuerdos. No hay nada como estar en la naturaleza —murmuró, viendo visiones del pasado.

Nos vestimos rápidamente, poniéndonos ropa cómoda para caminar y botas resistentes, preparados para el terreno que nos esperaba. Mi cuidador se había anticipado y tenía una variedad de tallas, equipos y ropa siempre disponible.

El sendero comenzaba a poca distancia de la cabaña, serpenteando entre árboles imponentes y caminos cubiertos de maleza que parecían intactos por el tiempo. Angela parecía cobrar vida en el exterior, respirando la naturaleza y mostrándose relajada.

Mientras caminábamos, el bosque nos envolvía, un dosel verde que filtraba la luz del sol en un patrón moteado sobre el suelo del bosque. El aire era fresco, lleno del aroma de los pinos y la fragancia terrosa del suelo húmedo. Había paz aquí, el tipo de silencio que habla al alma.

—¿Cómo te sientes con todo esto? —pregunté, rompiendo el silencio entre nosotros. El "todo esto" quedó suspendido en el aire, una referencia a los tumultuosos eventos que nos habían traído a este retiro aislado.

Ella respiró hondo, mirando alrededor el sereno paisaje. —Estar aquí, contigo, es un mundo diferente para mí. Es... mucho que procesar, pero ahora mismo, solo estoy agradecida por este momento de paz. Y por tu protección.

Asentí, comprendiendo la complejidad de sus emociones. Era mucho para ambos, un alejamiento de nuestras vidas cotidianas, pero aquí, en la simplicidad de la naturaleza, sentíamos que podíamos respirar de nuevo.

Continuamos nuestra caminata, el terreno volviéndose más accidentado a medida que nos acercábamos al río. El sonido del agua corriendo se hacía más fuerte, un rumor constante que prometía una recompensa escénica por nuestros esfuerzos. Y entonces, de repente, los árboles se abrieron, revelando una vista impresionante del río, sus aguas centelleando bajo el sol, serpenteando por el valle.

—Vaya —susurró ella, con los ojos abiertos de asombro.

—Sí, "vaya" lo resume bastante bien —coincidí, igualmente cautivado por la vista, como cada vez que la veía.

Extendí la manta que había llevado en mi mochila, junto con el picnic que había preparado antes. Nos sentamos a la orilla del río, el sonido del agua como un telón de fondo perfecto mientras disfrutábamos de nuestra comida —sándwiches sencillos, fruta fresca y agua fría para saciar nuestra sed.

Mientras comíamos, hablamos de todo y nada —nuestras esperanzas, nuestros miedos y el futuro incierto que nos esperaba. Era una conversación sin pretensiones, un intercambio genuino entre dos personas que, a pesar de las circunstancias, habían encontrado un atisbo de consuelo en la compañía del otro.

—Gracias por esto —dijo ella, su mirada encontrándose con la mía—. Por todo lo que has hecho para hacerme sentir segura, para darme este momento de paz.

—Es lo menos que podía hacer —respondí, con el corazón lleno—. Solo quiero que seas feliz, que tengas un respiro de todo el estrés. Y aprovecho cada minuto que puedo pasar contigo —dije con una sonrisa.

Su mirada hacia mí era invaluable.

Nos quedamos junto al río durante horas, hablando, riendo y simplemente disfrutando de la belleza de nuestro entorno. Dos ciervos se acercaron, nos notaron y se alejaron tranquilamente

mientras los observábamos en silencio, maravillados. Fue un día de placeres sencillos, pero también un día de conexión, de fortalecimiento del vínculo que se había formado entre nosotros bajo las circunstancias más improbables.

Cuando la posición del sol en el cielo indicó que la tarde declinaba, recogimos todo y emprendimos el camino de regreso a la cabaña. La caminata de vuelta fue tranquila, ambos perdidos en nuestros pensamientos, reflexionando sobre el día y el inesperado viaje que nos había traído hasta aquí.

Para cuando llegamos a la cabaña, los últimos rayos de luz del día se estaban desvaneciendo, pintando el cielo en tonos de naranja y púrpura. Podía sentir el frío del aire del atardecer mordiendo mi piel, un recordatorio del cambio de estaciones. El calor de la cabaña nos dio la bienvenida, un faro de comodidad y seguridad en la creciente oscuridad.

Me puse a encender la chimenea, el crepitar de las llamas pronto llenó la habitación de calor y luz. Angela se envolvió en una de las gruesas mantas del sofá, observándome con una expresión que no pude descifrar del todo. Había una calma en ella, una sensación de paz que había estado ausente desde que comenzó el caos.

—Hoy fue... bueno, fue realmente agradable —dijo finalmente, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros. Su voz era suave, casi vacilante, como si aún estuviera procesando los eventos del día.

Me uní a ella en el sofá, tomando la manta y envolviéndonos a ambos. —Lo fue —respondí, encontrando su mirada—. Quería mostrarte que todavía hay belleza en el mundo, incluso cuando parece lo contrario.

Se recostó sobre mí, apoyando su cabeza en mi hombro. —Lo hiciste. Y yo... necesitaba ese recordatorio.

Nos quedamos en silencio por un momento, el único sonido era el crepitar del fuego y el leve susurro de los árboles afuera. Era un silencio cómodo, de esos que hablan de experiencias compartidas y entendimientos tácitos.

—He estado pensando —comenzó, con voz apenas más alta que un susurro—. Sobre todo lo que ha pasado, sobre nosotros. Y me di cuenta de que no importa cuán loca se pongan las cosas, no quiero enfrentarlas sin ti.

Sus simples palabras enviaron una oleada de calidez a través de mí, más intensa que el fuego frente a nosotros. —Siento lo mismo —admití, volviéndome para mirarla—. Sé que no puedo hacer que toda la locura desaparezca, pero te prometo que haré todo lo que pueda para mejorar las cosas.

Ella me miró, con una sonrisa rozando sus labios. —Lo sé. Y eso es todo lo que puedo pedir.

El fuego proyectaba sombras por toda la habitación, y me di cuenta de que estos momentos de paz y tranquilidad eran por lo que había estado luchando todo el tiempo. No solo la batalla contra los medios o las amenazas del mundo exterior, sino la lucha por construir una vida con ella, una

vida llena de amor y risas.

Y mientras estábamos allí sentados, perdidos en el abrazo del otro, el mundo exterior parecía desvanecerse. Éramos solo nosotros, el fuego crepitante y la promesa de un futuro juntos. En ese momento, supe que sin importar los desafíos que nos esperaran, los enfrentaríamos como uno solo, nuestro vínculo inquebrantable, nuestra determinación inflexible. Este era solo el comienzo de nuestra historia, una historia que escribiríamos juntos, contra todo pronóstico.

Capítulo diecisiete

Angela

El sol se elevaba alto sobre las Montañas Humeantes, sus rayos se filtraban a través del denso dosel de pinos, proyectando un resplandor dorado sobre la cabaña. El día se extendía ante nosotros, lleno de promesas y tranquilidad. Decidimos quedarnos cerca de la cabaña, empapándonos de la serenidad de nuestro entorno, con el murmullo lejano del río como un telón de fondo constante y reconfortante.

El jacuzzi se convirtió en nuestro santuario por la mañana, mientras tomábamos nuestro café. El agua caliente y relajante nos envolvía mientras nos sentábamos uno al lado del otro, con el vapor elevándose en el aire fresco. Hablamos de todo y de nada, las palabras fluyendo tan fácilmente como el río cercano. El estrés y el miedo que habían sido nuestros compañeros constantes parecían disolverse en el agua, llevados por el vapor y la suave brisa.

Después, dábamos paseos tranquilos junto al río, con el suelo blando bajo nuestros pies y el olor de los pinos y el musgo penetrante y vigorizante. Me encantaban estos momentos, simples y sin pretensiones, y atesoraba nuestro tiempo juntos. Disfrutar de la naturaleza, compartir nuestros pensamientos y sueños, bromeando entre nosotros, besándonos: la conexión tranquila, la risa compartida, la paz que parecía asentarse sobre nosotros como una manta.

Mientras nos sentábamos junto al río hoy, con el agua corriendo en un coro de sonidos, el teléfono de Damien rompió la tranquilidad con su timbre insistente. Frunció ligeramente el ceño, sacándolo de su bolsillo, y sentí un destello de aprensión. El mundo que habíamos dejado temporalmente atrás nos llamaba, pero yo no estaba lista para enfrentarlo, aún no.

Contestó, con voz baja, y mientras escuchaba, su expresión cambió, de preocupación a algo que no pude identificar del todo: esperanza, tal vez, o alivio. Cuando colgó, se volvió hacia mí, con una sonrisa amplia y genuina.

—Era el investigador privado —dijo, con los ojos brillando de emoción—. Cree que ha encontrado a Rick. Van a enviar a la policía para que lo arresten.

Una oleada de emociones me invadió: alivio, sí, pero también reivindicación y una especie de alegría feroz. El hombre que me había amenazado en el Sapphire, y de nuevo al allanar la casa de Damien. Intentó separarnos, amenazarme, tenerme, usarme como un peón en su retorcido juego. Por fin tendría que rendir cuentas. Era más de lo que me había atrevido a esperar.

—Tenemos que celebrarlo —dijo Damien, su entusiasmo contagioso. Parecía aliviado. No pude evitar reflejar su sonrisa, el peso que me oprimía se iba levantando poco a poco.

—Absolutamente —asentí, apenas pronunciadas las palabras antes de que mi mente se llenara de posibilidades. ¿Cómo sería una celebración en un lugar tan sereno y apartado como este? ¿Una cena elegante? Una noche fuera parecía poco práctica, casi discordante en el contexto de nuestro tranquilo retiro.

Damien pareció intuir mis pensamientos, su sonrisa volviéndose traviesa.

—Tengo una idea —dijo, con tono burlón—. Pero es una sorpresa.

Una sorpresa. La palabra me produjo un escalofrío, un aleteo de anticipación. Después de semanas de miedo e incertidumbre, la idea de una celebración, de algo diseñado para traer alegría y marcar el inicio de una nueva etapa, se sentía como un regalo.

—¡Te gustan las sorpresas, Damien! ¿Qué tipo de sorpresa? —pregunté, con la curiosidad picada. Pero él solo negó con la cabeza, sin que la sonrisa abandonara sus labios.

—Ya lo verás —fue todo lo que dijo, poniéndose de pie y ofreciéndome su mano. La tomé, dejando que me ayudara a levantarme, con la risa burbujeando en mi interior. Los detalles de la celebración no importaban, no realmente. Lo que importaba éramos nosotros, este momento de victoria, de alivio, de mirar hacia un futuro que, por primera vez en semanas, parecía brillante de posibilidades.

Mientras regresábamos a la cabaña, la anticipación crecía, una tensión agradable que no tenía nada que ver con el miedo o el peligro, sino con la promesa de alegría, de celebración. Fuera lo que fuera lo que Damien había planeado, sabía que sería perfecto, un reflejo de lo que este hombre me ha mostrado a cada paso.

Me di una larga ducha mientras Damien aparentemente preparaba la sorpresa.

El día había dado paso a la noche, y me encontré de pie en la gran terraza detrás de la cabaña, con el aliento entrecortado por la vista que tenía ante mí. Había transformado el espacio en un oasis romántico, con docenas de velas parpadeando suavemente, proyectando un suave resplandor contra el cielo oscurecido. Las estrellas en lo alto brillaban como diamantes esparcidos sobre terciopelo, y el aire estaba lleno del aroma de los pinos y el suave sonido del río en la distancia.

—Vaya —suspiré, completamente maravillada. Damien estaba allí, con una sonrisa orgullosa en los labios, observando atentamente mi reacción.

—Bienvenida a nuestra celebración —dijo, acercándose y tomando mi mano—. Pensé que podríamos usar un poco más de romanticismo.

—Es hermoso —logré decir, mis ojos recorriendo la terraza, absorbiendo cada detalle. Había una mesa puesta para dos, elegantemente simple con un mantel blanco de lino, fina porcelana y más velas proyectando una luz suave. Parecía algo sacado de un cuento de hadas. Había luces blancas parpadeantes colgadas por todas partes.

Nos sentamos, y Damien nos sirvió una copa de vino a cada uno, el líquido rubí reflejando la luz de las velas. Levantó su copa, mirándome por encima del borde.

—Por nosotros, por superar los desafíos y por un futuro lleno de momentos como este.

Choqué mi copa contra la suya, el sonido nítido en la quietud de la noche.

—Por nosotros —repetí, sintiendo que un calor se extendía por mi cuerpo que nada tenía que ver con el vino.

La comida fue exquisita, cada plato un testimonio de la consideración y atención al detalle de Damien.

—No sabía que podías cocinar. ¡Estás lleno de sorpresas, Damien!

Con un brillo en los ojos, dijo:

—Hay mucho por descubrir sobre mí, amor. Planeo sorprenderte durante mucho tiempo en el futuro.

Comimos lentamente, saboreando los sabores y la tranquila intimidad del momento. La conversación fluía fácilmente entre nosotros, una mezcla de risas, charlas sobre mis estudios de enfermería y próximos movimientos profesionales, algunos de sus nuevos proyectos de desarrollo comercial y más. Música a bajo volumen sonaba desde los altavoces que tenía en el patio.

Cuando terminamos de comer, Damien se puso de pie y me ofreció su mano.

—¿Me concedes este baile? —preguntó, con la sonrisa más adorable en su rostro. ¿Cómo podía resistirme?

Tomé su mano, dejando que me guiara a un espacio abierto en la cubierta. Una nueva canción comenzó a sonar, una suave melodía que parecía envolvernos. Bailamos bajo la luz de la luna, nuestros cuerpos moviéndose juntos en perfecta armonía. Se sentía como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo, atrapados en un momento mágico. Puro romance.

—Nunca quiero que esta noche termine —susurré en su oído mientras nos balanceábamos al ritmo de la música.

Él se apartó ligeramente, mirándome con una ternura que me dejó sin aliento. —Entonces prometamos crear más noches como esta, sin importar lo que nos depare el futuro.

Asentí, con el corazón lleno. —Me encantaría.

La música eventualmente se desvaneció, pero permanecimos allí, abrazados, perdidos en el momento. Las velas parpadeaban y bailaban, las estrellas brillaban intensamente en lo alto, y el río continuaba su viaje interminable. Fue una noche de placeres simples, de amor y conexión, una pausa preciosa en el torbellino de la vida.

Mientras finalmente regresábamos al interior, no pude evitar sentirme agradecida por Damien, por su fuerza, su amabilidad y su apoyo inquebrantable. Me había demostrado que incluso en los momentos más oscuros, podía haber luz, amor y risas.

***

El amanecer se coló silenciosamente, envolviendo la cabaña en una suave luz difusa que prometía otro día de tranquilidad aislada. Despertando antes que Damien, salí de puntillas de la cama, con cuidado de no perturbar su sueño pacífico. Mi mente zumbaba con una mezcla de

satisfacción y una emoción cada vez más profunda que había dudado en nombrar hasta ahora.

La cabaña estaba en silencio, salvo por el suave murmullo de la naturaleza en el exterior. Me dirigí a la cocina e hice café. Mis dedos se envolvieron alrededor del asa fría de la taza después de servirme una. El rico aroma llenó el aire, un ritual reconfortante que me anclaba en el aquí y ahora. Necesitaba ese ancla, especialmente hoy, con la realización que había amanecido lentamente en mí, iluminando mis sentimientos como el sol de la mañana a través de las ventanas de la cabaña.

Ya no podía negarlo más. Estaba enamorada de Damien.

Verdadera, profunda e irrevocablemente.

El pensamiento envió una cálida oleada a través de mí, una mezcla de euforia y nervios. Hoy, decidí, se lo diría. Le abriría mi corazón, pasara lo que pasara.

Era un poco rápido, pero intenso. Siempre dicen que sabes cuando sabes. Podría suceder en un instante, en un día o en un año.

Con la taza en la mano, salí a la terraza, dejando que el fresco aire de la montaña me envolviera. La niebla colgaba baja sobre el bosque y las montañas, un velo místico que hacía que el mundo pareciera de otro mundo. Era hermoso, sereno, un telón de fondo perfecto para un momento de introspección. Me apoyé en la barandilla, dejando que la inmensidad del paisaje y la profundidad de mis sentimientos me envolvieran.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no lo oí acercarse. Unos brazos me rodearon por detrás, cálidos y fuertes, inundándome inmediatamente una sensación de seguridad y pertenencia.

—Te amo —susurré a la niebla, las palabras sintiéndose a la vez monumentales y lo más natural del mundo.

—Yo también te amo, nena.

Pero algo andaba mal. Esa voz no era la voz de Damien. ¿Qué estaba pasando?

Un escalofrío recorrió mi espalda, dejándome paralizada. Intenté girarme, enfrentarlo, pero los brazos me sujetaron con fuerza, un agarre de hierro que no me soltaba.

El pánico surgió, mi corazón latiendo un ritmo frenético contra mi caja torácica.

—Suéltame —logré decir con voz ahogada, apenas un susurro, el miedo constriñendo mi garganta.

—Oh, Angel, sabes que no puedo hacer eso —La voz desagradable era inconfundible ahora: Rick. ¿Cómo nos había encontrado aquí? Mi mente corría, el terror y la incredulidad batallando dentro de mí. Esto no podía estar sucediendo, no ahora, no después de todo lo que habíamos pasado para encontrar un momento de paz. Pensé que la policía lo tenía.

Un frío escalofrío de miedo recorrió mi espalda.

Luché contra su agarre, la desesperación prestándome fuerza, pero era como pelear contra un muro de piedra. —¿Cómo me encontraste? —exigí, tratando de que mi voz no temblara.

Su risa fue fría, vacía de cualquier calidez. —Eres mía, Angel. ¿Realmente creíste que podías esconderte de mí? No importa dónde vayas, siempre te encontraré.

La comprensión del peligro en el que me encontraba me golpeó como una ola, una marea que amenazaba con arrastrarme. Estábamos en medio de la nada. Damien seguía dentro dormido, ajeno a la pesadilla que se desarrollaba justo fuera de nuestra puerta. Necesitaba advertirle, alejarme de Rick, pero ¿cómo?

Rick se acercó más, su aliento caliente contra mi oído. —Te dije que serías mía, Angel.

El mundo pareció girar a mi alrededor, la niebla, los árboles, las montañas, todo fundiéndose en una mancha de terror e incredulidad. ¿Cómo había sido violado nuestro santuario? ¿Cómo podría proteger a Damien, protegernos, protegerme, de la locura que nos había seguido incluso hasta aquí?

El agarre a mi alrededor se apretó, su mano tapándome la boca antes de que pudiera soltar un grito. El pánico surgió a través de mí, caliente y salvaje, mientras Rick comenzaba a arrastrarme lejos de la cabaña. Cada parte de mí se rebelaba contra su toque, contra la violación de la mañana pacífica que se había convertido en una pesadilla. Pero él era demasiado fuerte.

Mordí con fuerza la mano sobre mi boca, saboreando sangre. Rick maldijo en voz alta, su agarre aflojándose por solo un segundo, pero fue todo lo que necesité. Le di un codazo en el estómago con toda la fuerza que pude reunir, escuchando el sonido del aire saliendo de él. Me liberé, tropezando hacia adelante, la adrenalina dando velocidad a mis pasos.

—¡Damien! —grité tan fuerte como pude, mi voz ronca de terror.

No llegué lejos antes de que Rick me alcanzara, su mano envolviendo mi brazo, tirando de mí hacia atrás con una fuerza que casi me hizo perder el equilibrio.

—Cállate, maldita perra —siseó Rick, mientras me golpeaba en la mejilla, su aliento nauseabundo. Me tambaleé bajo el golpe. Luché contra su agarre, pero era sorprendentemente fuerte, sus dedos clavándose en mi piel como bandas de acero.

El agarre de Rick se sentía como hierro alrededor de mi muñeca, inflexible y doloroso. —Deberías haberme apreciado cuando tuviste la oportunidad —gruñó, su cara tan cerca de la mía que pude ver la locura en sus ojos—. Ahora, vas a venir conmigo, lejos. A mi lugar secreto. Los policías están husmeando por casa, gracias a tu noviecito.

Sus palabras enviaron un escalofrío por mi espalda, sus planes para mí aclarándose en mi mente con una claridad aterradora. Estaba en un gran problema, y mis posibilidades de liberarme de su agarre eran escasas. Pero no iba a rendirme sin pelear. Su mano estaba sobre mi boca otra vez.

—Vete a la mierda, Rick —escupí a través de su mano, tratando de enmascarar mi miedo con desafío. Mi corazón latía acelerado, cada latido un fuerte tambor en mi pecho señalando peligro. Tiré contra su agarre, pero era como pelear contra una pared.

Se rió, un sonido desprovisto de humor. —¿Crees que eres dura? Espera a que estemos solos. Aprenderás respeto. Te enseñaré todo sobre el respeto, pequeña perra.

Capítulo dieciocho

Damien

Desperté con el tenue aroma del café y estiré la mano, esperando encontrar a Angela a mi lado. La cama estaba vacía, su lado frío. Fruncí el ceño, incorporándome. Debe estar en la cocina, pensé. La idea de compartir un café tranquilo por la mañana, solo nosotros dos, tal vez en el jacuzzi, me hizo sonreír.

Me levanté de la cama y me puse unos vaqueros que estaban sobre una silla, sin molestarme en ponerme una camiseta. La frescura del suelo de madera de la cabaña me mordisqueó los pies mientras me dirigía a la cocina, esperando encontrarla allí. Pero la cocina estaba vacía, la cafetera medio llena, manteniendo silenciosamente el café caliente para nosotros.

—¿Angela? —llamé, mi voz resonando ligeramente en el silencio de la cabaña. No hubo respuesta. Un destello de molestia cruzó por mi mente. ¿Habría salido sin decírmelo? Habíamos hablado de no alejarnos solos, dado todo lo que había pasado.

Fue entonces cuando lo vi: un movimiento fuera de la puerta corredera de cristal que daba a la terraza. Mi corazón dio un vuelco mientras me acercaba, enfocando los ojos en la escena que se desarrollaba afuera. Rick, ese maldito psicópata, tenía sus manos sobre Angela, arrastrándola lejos de la cabaña. Todo lo demás se desvaneció en la insignificancia excepto salvarla, ayudarla.

La ira surgió en mí como un incendio. —Hijo de puta —murmuré entre dientes mientras me precipitaba hacia la puerta, abriéndola con tanta fuerza que casi la saqué de sus rieles. El rostro de Angela era una máscara de miedo y desesperación, luchando contra el agarre de Rick.

—¡Suéltala, pedazo de mierda! —grité, cerrando la distancia entre nosotros en segundos.

Rick se volvió para enfrentarme, apretando su agarre sobre Angela. —Ella es mía, cabrón. ¿Crees que puedes robarme a mi chica y no pagar el precio? —Sus palabras estaban cargadas de veneno, sus ojos enloquecidos.

—¿Tu chica? Estás delirando —le respondí, apretando los puños, listo para derribarlo. Deseé tener un arma.

Angela no era suya, nunca lo sería. El solo pensamiento me hacía hervir la sangre.

—Damien, ten cuidado —logró decir Angela, su voz tensa de preocupación.

Rick sonrió con desprecio, acercándola más a él, frente a él, como si la usara de escudo. —Da un paso más y te arrepentirás, bastardo.

Sopesé mis opciones en una fracción de segundo. Cargar contra él imprudentemente podría poner a Angela en más peligro. Necesitaba ser inteligente en esto. —Rick, esto no va a terminar bien para ti. Suéltala. Podemos hablar de esto.

—¿Hablar? —Rick se rio, un sonido desprovisto de humor—. No hay nada de qué hablar. Ella

viene conmigo. Sin discusión. Es mía.

La calma en mi voz ocultaba la tormenta que rugía dentro de mí. —La policía te busca, Rick. Sabes que esto termina contigo esposado o algo peor. ¿Realmente vale la pena?

Los ojos de Rick parpadearon, mostrando un momento de vacilación. Era toda la apertura que necesitaba. —Piénsalo, tío. No es demasiado tarde para retroceder.

Pero entonces su mirada se endureció de nuevo, volviendo el desafío. —Que te jodan. Ella lo vale todo.

Me acerqué más, manteniendo mis movimientos lentos, no amenazantes. Dije en voz baja, como si hablara con un animal asustado: —Angela, cuando diga "ahora", quiero que te tires al suelo si puedes, ¿de acuerdo? —Los ojos de Rick estaban enloquecidos, como si no oyera ni viera nada excepto a Angela. No estaba registrando nada excepto tratar de llevársela.

Angela asintió ligeramente, sus ojos fijos en los míos, confiando en que yo nos sacaría de esta.

—¡Ahora! —grité, abalanzándome hacia adelante mientras Angela le mordía la mano de nuevo y se dejaba caer. Mi puño se conectó con la mandíbula de Rick, un crujido satisfactorio resonó mientras él retrocedía tambaleándose, sorpresa y dolor cruzando por su rostro. Angela rodó lejos, poniéndose de pie con dificultad y corrió hacia la cabaña.

Rick se recuperó más rápido de lo que esperaba, lanzándose hacia mí con un golpe salvaje. Esquivé, sintiendo el silbido del aire mientras su puño pasaba a centímetros de mi cara. Estábamos encerrados en una danza desesperada, intercambiando golpes, ninguno dispuesto a retroceder.

—¡Damien, cuidado! —La voz de Angela atravesó el caos mientras Rick lograba asestarme un fuerte golpe en el costado. El dolor estalló, pero solo alimentó mi determinación. Ella había vuelto corriendo de la cabaña con un teléfono en la mano y algunas cuerdas de luces navideñas, lo mejor que pudo encontrar en lugar de una cuerda para intentar inmovilizarlo.

Rick sacó un cuchillo de su bolsillo trasero y lo blandió frente a él, de un lado a otro, listo para apuñalarme si podía. Gracias a Dios que no había sacado el cuchillo cuando tenía a Angela en su poder.

Recordando mi antiguo entrenamiento de boxeo durante la universidad, me moví a la derecha, luego rápidamente a la izquierda y contraataqué con un puñetazo que hizo tambalear a Rick, haciendo que el cuchillo volara de su mano. Seguí esto con una patada que lo derribó. Cayó al suelo con fuerza, quedando sin aliento para pelear.

—Me has roto el brazo, hijo de puta —gritó, pero sin poder levantarse.

Respirando pesadamente, me paré sobre él, con los puños aún apretados. —Aléjate de nosotros, maldita sea —le advertí, con una clara amenaza en mi voz—. Aléjate de Angela.

Rick gimió, sosteniéndose el costado donde mi patada había aterrizado, su brazo roto en un

ángulo antinatural. —Pagarás por esto —escupió, pero ahora había una nota de derrota en su voz.

Procedí a patearlo de nuevo, empujándolo boca abajo mientras gemía con el brazo roto. Envolví las cuerdas de luces navideñas alrededor de sus muñecas, inmovilizándolo mientras mantenía mi pie en la parte baja de su espalda. Estaba gruñendo pero había perdido la fuerza para luchar.

Mientras me giraba hacia Angela, que estaba de pie a unos metros de distancia, con los ojos muy abiertos con una mezcla de miedo y alivio, le ordené: —Llama al 911, diles que tenemos a un hombre buscado en Nueva York abatido.

Sin perder un segundo, sacó el teléfono y sus dedos bailaron sobre la pantalla mientras hacía la llamada.

Observé a Rick, tirado en el suelo, tratando de levantarse, luchando contra las ataduras, un gemido bajo escapando de sus labios. No podía dejarlo levantarse, ni ahora ni nunca más. Lo vi mirando el cuchillo que estaba fuera de su alcance, en el suelo. Acercándome, le di otro puñetazo sólido, sintiendo el impacto vibrar a través de mi brazo mientras su cuerpo se desplomaba, quedando inconsciente. Pateé el cuchillo más lejos, sin querer tocarlo en caso de que fuera necesario tomar huellas dactilares.

Respirando pesadamente, me quedé de pie sobre él, asegurándome de que ya no fuera una amenaza, luego rápidamente volví mi atención a Angela. Estaba hablando con el operador, su voz firme a pesar del temblor en sus manos. No podía escuchar las palabras exactas, pero la urgencia en su tono era lo suficientemente clara.

Di un paso atrás, alejándome de Rick pero listo para saltar si recuperaba el conocimiento o intentaba escapar.

Tan pronto como colgó, la atraje hacia un abrazo, con la adrenalina aún corriendo por mis venas. —Estás bien, estás a salvo —murmuré, más para tranquilizarme a mí mismo que a ella. Estaba aquí, en mis brazos, viva e ilesa. Eso era todo lo que importaba en ese momento.

Sus brazos me rodearon, su rostro enterrado en mi pecho. —Estaba tan asustada —susurró, su voz amortiguada contra mi piel—. Pensé que me secuestraría.

—Lo sé, lo sé. Pero ya terminó. No te hará daño, nunca más —Mis palabras eran un juramento, una promesa que tenía la intención de cumplir sin importar qué. Sentirla en mis brazos, temblando y vulnerable, encendió una furia protectora como nunca antes había conocido. Rick se había atrevido a poner sus manos sobre ella, a amenazar su seguridad. Era imperdonable.

Nos quedamos allí, abrazados, hasta que el sonido de las sirenas que se acercaban rompió el silencio de la mañana. El alivio me invadió en oleadas. La ayuda había llegado. Por fin había terminado.

La policía llegó, sus patrullas deteniéndose con un crujido en el camino de grava. Di un paso atrás, manteniendo un brazo alrededor de Angela, mientras los oficiales salían, con las manos en sus armas, evaluando la escena.

—Oficiales, él es a quien están buscando. Rick Lawton, buscado en Nueva York. Intentó secuestrarla y la golpeó —dije, señalando hacia la forma inconsciente de Rick. Mi voz era calmada, pero la ira burbujeaba justo debajo de la superficie, lista para desbordarse ante cualquier provocación—. Pateé su cuchillo hacia allá —dije señalando—, y no lo toqué.

Una de las oficiales, una mujer alta de ojos penetrantes, asintió hacia mí y luego hizo una señal a sus colegas. —Nos encargamos desde aquí. Señor, señora, ¿pueden retroceder por favor?

Mientras esposaban a Rick y lo cargaban en una camilla, Angela y yo observamos, con una mezcla de emociones arremolinándose entre nosotros. Alivio, ciertamente, pero también una ira profunda y un incipiente sentimiento de esperanza. Por fin había terminado.

Uno de los oficiales nos dio la noticia. —El verdadero nombre de Rick Lawton es Lawrence Kilburn. Mató a su esposa hace tres años, pero nadie pudo inculparlo. Ha acechado por tres estados con identificaciones falsas, abusando de mujeres y desgraciadamente matando a otras cuatro después de torturarlas. Teníamos las pruebas, sus huellas dactilares, pero no podíamos encontrarlo. Nuestro enfoque había estado en Nueva York y Pensilvania. Pasará el resto de su vida en prisión, gracias a ustedes.

—Nos salvamos por los pelos, ¿verdad, oficial? —dije en voz baja—. No sabíamos que era tan peligroso.

—Sí, pero ya todo ha terminado. Ustedes dos deberían entrar y descansar ahora. Póngase un poco de hielo en la mejilla, señorita. Ya hemos tomado sus declaraciones y es todo lo que necesitamos.

Angela y yo nos retiramos al interior de la cabaña. La adrenalina hacía tiempo que se había desvanecido, dejando el agotamiento a su paso. Ella se desplomó en el sofá, con los ojos cansados pero alerta. Le traje hielo envuelto en un paño para su mejilla.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunté, arrodillándome frente a ella, buscando en su rostro algún signo de miedo o dolor persistente.

Asintió, esbozando una pequeña sonrisa. —Sí, eso creo. Gracias a ti.

Las palabras eran simples, pero llevaban el peso de mi compromiso con ella, con nosotros.

Durante un largo rato, nos quedamos sentados en silencio, los acontecimientos de la mañana repitiéndose en mi mente como una mala película. Aún podía sentir el impacto de mis puños en el cuerpo de Rick, el sonido de la voz de Angela pidiendo ayuda. La pesadilla.

Finalmente, Angela rompió el silencio. —¿Qué pasará ahora?

Tomé su mano, apretándola suavemente. —Ahora, seguimos adelante. Reconstruimos. Nos enfocamos en el futuro, nuestro futuro. —Era un futuro del que ahora estaba más seguro que nunca. Después de enfrentarme a Rick, después de proteger a la mujer que amaba, sabía que no había nada que no pudiéramos superar juntos.

—Sí, nuestro futuro —repitió, apoyándose en mí.

El silencio que envolvió la cabaña después de que la policía se fue era pesado, cargado con el residuo de la adrenalina y el miedo, pero también con una corriente subyacente de algo más —alivio, quizás, o el amanecer de una nueva comprensión.

Mientras Angela y yo estábamos sentados allí, con el crepitar de la chimenea como único sonido en la habitación, una revelación se asentó en mí, clara e innegable. Ya no podía imaginar una vida sin ella a mi lado. Se había convertido en mi ancla, mi consuelo en el caos.

—Sabes —comencé, rompiendo el silencio, mi voz sonando áspera incluso para mis propios oídos—, he estado pensando...

Angela se volvió hacia mí, sus ojos cansados pero atentos, un leve ceño frunciendo su frente como si pudiera sentir la seriedad de lo que estaba a punto de decir.

—Ya no puedo imaginar mi vida sin ti. Esto... todo esto —hice un gesto vago, abarcando no solo la cabaña y nuestras circunstancias inmediatas, sino todo lo que habíamos pasado—, me ha hecho darme cuenta de cuánto te necesito.

Ella parpadeó, el ceño fruncido dando paso a una mirada de sorpresa, luego algo que podría haber sido esperanza. —Damien —comenzó, luego se detuvo, como si no estuviera segura de qué decir.

Continué apresuradamente, impulsado por una fuerza que no podía nombrar del todo. —Quiero que seamos oficiales, ¿sabes? Cuando volvamos, me aseguraré de que el ataque de Rick a tu imagen pública no cause un daño duradero. Tengo conexiones, recursos. Podemos darle la vuelta a esto, revelar quién era él y lo que hizo, adelantarnos. Encontraremos la normalidad. Mi equipo sabe cómo manejar a la prensa. Lo arreglaré por ti, por nosotros.

Por un momento, ella solo me miró, y me preocupé de haber dicho demasiado, demasiado pronto. Luego, lentamente, una sonrisa se extendió por su rostro, iluminando sus facciones, transformando su expresión en una de pura alegría. —Sí —dijo simplemente, su voz firme—. Me gustaría eso. Quiero eso.

El alivio que me inundó fue palpable, una liberación tangible de tensión que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo. La alcancé, atrayéndola a mis brazos, y durante un largo rato, nos quedamos así, abrazados, disfrutando del calor de nuestra conexión.

Más tarde, mientras estábamos sentados juntos en el sofá, un plan comenzó a formarse entre nosotros, una estrategia para lidiar con las consecuencias de la venganza de Rick.

—Necesitaremos contactar con una de mis firmas de relaciones públicas que se especializa en gestión de crisis. Y tal vez un abogado también. Por si acaso. Conozco a un tipo. En realidad, el mejor tipo. Ha manejado algunas... digamos, situaciones delicadas para mí en el pasado.

Ella arqueó una ceja, una pregunta silenciosa.

—Digamos que no siempre fui el ciudadano ejemplar que soy hoy —dije con una sonrisa irónica —. Pero no te preocupes, todo eso quedó en el pasado.

Angela se rió, el sonido cálido y genuino. —No estoy preocupada. Confío en ti.

Sus palabras, tan simples y sin embargo tan profundas, tocaron una fibra sensible dentro de mí. Confianza. Después de todo, ella confiaba en mí. Era más de lo que podía haber esperado.

Los siguientes días fueron un torbellino de actividad. Entre llamadas a la firma de relaciones públicas, consultas con mi abogado e interminables discusiones sobre nuestra estrategia, el tiempo voló. Angela se puso en contacto con sus amigos Grace y Levi, y habló con su asesora de la escuela de enfermería. A través de todo esto, Angela y yo nos acercamos más, nuestro vínculo profundizándose con cada mirada compartida, cada toque, cada palabra susurrada en la oscuridad.

Cada noche, hacíamos el amor apasionadamente, solidificando el vínculo inquebrantable entre nosotros.

La noche antes de que estuviéramos listos para regresar a Louisville, nos sentamos en la terraza, mirando las estrellas, un cómodo silencio entre nosotros. Sentí una sensación de paz, un contentamiento que nunca antes había conocido. Era como si, a pesar de la tormenta que había rugido a nuestro alrededor, hubiéramos encontrado un puerto seguro el uno en el otro.

—No sé qué nos depara el futuro —admití, mi voz suave en la oscuridad—. Pero sé que te quiero en él. A mi lado.

Angela apoyó su cabeza en mi hombro, su mano encontrando la mía en la penumbra. —Somos tú y yo, Damien —dijo, sus palabras una promesa—. Pase lo que pase.

Capítulo diecinueve

Angela

Cuatro meses habían pasado en un torbellino de estrés, determinación y alegría inesperada.

Reduje mi baile en el Sapphire Club a dos noches por semana, y tuve mi último baile la semana pasada, antes de mi graduación. Estaba agradecida por el trabajo que me ayudó a pasar por la escuela y, por supuesto, es donde conocí a Damien. Pero ahora, estaba dando vuelta a una nueva página y avanzando hacia mi meta.

El día de mi graduación de la escuela de enfermería se sintió surrealista, como si estuviera viendo la vida de otra persona desenvolverse en cámara lenta. Parada allí con mi toga y birrete, me di cuenta de cuánto había cambiado desde aquella terrible mañana con Rick. El frenesí mediático había disminuido, su interés menguaba a medida que me alejaba del club y sus narrativas repetitivas perdían su chispa. Parecía que finalmente se habían aburrido del ángulo de "ex stripper se convierte en estudiante de enfermería". La historia de un asesino capturado era mucho más jugosa. La firma de relaciones públicas también hizo un gran trabajo, convirtiendo la historia en algo más y reparando algunos daños.

La graduación... Levi y Grace estaban allí, animándome. Se veían tan orgullosos y felices. Y por supuesto, Damien.

Se sentía como un sueño, uno donde cada paso era a la vez una eternidad y un momento fugaz. Mientras me ponía la toga y el birrete, el peso de lo que había logrado se asentó sobre mis hombros, no solo la tela, sino la culminación de años de arduo trabajo, lágrimas y determinación inquebrantable. Me estaba graduando con honores, un testimonio de las noches sin dormir y el estudio interminable, y las ofertas de trabajo ya sobre la mesa se sentían como la forma del universo de reconocer mis esfuerzos.

La ceremonia fue un borrón de discursos, aplausos y sonrisas brillantes. Mis compañeros de clase y yo intercambiamos miradas emocionadas, nuestros ojos brillando con la promesa del futuro. Cuando llamaron mi nombre, me dirigí al escenario, con el corazón latiendo en mi pecho. El apretón de manos del decano fue firme, sus felicitaciones sinceras mientras me entregaba el diploma.

—Trabajo excepcional, Angela. Has establecido un alto estándar para tus compañeros —elogió, sus palabras apenas registrándose sobre el rugido de aplausos de la audiencia. Logré una sonrisa agradecida, mi mirada buscando en el mar de rostros hasta que se posó en Damien. Su sonrisa era amplia, el orgullo evidente en sus ojos, y sentí una oleada de afecto por él.

Después de la ceremonia, mientras la multitud se dispersaba, Damien se abrió camino hacia mí, su sonrisa contagiosa. —¡Maldición, lo lograste! —exclamó, atrayéndome a un abrazo que me levantó del suelo—. Con honores y todo. Estoy tan jodidamente orgulloso de ti.

Me reí, aferrándome a él. —Gracias. No podría haberlo hecho sin tu apoyo interminable —dije, sintiendo un calor extenderse por mi cuerpo. Las ofertas de trabajo, que aún no le había contado,

zumbaban en el fondo de mi mente como un secreto ansioso queriendo ser compartido.

Mientras nos dirigíamos al área de recepción, mis compañeros de clase y profesores me felicitaban, sus amables palabras sumándose a la sensación surrealista del día. Fue durante un momento de calma en las celebraciones, un momento tranquilo en medio del bullicio y la risa, que decidí contarle a Damien sobre las ofertas de trabajo.

—Oye, tengo algo que decirte —comencé, con voz baja, queriendo saborear su reacción. La atención de Damien se centró en mí, su expresión curiosa.

—¿Qué pasa? ¿Decidiste qué trabajo tomar? —preguntó, su tono burlón. No le había mencionado nada todavía, prefiriendo esperar este momento.

Mis ojos se abrieron de sorpresa. —Espera, ¿cómo sabías sobre eso?

Damien se rió, sus ojos brillando con diversión. —Nena, te conozco. Has estado al borde durante semanas, esperando esas ofertas. Así que, suéltalo.

Sacudí la cabeza, riendo por su acertada suposición. —Bueno, tienes razón. Recibí varias ofertas. Hay una en particular que destaca, es una posición en un hospital muy prestigioso, exactamente en la especialidad que quería.

La emoción de Damien era palpable mientras tomaba mis manos entre las suyas. —¡Eso es increíble! ¿Qué hospital? Cuéntame todo.

Tomando un respiro profundo, me sumergí en los detalles, explicando el puesto, la reputación del hospital y cómo se alineaba perfectamente con mis aspiraciones profesionales. Quería ganar experiencia allí, luego considerar convertirme en Enfermera Practicante y trabajar independientemente con aquellos que lo necesitan, o con grupos de consultoría y rehabilitación. Damien escuchó atentamente, asintiendo, sus preguntas reflexivas y de apoyo.

—Parece que estamos comenzando una nueva aventura —dijo una vez que terminé, apretando mis manos—. Estoy contigo, donde sea que esto nos lleve.

La promesa en sus palabras, el apoyo incondicional, me llenó de un abrumador sentimiento de amor y gratitud. Discutimos la logística, las posibilidades y mi primera opción de hospital en Louisville, pero a través de todo, una sensación de corrección se asentó sobre mí. Con Damien a mi lado, sentía que podía enfrentar cualquier cosa.

Damien me había prometido una celebración, y fiel a su palabra, había planeado una noche que sonaba salida de un sueño. No tenía idea de a dónde íbamos; le encantaban sus sorpresas. Había comprado una variedad de vestidos para mí en la última semana con zapatos y bolsos a juego. Me dijo que eligiera uno para la noche.

Mientras me deslizaba dentro del elegante vestido azul marino que había elegido, no pude evitar sentir un aleteo de emoción mezclado con nervios. Damien tenía esta manera de hacer que cada ocasión se sintiera monumental, y esta noche no era la excepción.

—¿Estás lista? —llamó desde la sala de estar, su voz llevando un toque de anticipación.

—Casi —respondí, tomando un profundo respiro mientras me daba un último vistazo en el espejo. El reflejo que me devolvía la mirada parecía más confiado, más en paz que la mujer que se había enfrentado a Rick hace meses. Que había trabajado día y noche para terminar mis estudios con honores. Para estar lista para seguir adelante con mi sueño de ayudar a la gente. Y tenía a Damien —y a mi propio espíritu implacable— que agradecer por eso.

Al entrar en la sala de estar, lo vi parado allí, luciendo como el hombre perfecto a punto de barrer a su pareja de sus pies. Su traje estaba hecho a medida, complementando su figura de una manera que hizo que mi corazón saltara un latido.

—Wow —dijo él, sus ojos iluminándose al verme—. Te ves increíble.

Sentí que mis mejillas se calentaban bajo su mirada. —Tú también —logré decir, sintiéndome repentinamente tímida bajo el peso de su admiración.

El viaje al restaurante estuvo lleno de conversación fácil y risas, el tipo que surge cuando dos personas han enfrentado tormentas juntas y han salido más fuertes al otro lado. Damien sostuvo mi mano sobre la consola, un gesto simple que hablaba volúmenes sobre la profundidad de nuestra conexión.

Al llegar al restaurante, quedé impresionada por la elegancia del lugar. Era uno de esos sitios de alta gama de los que solo había leído, donde los menús no muestran precios y el personal te trata como a la realeza. Damien me llevó a nuestra mesa, un rincón apartado con una impresionante vista de las luces de la ciudad.

—Por tu graduación —brindó, levantando su copa hacia mí—. Y por tu futuro como una increíble enfermera.

Choqué mi copa contra la suya, mi corazón hinchándose de gratitud. —Gracias. Por creer en mí, por todo.

Cuando retiraron el último plato, dejándonos con el suave resplandor de las velas y el murmullo de conversaciones distantes, la mano de Damien se apretó alrededor de la mía. Su expresión cambió a algo serio, una profundidad en sus ojos que había llegado a reconocer como él preparándose para algo importante.

Mi corazón saltó, no por miedo, sino por anticipación.

—Hay algo que necesito discutir contigo —comenzó, su voz una mezcla de nervios y certeza que instantáneamente despertó mi curiosidad. Antes de que pudiera articular una respuesta, se deslizó de su asiento, cayendo graciosamente sobre una rodilla junto a nuestra mesa. El ruido ambiental del restaurante pareció desvanecerse en el fondo, creando una burbuja a nuestro alrededor.

El mundo se inclinó ligeramente; mi respiración se contuvo en mi garganta al darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Mi mano voló a mi boca, un jadeo escapando entre mis dedos.

—Angela —comenzó, su voz más fuerte ahora, llena de emoción—. Desde el momento en que nos conocimos, ha habido esta conexión innegable entre nosotros. Un vínculo que solo se ha fortalecido, a pesar de todo lo que hemos navegado juntos —Rió suavemente, con un toque nervioso, pero sus ojos nunca dejaron los míos.

—En ti, he encontrado a mi compañera, mi confidente, mi mejor amiga. Me has visto en mi mejor y peor momento y has estado a mi lado sin dudarlo. Has traído luz a mi vida de maneras que nunca imaginé posibles.

Sentí lágrimas picar mis ojos, un calor extendiéndose por mi pecho. La intensidad de su mirada, la sinceridad en sus palabras, todo se sentía como un sueño.

—Contigo, he reído más fuerte, amado más profundamente y me he sentido más vivo que nunca. No puedo —y no quiero— imaginar mi futuro sin ti en él. Angela, me haces un mejor hombre, simplemente siendo tú.

A nuestro alrededor, el restaurante se había calmado, nuestro momento convirtiéndose en un punto focal para los curiosos y los románticos por igual. Pero nada de eso importaba. El mundo podría haber dejado de girar, y no lo habría notado. Todo lo que existía éramos nosotros, él sobre una rodilla con una mirada de puro amor en su rostro, y yo, completamente abrumada por la profundidad de mis sentimientos por él.

Metió la mano en su bolsillo, sacando una pequeña caja de terciopelo. Al abrirla, el brillo de un gran diamante atrapó la luz de las velas, enviando prismas bailando por la habitación. —Quiero pasar el resto de mi vida haciéndote tan feliz como tú me has hecho a mí. Angela, ¿te casarías conmigo?

Las palabras, simples pero tan profundas, resonaron en el espacio entre nosotros.

—Sí —susurré, la palabra apenas audible incluso para mis oídos, abrumada por una oleada de amor tan poderosa que amenazaba con arrastrarme—. Sí, me casaré contigo.

Entonces los vi. La tía Mae con Levi y Grace, que habían estado en una mesa en la sala de al lado, apresurándose a felicitarme, a abrazarnos. Damien había arreglado una mesa para ellos para que pudieran estar aquí para mí después de que hiciera la gran pregunta.

Un vitoreo estalló de las mesas circundantes, los comensales del restaurante habiendo sido atraídos a nuestra historia. Damien se puso de pie, deslizando el anillo en mi dedo, su peso un símbolo tangible del compromiso que acabábamos de hacer el uno con el otro. Me atrajo hacia sus brazos, y enterré mi rostro en su pecho, lágrimas de alegría corriendo por mis mejillas.

—Joder, te amo tanto —murmuró en mi cabello, su voz espesa por la emoción.

—Yo también te amo —logré decir, apartándome para mirarlo, para ver al hombre con el que iba a pasar el resto de mi vida—. Más de lo que jamás creí posible.

Nos besamos entonces, un beso que selló nuestras promesas, nuestro futuro. Fue un beso lleno de amor, esperanza y un millón de votos no pronunciados.

Cuando finalmente nos separamos, los aplausos y vítores de nuestros compañeros comensales se sintieron como un cálido abrazo, una alegría compartida en nuestra felicidad. Damien sonrió, sus ojos brillando con lágrimas y risa, mientras me conducía de vuelta a nuestra mesa.

El resto de la noche pasó en un borrón de felicitaciones, miradas discretas llenas de felicidad y un poco de asombro, y conversaciones tranquilas sobre lo que el futuro podría deparar. Pero a través de todo, una cosa estaba clara: estábamos listos para enfrentar lo que la vida nos lanzara.

Al salir del restaurante, entrando en el fresco aire nocturno, Damien me rodeó con su brazo, atrayéndome hacia él. El anillo en mi dedo brillaba bajo las luces de la calle, un faro de nuestro amor, mientras caminábamos juntos hacia el futuro.